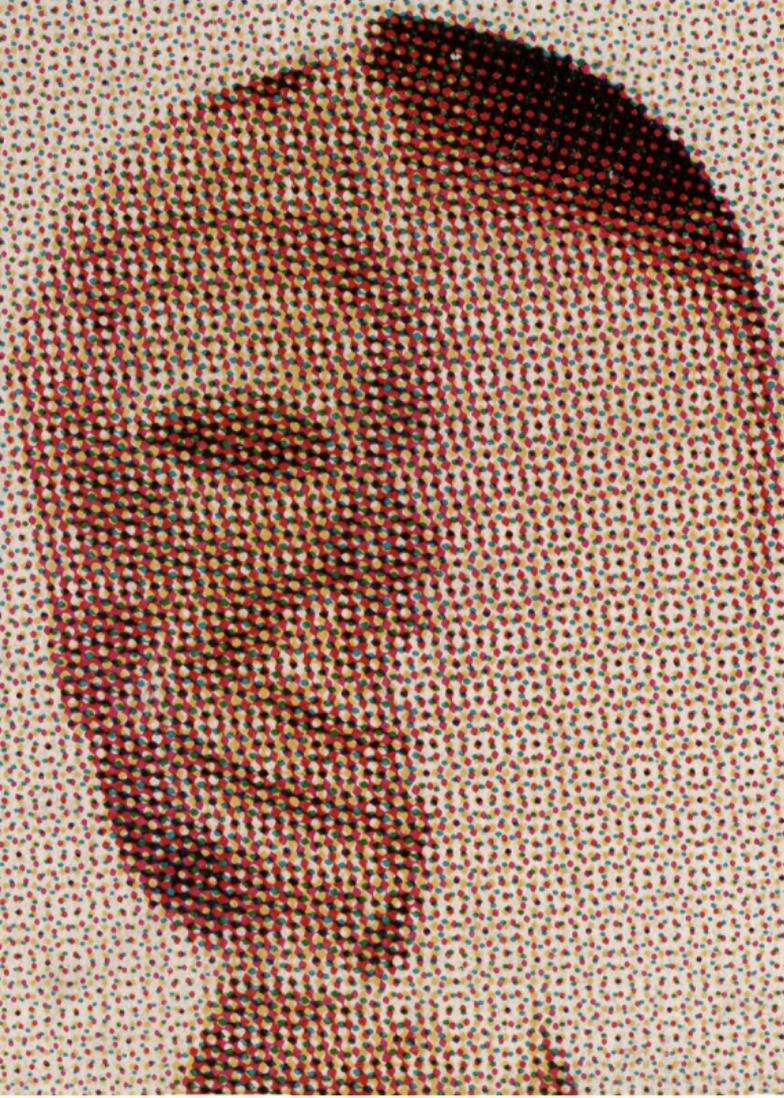


ARTURO USLAR PIETRI

**LA OTRA
AMERICA**

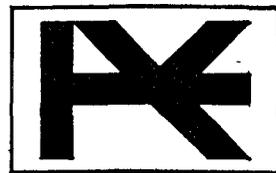
ALIANZA EDITORIAL



Sección: Humanidades

Arturo Uslar Pietri:
La otra América

El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial
Madrid



®

Porque he vivido, sentido y conocido desde una perspectiva hispano-americana me doy cuenta, cada día más, de todos los condicionamientos, matices y posibilidades que esta situación contiene. Ante dos contrastes principales se ha desarrollado la situación hispano-americana: el de la Europa Occidental y el de los Estados Unidos. Esas dos órbitas gravitacionales están presentes en toda la historia de esto tan mal conocido que antes se llamaba simplemente América y, en el último siglo, la América Latina.

En más de un sentido la realidad del hecho nuevo pertenece a esa vasta porción del continente colombino. Los Estados Unidos, y su enquistado gemelo el Canadá, son en efecto una Nueva Europa, alterada en el tiempo y la actitud por las características del espacio geográfico y por la ausencia de particularismos enfrentados. Donde el complejo fenómeno del Nuevo Mundo se da en plenitud es en la vasta zona de encuentro y en el escenario histórico de contradicciones de la América hispana.

Tratar de comprender y penetrar ese rico y confuso desarrollo histórico es tarea vital para todos los países

- © Arturo Uslar Pietri
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1974
Calle Milán, 38; ☎ 200 00 45
ISBN 84-206-1553-6
Depósito legal: M. 37.269-1974
Papel fabricado por Torras Hostench, S. A.
Impreso en A. G. Ibarra, S. A. Matilde Hernández, 31. Madrid
Printed in Spain

de herencia hispánica. Saber qué somos y qué podemos llegar a ser dentro del mundo que han configurado los anglosajones, los germanos y posteriormente los eslavos y los asiáticos. La hora de la globalización del destino humano y de la formación de las grandes asociaciones extra-nacionales plantea muchos problemas y vastas posibilidades para la familia de naciones que ha surgido de la colonización a la española de América.

Este libro recoge algunos aspectos de esa meditación, que se dirige no sólo a entender y explicar el fenómeno de nuestra original americanidad, sino también a avivar el entendimiento y el ánimo para llevar adelante las grandes y claras empresas comunes que el presente impone. Si se habla de viejas cosas es con la mirada puesta en el mañana. El Nuevo Mundo fue una empresa de futuro y ahora, con más poderosa razón, lo debe ser.

Hay otra América que no es la de las conmemoraciones insignificantes del 12 de octubre, ni tampoco la del «american way of life», ni la de la hispanidad huera y es de ella de la que se quiere tratar en estas páginas.

A. U. P.

Esto que muchos llaman la América Latina es, de modo muy significativo, el mundo al que se le ha arrebatado el nombre. Siempre ha habido una metáfora o un equívoco, o una razonable inconformidad sobre su nombre. Nuevo Mundo, Indias, América fueron otras tantas denominaciones del azar y hasta de la ignorancia. Cuando en su mapa Martín Walsseemüller puso en 1507 el auspicioso nombre, lo colocó sobre el borde de la masa continental del sur. La parte del hemisferio norte no vino a llamarse América sino tardíamente.

Desde que en 1776 las antiguas colonias inglesas del norte se proclamaron independientes y a falta de designación propia optaron por la elemental definición política de Estados Unidos de América, que definía someramente su forma de gobierno y su situación geográfica, se planteó el problema del nombre para el sur. Cuando se hizo visible y poderosa la expansión y la fuerza del nuevo país, el nombre de americano vino a serle atribuido de un modo creciente. Para franceses e ingleses del siglo XVIII, Benjamín Franklin era el americano y en cambio un hombre como Francisco de Miranda, que podía

encarnar con mejores títulos la realidad del nuevo mundo, era un criollo, un habitante de la Tierra Firme, o un exótico indiano.

El hecho de que el nombre no corresponda exactamente a la cosa no es lo importante. Ningún nombre corresponde exactamente a la cosa que designa. Arbitrarios y caprichosos en su origen fueron igualmente designaciones como Asia, Africa o Europa para no hablar de Italia o aun de España. El problema ha sido la falta de una identidad suficiente y segura.

Larga, difícil, no concluyente y cuatricentenaria es la busca de identidad de los hijos de la otra América, de esa que se designa todavía por tantos nombres objetables y casi provisionales como Hispano-América, América Latina, Ibero-América, y hasta Indo-América. La presencia de ese cambiante complemento revela la necesidad de una no bien determinada diferencia específica con el género próximo.

Poco importaría el nombre viejo o nuevo, ingenioso o llano, si detrás de su planteamiento no se revelara una no resuelta cuestión de definición y de situación.

Ha tenido mucho que ver en todo esto la peculiar actitud del latinoamericano con el lugar y la hora. Ha sido la suya, desde el inicio, una situación para ser cambiada. Más que en ningún otro ámbito histórico se ha pensado allí en términos de porvenir y de lejanía. Más que el hoy ha importado el mañana, más que lo visible lo invisible y más que lo cercano lo lejano. La búsqueda de El Dorado es una instancia ejemplar y extrema de esa mentalidad. Poco importaba la ranchería escueta y escasa de riqueza en que se hallaban, ante la idea de que estaban en el camino de El Dorado. Siempre se encontraban frente a una inmensidad por conquistar, ante la cual lo conocido y poseído resultaba desmesuradamente pequeño. Había un más allá en el espacio y el tiempo donde todo sería bueno y abundante.

Desde la llegada de los conquistadores se miró más el futuro que el presente. Venían a hacer «entradas», a conocer tierras nuevas, a buscar tesoros, a fundar para el mañana, con un proyecto en la imaginación.

Influyó en esto el hecho de ser América el primer gran encuentro del hombre moderno con un espacio geográfico totalmente desconocido y en gran parte vacío. Más importante que lo que había era lo que se podía hacer. El hecho mismo de llamarlo Nuevo Mundo revela esa concepción visionaria. No venían a sojuzgar ciudades y países sino a fundar lo que no existía y sin tomar mucho en cuenta lo que existía. Se crearon reinos, gobernaciones y provincias como un arquitecto traza en el papel el edificio por construir. Más que el presente importaba lo que podía ser hecho para el futuro. Se iba a hacer una Nueva España, una Nueva Castilla, una Nueva Toledo, a fundar la Orden de los Caballeros de la Espuela Dorada, o simple y llanamente, la Utopía de Tomás Moro.

La América Latina fue concebida como un proyecto. Todo lo que dicen los documentos oficiales más antiguos se refiere a lo que se puede hacer aquí. Esto va desde las cartas de Colón hasta los discursos de Bolívar, desde la visión futurista y asombrada del jesuita Acosta en el siglo XVI hasta la descripción de las posibilidades del porvenir de que está llena la obra profética de Humboldt al final del período colonial.

La independencia misma tiene más que ver con un proyecto de futuro que con una realidad de presente. Es esa su mayor característica. Hay que crear para el mañana la más perfecta república que la humanidad haya conocido. No importan las limitaciones y los obstáculos del presente. Cuando en 1811 el Congreso venezolano dicta la primera Constitución hispano-americana no parece tomar en consideración la situación real del país, ni sus instituciones vigentes, ni su organización social o su economía, sino que se lanza, exento y libre de toda atadura con la realidad circundante, a invocar un orden político que requería la transformación de toda la realidad existente para poder funcionar.

Se iban al más remoto pasado o se lanzaban al más utópico futuro. Todo menos al presente. Por lo demás el pasado remoto, actualizado o resucitado, de una leyenda dorada ha sido una forma tradicional del pensamiento revolucionario. La revolución, en el fondo es una nostal-

gia, una tentativa de volver a la olvidada y perdida Edad de Oro.

En los papeles de los creadores de la revolución hispano-americana surge ese desdén por lo inmediato. En el archivo de Miranda abundan los testimonios de esta actitud mental. Miranda observa y estudia el funcionamiento de las más avanzadas instituciones políticas de la Europa de su tiempo, desde el ejército y los hospitales, hasta los jardines y el Parlamento, para transportarlos en su oportunidad al Nuevo Mundo, pero a la hora de darle un nombre al jefe de ese inmenso Estado nuevo que se iba a extender desde México hasta la Argentina, no encuentra ninguno mejor que el del Inca. Un Inca iba a presidir la vasta república mirandina, estructurada sobre las más modernas formas políticas ensayadas por Inglaterra y por la Revolución Francesa.

El primero que se percata del riesgo de esta posición es Bolívar, que en el Manifiesto de Cartagena y sobre todo, en 1819, en el Discurso de Angostura, señala el reiterado error de no tomar en cuenta la realidad social creada por la historia. No tuvo buen éxito este llamado al orden. El continuo batallar del siglo XIX está expresado en proclamas utópicas que muy poco tienen que ver con la realidad circundante. Se buscaba una perfección política abstracta y se la quería para mañana.

Todo esto que no ha dejado de ser visto caricaturalmente, tiene una innegable grandeza trágica. Tantos años de lucha y de enfrentamiento destructivo en las naciones hispano-americanas pudieron ser vistos con orgulloso desdén por los Estados Unidos de la época y por las grandes potencias europeas, como una muestra de inferioridad o de incapacidad para la vida civilizada. También vinieron los positivistas con su diagnóstico pesimista a señalar las invencibles fatalidades de clima, raza y momento que nos condenaban a la barbarie o a la impotencia para la vida civilizada. Pero un pueblo que por tanto tiempo y con tanta pasión se da a luchar en busca de promesas de justicia, de libertad y de igualdad, revela una fibra moral extraordinaria. Hubiera sido ciertamente más útil y productivo resignarse a lo posible, trabajar dentro de lo

dado y renunciar a buscar las formas superiores de la dignidad humana, pero se escogió tenaz y mayoritariamente el riesgoso y difícil camino de lo absoluto.

Se ha hablado a este respecto del «nominalismo» hispano-americano. Creer que el nombre es la cosa, que proclamar la república es la república, que decretar la igualdad es la igualdad. Algo de ello hay, pero no es todo. Si hubiera sido todo, los pueblos habrían permanecido quietos o hipnotizados junto a los renovados altares sobre los cuales se habían puesto los nuevos ídolos de los grandes principios liberales. No fue así; cada vez que la promesa o la esperanza no se transformó en realidad tangible, se reencendió la lucha. Lo que provocó las largas guerras que en el siglo pasado desgarraron a casi todo el mundo hispano-americano y que tiene sus puntos culminantes en vastos conflictos colectivos como la guerra de las Reformas en México, la cruzada contra Rosas en la Argentina o la Guerra Federal en Venezuela, no era sólo la proclamación de un dogma político sino una sed de justicia que en las formas más variadas y a veces ingenuas alcanzaba a todas las capas sociales.

No merece tanto desdén y burlona conmiseración un mundo que ha sido capaz de luchar tanto y por tan largo tiempo por los más altos ideales humanos.

Sin embargo, desde los días de la Reina Victoria y de la Tercera República francesa, ha habido una América digna de admiración por su riqueza, sus virtudes y su creciente poderío que era la constituida por los Estados Unidos y acaso por el Canadá, y la otra América, tierra caliente, pintoresca y primitiva, buena a lo sumo para colonizar y explotar. Tierra de loros, vicuñas, indios plumados, gauchos y caudillos ignaros. También de algunos exóticos productos coloniales: cacao, café, ron, melaza, tabaco y pieles, y de extraños e impuros poetas.

No era fácil, no lo ha sido nunca, identificar a la América Latina que presenta tantas y tan contradictorias facetas, por dentro y por fuera. Lo que parece su contradicción no es sino una forma de su mezcolanza no conciliada. Está llena de la pugna de las reliquias y de las novedades. Medio siglo después de que Humboldt oía con

asombro discutir de las mayores novedades políticas mundiales en el viejo camino empedrado de la Guaira a Caracas, Sarmiento describía la detenida vida del siglo XVII en Mendoza. Y cuando Bolívar llega al Cuzco en 1825 debió tener la sensación de mirar abierto un profundo corte transversal al través de la historia. Juntos, superpuestos y escasamente mezclados estaban allí gentes, hábitos y piedras de la vida incaica junto a las iglesias castellanas, a los frailes de misión y doctrina, a los doctores en «Utraque» y a un ejército que traía, junto con su gruesa pólvora, ideas de Rousseau y Montesquieu. Pudo tener al mismo tiempo en una mano el pendón de Pizarro y en la otra un proyecto de Constitución democrática. Lo saludaban con las viejas palabras ceremoniales del Inca o del Virrey y él hablaba de ciudadanos y república.

Hubo una edad española que se quedó detenida y retrasada en tierra americana. Lo dice la lengua que evolucionó más lentamente, lo dice el arcaísmo no sólo de voces, sino de usos que pervivió en la vida de los criollos de clase alta. La llegada de los Borbones al trono de España se sintió en América tardía y superficialmente. En lo esencial sobrevivieron el mundo y los valores de la casa de Austria.

Aquel cristiano viejo de Castilla, que era el heredero de una larga historia del encuentro de cristianos, moros y judíos en la península y que llegaba, como lo ha señalado Américo Castro, lleno de inquebrantable casticismo, no sólo vino a hallarse en un medio geográfico y social distinto, sino en presencia de otras razas con otras culturas. No es mucho lo que todavía sabemos del vasto y profundo proceso de mestizaje cultural que tan dramática, dolorosa y ricamente ocurre en las nuevas tierras. Desde la disposición de la ciudad hasta la arquitectura del templo, desde el lenguaje hasta la condición del trabajo, desde el culto hasta la cocina, desde las formas de cultivar hasta las relaciones de familia y de sociedad, la presencia del indio y del negro se hace sentir con los más variados aportes. Lo que pasa en la América Hispana en esos tres siglos no se parece a nada de lo que ha

ocurrido en otros continentes en los encuentros entre europeos y nativos. No pasó en la América del Norte, ni ocurrió tampoco en África o en Asia en los espacios de dominación inglesa o francesa.

No hay el equivalente de un Inca Garcilaso en la América Anglo-sajona. No se creó un barroco africano o asiático como legado del encuentro con los europeos. No surgieron nuevas formas sociales o artísticas, sino que se superpuso lo europeo a lo indígena, la zona de contacto fue estrecha e inerte, la iglesia presbiteriana junto al templo indostano, o la minoría europea aislada de la mayoría autóctona. No se pudo dar un Sarmiento africano ni un Caspicara o un Aleijadinho anglo-americanos. No podían darse porque el hecho fundamental del que esos hombres y esas creaciones surgieron, que fue el mestizaje cultural y racial, no se dio en ninguna forma significativa y poderosa ni en el norte de América, ni en África, ni en Asia. Culturalmente hubo, «avant la lettre», un «apartheid».

Si los Estados Unidos pudieron apropiarse para sí frente al mundo el nombre de América, relegando y obligando a las otras tres cuartas partes del continente a buscarse un apellido u otro nombre, no ha sido por una hábil jugada o por una afortunada promoción publicitaria.

Ha sido fundamentalmente el efecto del inmenso desnivel de desarrollo y poderío entre ellos y el resto de América. Ha tenido inmensas consecuencias de toda índole en la redondez de la tierra el hecho espectacular de que en menos de dos siglos las trece colonias marginales de Inglaterra en la costa americana del Atlántico Norte se convirtieran en la más grande potencia económica, tecnológica y militar del planeta.

Con sorprendente rapidez y eficacia lograron tomar posesión útil de la inmensa masa continental que iba de océano a océano y establecer un sistema económico de la más alta productividad que el hombre haya conocido y un sistema de simples y efectivas libertades públicas.

Muchas han sido las causas y las explicaciones que se han dado para tan grande diferencia de crecimiento en

las que entran desde el clima y la calidad de la tierra, hasta la ética protestante y la libertad económica.

Es la reaparición en territorio americano, en forma tajante y dramática, de la división de destino y mentalidad que la reforma protestante ocasionó en Europa, entre el Norte que creó el capitalismo, el racionalismo y el régimen parlamentario y el sur que se mantuvo fiel a la herencia medieval del absolutismo de la economía señorial y servil, y del predominio del dogma religioso.

El rumbo de la otra América no lo decidió ella sino que en gran parte fue la consecuencia de decisiones que coincidieron casi con su nacimiento. Por los resultados de la jornada de Villalar, tan remota en el tiempo y en el espacio, no tuvo gobierno representativo; por la dieta de Worms y por la política de la Casa de Austria en el siglo XVII no participó en el nacimiento del capitalismo industrial, en el desarrollo de la investigación científica y en la formulación del pensamiento racionalista.

En gran parte las dificultades de su historia han derivado de la necesidad de nadar contra la corriente, frente a la gravitación de esos hechos decisivos que le fueron legados, en busca de una posibilidad desesperada de incorporarse a otra historia y a otro tiempo.

La antinomia entre el alma heredada y la necesidad vital de estar al día con el mundo del progreso, explica muchas de sus contradicciones.

Mientras Carlos II montaba un anacrónico Auto de Fe en la Plaza Mayor de Madrid para celebrar sus bodas con el pasado, se escribía en La Haya el *Discurso del Método*, se fundaban la Royal Society y el Banco de Inglaterra en Londres y se formulaba la física de Newton.

Desde entonces la brecha no ha disminuido y es de ese angustioso tamaño el salto contra el tiempo que los pueblos de herencia hispánica tienen que intentar. O el tiempo cambia o cambiamos nosotros.

Intentar dar ese salto por sobre la mentalidad heredada ha sido el fermento de la inquietud revolucionaria del mundo hispanoamericano, por lo menos desde el siglo XVIII. Los criollos descubrieron pronto el racionalismo, el progreso científico y el brillo de «las luces». Al

través del ejemplo de la América Inglesa, de los viajes y de los libros que llegaban junto con el contrabando desde las islas herejes se abrió un ansia de ponerse al día y de repudiar el pasado. Voces nuevas, ideas nuevas, nuevas utopías para reemplazar las ya olvidadas comienzan a aparecer. Fueron precisamente los hijos y herederos de los privilegios de la conquista los que más activamente se lanzaron por la vía de la revolución. José Domingo Díaz, un monárquico venezolano, contemporáneo de la independencia, pudo escribir con asombro en su libro *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*: «Allí por la primera vez se vio una revolución tramada y ejecutada por las personas que más tenían que perder.»

Ahora, con su nombre equívoco, con sus contradicciones no resueltas, con su ansia de futuro y de absoluto, con su carga de irracionalidad desafiante, la otra América ha entrado a la más inesperada y exigente edad que el planeta haya conocido.

En medio de la más grande y veloz transformación de todas las relaciones de valor y de cambio, en un confuso panorama de nuevas y crecientes posibilidades de utopía y de riesgo, la vieja tierra de utopía y de riesgo tiene que repensar su destino y prepararse para un futuro que resulte conciliable con sus visiones.

Se forman nuevos y grandes centros de poder en una dimensión y con unas consecuencias que el pasado nunca conoció. Ya no son los acorazados y los batallones de las viejas potencias coloniales. Estamos viviendo en la bi-polaridad nuclear, en la Guerra Fría, en las nuevas formas de poder representadas por el monopolio tecnológico y por las inabarcables empresas transnacionales. Ahora vemos surgir la posibilidad de nuevas concentraciones de poderío. Ya no son sólo los Estados Unidos y la Unión Soviética con sus respectivos aleaños de predominio, sino que se mira claramente resurgir la suma de poder de una Europa unificada, el Japón aparece como el mayor centro de poder tecnológico e industrial de Asia y no puede descartarse la posibilidad de una alianza de naciones de cultura anglosajona que podría comprender los Estados Unidos, el Canadá, África del Sur, Australia

y Nueva Zelanda, a la que en alguna forma tendría que pertenecer la Gran Bretaña. Algún día encontrará formas de unidad el Africa negra y el destino de China e India se formalizará ante el Japón. En ese mundo que viene de la creciente concentración y avance desigual del poderío tecnológico y económico, qué papel va a desempeñar la América Latina.

Para apreciar esa posibilidad habría que considerarla en conjunto como una inmensa suma de espacio geográfico, de recursos naturales de todas clases, de climas y bosques y aguas y de humanidad. Una de las más grandes masas geográficas del planeta, una suma extraordinariamente homogénea de unidad cultural, que podría constituir una de las más unificadas concentraciones humanas del mundo por venir.

Hoy es el español el habla materna de más de doscientos millones de seres, numéricamente es la tercera lengua del mundo después del chino y del inglés. Si sumamos los pueblos de lengua castellana y portuguesa, cuya barrera lingüística es muy tenue, representarían más de trescientos millones, lo que los convertiría en la segunda comunidad lingüística del mundo actual.

Hay ciertamente la posibilidad de una gran suma potencial de poder en el mundo hispánico. La orgánica complementación de sus recursos humanos y naturales, facilitada por su comunidad cultural y lingüística, podría crear las bases para uno de los centros importantes de poderío mundial en el mundo de mañana.

El mundo hispánico ha experimentado grandes momentos de toma de conciencia, en los que ha parecido sentir algún oscuro y poderoso llamado del destino.

La formación del Nuevo Mundo fue una de esas horas. Todavía no hemos valorado debidamente todo lo que significó la extensión cuantitativa del espacio político, económico y cultural, ni menos aún las alteraciones cualitativas que el hecho introdujo en los valores y en las concepciones.

Lo fue también la Guerra de la Independencia. La de la independencia española y la hispano-americana, que son dos manifestaciones de un mismo fenómeno. Se

había roto el final vestigio del mito patrimonial de la Corona española, se había detenido el flujo inerte de la tradición y los pueblos tuvieron que enfrentarse a nuevas circunstancias. Hay todo un parentesco espiritual y una coincidencia de sentido en la actualidad y en los propósitos coetáneos y conformes que animaron sucesivamente a Aranda, Miranda, Jovellanos, Bolívar y Riego. Una hora de la historia de occidente exigía respuesta adecuada y pronta del mundo hispánico.

El vasto y múltiple fenómeno que a fines del siglo XIX provoca toda una angustiada y profunda revaluación del pasado y una búsqueda del porvenir en el pensamiento y en las letras de lengua castellana y que representan hombres tan separados en el espacio, pero no en el sentido y en el sentimiento como Martí, Ganivet, Unamuno, Darío y Rodó es otra de esas horas. Lo que en España se llama la generación del 98 y lo que en América se conoce como el movimiento modernista constituyen reacciones espontáneas y análogas frente a una circunstancia común.

No se ha evaluado todavía todo lo que significó en participación moral y en angustia espiritual la guerra civil española en toda Hispano-América. Era sentida como un nuevo episodio trágico de la vieja herencia y de la vieja vocación común.

Estamos ahora en otro tiempo similar. Se forman grandes concentraciones de poder mundial. El poderío científico y tecnológico, que es a la vez la base en nuestros días del predominio económico, militar y político, con todas sus implicaciones, se va concentrando en los países anglosajones, en la Unión Soviética y su familia de satélites y en el Japón.

¿Qué va a hacer el mundo hispánico? A girar pasiva y estérilmente en alguna órbita de poder ajeno o a reunir sus recursos y sus fuerzas en una suma eficaz para entrar a dialogar a parte entera en el drama de la creación del futuro de la humanidad.

A decir como en la trágica «boutade» de Unamuno: «que inventen ellos», o a ponernos a inventar nosotros.

No es tiempo para optimismos ni tampoco para pesi-

mismos, sino para un realismo frío y ponderado que inventaría recursos y defina posibilidades prácticas.

La otra América, que no es sólo otra por ser distinta a la anglosajona, sino por la necesidad de renovar y redefinir su presente y por su voluntad de futuro y la otra España, que ha de surgir, no tienen posibilidad mayor que la de unir y sumar conscientemente para el futuro lo que hasta ahora no es sino tácito rezago y herencia yacente del pasado común. El tiempo nos llama.

En 1609 aparece en Lisboa uno de los libros más extraños de su tiempo. Se llamaba los *Comentarios Reales* y estaba firmado por Garcilaso de la Vega, Inca. Contaba la fabulosa historia de un inmenso y exótico imperio del todavía mal conocido continente americano. Lo había escrito un hombre menudo, fino y de extraña fisonomía, que era sacerdote católico, que había sido capitán de la infantería española y que era descendiente directo de los reyes Incas. Escribía en la España de Felipe III, pero había nacido en el remoto Cuzco, al día siguiente de la conquista de Pizarro. En una ciudad donde la mayoría de la población era indígena y no hablaba español, donde los mayores monumentos eran la obra milenaria de los Incas, en donde las iglesias cristianas se encaramaban sobre los muros de los templos y fortalezas indias, y en una casa extraña y extensa, donde en un ala habitaba su padre el capitán castellano Garcilaso de la Vega, rodeado de sus frailes y sus soldados y, en otra, su madre la princesa incaica Isabel Chimpu Ocllo, superficialmente bautizada, que hablaba en quéchua con sus parientes los desposeídos dignatarios de la corte de Atahualpa.

Durante los tres siglos de duración del Imperio Español en América surgen numerosas iglesias y edificaciones en las nuevas y viejas ciudades de los virreinos. Desde la catedral de Santo Domingo, que es una nostálgica reproducción de un bello templo italianizante del Renacimiento, hasta los edificios de religión y de gobierno que se alzan en el siglo XVIII y que presentan extrañas características y estilos que los hacen diferentes de los de Europa.

Quien alguna vez haya subido a una pequeña eminencia cerca de Tlaxcala, en México, y haya visto surgir, entre los altos pinos que la rodean, la maravillosa estampa del Santuario de Ocotlán, habrá tenido que sentir la revelación de la obra original y propia con que los constructores coloniales de iglesias revistieron el nuevo escenario geográfico. «La más deliciosa iglesia del mundo» se la ha llamado sin exageración. Es, en efecto, una obra de extraordinaria gracia, llena de alegría popular, que no es reproducción de ningún templo de Europa. La fachada es como un inmenso retablo de estuco, ladrillo y azulejo, en vivos contrastes de rojo y blanco, con estatuas y adornos en variados planos que remata en dos altas y graciosas torres, que más parecen obra de joyero que de arquitecto. Lo que allí se expresa es un sentimiento distinto del que alzó las catedrales españolas y lo hace en un lenguaje plástico que no podría explicarse sino por el encuentro fecundo de las culturas.

Las iglesias habían cambiado en el Nuevo Mundo, pero también eran distintas las gentes que lo poblaban.

Los españoles de España veían con curiosa y no pocas veces burlesca extrañeza los cambios de costumbres, carácter, maneras y hasta de modos de hablar de los españoles que habían vivido en América o que habían nacido en América. Surgió la imagen, no pocas veces caricatural, del «Antón Perulero», del «indiano», del «criollo», con sus guacamayas y sus servidores indios y negros, con su arcaica y recargada manera de hablar, con su dispendiosidad y ostentación, con su tendencia al ocio y a la divagación. Eran distintos porque vivían en ciudades distintas, en una sociedad que ya no se parecía a la españo-

la, en casas diferentes, en medio de una naturaleza que nada tenía en común con la de Europa. Cuando hablaban de un río era de aquellos mares de agua dulce que se llaman el Amazonas, el Orinoco, el Magdalena, el río de la Plata y no de los mesurados caudales del Duero o del Guadalquivir; cuando hablaban de montes, no era de las reducidas sierras de Europa, sino de las inmensas cordilleras nevadas e inaccesibles tendidas como una espina dorsal de Norte a Sur del Nuevo Continente. Su música, sus danzas, sus alimentos, su folklore eran diferentes. De las músicas y los bailes de españoles, indios y negros habían sacado otras músicas y otras danzas. El areito, la chacona, la habanera, el danzón, el joropo, el pericón, el jarabe. Tenían extraños remedios y extraños alimentos: el cacao, la papa, el maíz, la yuca, el tomate, el tabaco y el palo de Guayacán que curaba las más extrañas enfermedades.

Llegaron a tener tal concepto de la peculiaridad de su situación que algunas veces intentaron repudiar el ejemplo y la imitación de lo europeo. Pensaron que aquello debía de ser Nuevo Mundo por mucho más que por el descubrimiento y la colonización recientes. Que debía de ser Nuevo Mundo porque no se iba a repetir en él la trágica y fallida historia de Europa. Querían crear un mundo y una sociedad distintas a las del viejo continente. Creían que el indio americano era el sobreviviente de la Edad de Oro, bueno, puro, desnudo, sin pólvora y sin espada, sin codicia de oro ni de propiedad. Era la imagen del buen salvaje que tanto iba a influir en el pensamiento revolucionario de la Europa convulsionada del siglo XVIII. Cuando Tomás Moro, desde la cruel y corrompida corte de Enrique VIII de Inglaterra, sueña con una sociedad más moral y más justa, la llama *Utopía* y la sitúa en una isla de América. Vasco de Quiroga, un fraile español establecido en México, resuelve implantar de hecho la Utopía de Moro, crea una sociedad comunitaria en Michoacán y le escribe a Carlos V:

Porque no en vano, sino con mucha causa y razón, este de acá se llama Nuevo Mundo, no porque se halló de nuevo, sino

porque es en gentes y cuasi en todo, como fue aquel de la edad primera y de oro...

En las vastas soledades salvajes de los territorios ribereños del río Paraguay los jesuitas establecen, por más de dos siglos, una sociedad indígena totalmente segregada del contacto con lo europeo, en la que se excluyen la propiedad y el comercio y se llega a proscribir el español, para impedir, como con un cordón sanitario, la infección del mal ejemplo de los vicios y pecados de Europa. En las viejas crónicas se describe con asombro aquellas comunidades reformadoras y moralizantes donde los indios eran como eternos pupilos de una estricta pedagogía que proseguía de la cuna a la tumba para evitar el mal, el odio, la codicia, la miseria y la injusticia. Se vivía en una gran fraternidad dirigida por los sacerdotes, donde todos tenían los mismos bienes y los mismos deberes y donde a golpe de tambor se anunciaba a los casados, por la noche, la necesidad de cumplir el deber conyugal.

Todo esto revela la conciencia de pertenecer a un mundo distinto, en el que no solamente se podía, sino que se debía ensayar un capítulo nuevo y distinto de la historia del hombre en la tierra. Sabían que no podían mantener las civilizaciones indígenas que, sin embargo, de muchas maneras les pertenecían y estaban vivas en ellos, pero también estaban convencidos de que no podrían ser una Nueva España, una mimética y casi exacta prolongación ultramarina de Castilla. Del español, del indio y del negro habían recibido aportes incorporados a su vida y a su carácter, a veces contradictorios, pero siempre fecundos.

Muchas veces se sentían atormentados por la angustia de preguntarse lo que eran o de pretender ser lo que no podían ser. En el momento de la heroica lucha por la independencia invocan a Atahualpa y a Cuauhtémoc, como sus antecesores, para apoyar sus derechos, pero al mismo tiempo pretenden que el mito de la Serpiente Implumada de mayas y aztecas no era otra cosa que el heroico recuerdo de la milagrosa venida del Apóstol Santo Tomás a América en tiempos de Claudio o de Nerón, y alegan como títulos las viejas cédulas de Carlos V y los

tratados de los teólogos españoles. El propio Bolívar, actor supremo de la historia latinoamericana, advierte las grandes implicaciones de esta situación y llega a decir: «No somos europeos... no somos indios... Somos un pequeño género humano.»

Esa condición compuesta, mezclada, que era el producto del encuentro de culturas y sociedades, separadas por la historia, en uno de los más poderosos y variados escenarios geográficos, era la que hacía y la que podía permitir explicar la originalidad de ese posible Nuevo Mundo.

Eran mestizos pero no se atrevían a reconocerlo. Cuando comenzaron a examinar su pasado la palabra *mestizo* designaba únicamente a los seres de sangre mezclada, a los productos híbridos de razas diferentes y hasta opuestas, a los descendientes de la mezcla genética de blancos, indios y negros. Era una palabra desacreditada y casi infamante ante el predominio de las creencias racistas de la Europa del siglo XIX, cuando se hablaba de los arios puros, de la superioridad del blanco y hasta de la superioridad de los anglosajones. Nadie quería ser calificado como mestizo. Pero la verdad era que el color de la piel poco tenía que ver con el poderoso proceso creador del mestizaje. En todo caso no era, ni ha sido nunca inherente, ni menos fundamental, para ese proceso. Hubo mestizaje en la historia europea entre pueblos de raza blanca pero de distinta civilización. Porque lo verdaderamente importante y creador del proceso de mestizaje está en el encuentro y en la mezcla de las distintas culturas.

Aquellas tribus godas, francas o lombardas, que invadieron el decadente espacio político del imperio romano, desataron un inmenso y oscuro proceso de mezcolanza en el que sus lenguas, sus instituciones, sus creencias y sus costumbres se mezclaron con las de los romanos para dar nacimiento a otras cosas distintas que fueron la iglesia, los idiomas y las estructuras políticas de Occidente. Del latín corrompido, de la imitación de la majestad cesárea, de la mezcla del *Corpus Juris* y las costumbres bárbaras crearon la civilización que iba a dominar a Europa y al mundo hasta nuestros días. Todo ese rico desarrollo constituye un prodigioso caso de mestizaje cultural.

La América Latina ha sido el ámbito de otro extraordinario proceso de mestizaje durante toda su existencia, desde Colón hasta nuestros días. Sus rasgos fundamentales, su originalidad y su destino están determinados por este gran hecho, aun en aquellos casos en que no haya trazas, o parezca no haberlas, de mezcla de sangres, aun en aquellas regiones en que se pueda pretender a cierta homogeneidad racial, llámense la ciudad de Montevideo o la aldea de Pisac en la sierra peruana.

Esa condición y aptitud para la mezcla creadora de culturas y de influencias está presente en las más grandes y originales obras y horas de la América Latina. Sea la pintura cuzqueña o la poesía de Rubén Darío.

El caso de Rubén Darío, como el de todas las grandes figuras del llamado Modernismo literario que él encabezó, constituye uno de los mejores ejemplos del mestizaje cultural y del destino del Nuevo Mundo. El mismo pudo llegar a engañarse y a creer que era un seguidor fiel de la poesía francesa de parnasianos y simbolistas. Pero no lo era. Era un creador maravilloso de poesía con los elementos del mestizaje cultural, del que era producto y expresión. Utilizaba, acaso inconscientemente, junto con los modelos franceses de Verlaine, elementos de la poesía popular de su tierra y olvidadas formas de la literatura española del Siglo de Oro.

No pocos han pensado que el arte de la América Latina es el barroco. Que en las tendencias ornamentales, intrincadas, exasperadamente decorativas y laberínticas de ese estilo llegó a expresarse mejor que en ningún otro la peculiaridad latinoamericana. Es posible, pero en todo caso, esta no es exactamente la verdad. La verdad pudiera ser, más bien, que los rasgos del barroco tal como los conoció el arte europeo, vinieron a coincidir asombrosamente con ciertos rasgos de la sensibilidad y de la realidad de la América Latina, porque el barroco es, acaso, el arte más adecuado para permitirle expresión y desarrollo al proceso del mestizaje cultural.

Ese aspecto de mezcla, de impureza, de convivencia y maridaje de épocas distintas y de tendencias heterogéneas, que no es otra cosa que la característica creadora

del mestizaje cultural, está presente en todos los grandes momentos originales de la América Latina.

La grande obra de los muralistas mexicanos lo demuestra con toda evidencia. En el momento en que la pintura al fresco se miraba en Occidente como una reliquia del más remoto pasado artístico y en que se disolvía y recomponía el lenguaje y los temas plásticos en las búsquedas del Cubismo, un hombre evadido de esa hora crítica y fecunda de la pintura europea, Diego Rivera, redescubre a México, a su drama, a su pueblo, a su hambre de expresión y de afirmación y se pone a cubrir grandes muros, en una forma tal vez anacrónica para la Europa de esa hora, como si diera nueva vida a los condottieros de Simone Martini de la Siena del siglo XIV, o a la pasión de muerte de Orcagna en el cementerio de Pisa, o al tema cándido del buen y el mal gobierno que hace quinientos años había pintado Ambrogio Lorenzetti, para poderle narrar al pueblo mexicano en imágenes de la más inmediata contemporaneidad, su tragedia y su grandeza.

Sin duda, la posibilidad de que la América Latina pueda llegar a ser un Nuevo Mundo, reside principalmente en su vocación y en su destino de mestizaje cultural. En repetir ahora, por las especiales condiciones de su formación, la empresa del encuentro fecundo y de la síntesis de culturas que todos los grandes pueblos de la historia realizaron. Así lo hicieron los griegos y los romanos. Y así, en épocas más cercanas, lo hicieron los países de la Europa Occidental mediante un largo y grandioso proceso de mezcla y combinación de lo germánico, lo romano, lo cristiano, lo griego, lo bizantino, lo árabe.

En lugar de avergonzarse de su mestizaje la América Latina debe reconocer en esa peculiar condición la más poderosa base para su originalidad y para el gran papel de síntesis que está llamada a realizar en el futuro inmediato.

Lo que, en resumidas cuentas, no es otra cosa que aceptar y reconocer la maravillosa empresa que estuvo planteada y prometida desde la llegada de Colón, de hacer un Nuevo Mundo, es decir, un nuevo tiempo y una nueva manera de la civilización del hombre.

La Utopía es americana. El juego de palabras (no hay tal lugar) de Tomás Moro no era sino el velo que el hombre prudente tenía que poner para atenuar las duras verdades. La utopía era el reino de justicia, que podía no pasar de pura y no tan gratuita imaginación frente al demasiado real y próximo reino de Enrique VIII de Inglaterra, el lugar donde había paz y bien, ante aquel otro de la desigualdad y la violencia donde «los carneros se comían a los hombres».

No era una ficción lo que escribía el canciller inglés, era un proyecto. Frente a la dura sociedad creada por la ciega y destructora política de poder, proyectaba un orden gobernado por la igualdad y la justicia. Mientras su contemporáneo Maquiavelo pintaba el infierno de la razón de Estado, Moro proyectaba el Paraíso del estado de razón.

Su utopía está en América. No la coloca ni en Europa, ni en Asia, ni en África. El Asia entrevista en el libro de Marco Polo no dejaba mucho espacio para un orden de razón. Ni el reino del Preste Juan, ni el África de las cruzadas y las degollinas. Los viejos cronistas pintaban

las tropas de Godofredo de Bouillon combatiendo en el Santo Sepulcro de Jerusalén con la sangre a la rodilla.

Es un marino de Vespucci, Rafael Hitlodeo, quien describe la encantada tierra sin odio, sin pobreza, sin privilegios. Tres hilos se anudan en esa hora de inicio de los tiempos modernos para formar esa visión de bien social alcanzable. Una es la vetusta imagen de la Edad de Oro que venía en la herencia de la Antigüedad Clásica. Estaba en el pasado pero nunca los hombres dejaron de soñar en la posibilidad de un regreso a aquel tiempo de bienaventuranza. El otro era el ejemplo al través del Evangelio y de la tradición bíblica de la vida virtuosa de los primeros cristianos y el eco de la historia como parábola de la caída en el mundo de la muerte y del dolor cuando nuestros primeros padres perdieron el Paraíso. Lo pagano y lo cristiano se mezclaban en esa imborrable nostalgia.

El tercer factor lo dio el descubrimiento de América. Desde que circuló por Europa la carta de Colón a los Reyes Católicos dándoles cuenta del primer viaje, con ella fue la poderosa y conmovedora imagen de la bondad natural del hombre, que tan hondamente iba a dejar su huella en todo el pensamiento occidental.

Buena parte de la carta la ocupa la descripción de los indios con un asombro conmovedor. No conocían las armas ni el vestido, ni el vicio, ni el valor del oro, daban con gusto de todo lo que tenían y parecían incapaces de hacer daño. «Andan todos desnudos, hombres y mujeres», «no tienen hierro, ni acero, ni armas», «son sin engaño y liberales de lo que tienen... y muestran tanto amor que darían los corazones», «ni he podido entender si tienen bienes propios, que me pareció ver que aquello que uno tenía todos hacían parte, en especial de las cosas comederas».

Quedaba así descubierta y descrita la Utopía desde 1493. Había un espejo mágico para que los europeos vieran toda la deformada y viciosa fealdad de su mundo frente a aquel otro. Muchas cosas estaban implícitas en ese contraste. Las sociedades humanas que estaban más cerca de la naturaleza parecían ser más justas y disfrutar

de un estado de mayor felicidad que las sociedades europeas. ¿Qué pecado, qué caída, qué horrible error había cometido el europeo para que su orden social y político llegara a semejante caos de irracionalidad y violencia? Los pensadores se plantearon muy pronto el problema. Unos, a la manera de Tomás Moro, como invocación de un orden posible que devolviera al mundo civilizado aquellas virtudes del estado de naturaleza. La Utopía es el manifiesto revolucionario del siglo XVI, en un tono no menos subversivo y ambicioso que el llamado a regresar a la «*philosophia Christi*» de Erasmo y que la Reforma, tan metida en la política de poder y en el individualismo adquisitivo de Lutero.

Para otros fue la ocasión de una amarga crítica del mundo europeo. Montaigne, que tanto va a influir en todo el pensamiento occidental, lo advierte con segura penetración al hablar de los indios americanos, de la «gente de ese otro mundo que ha sido descubierto en nuestro siglo». «Lo que por experiencia hemos visto en esas naciones, dice, sobrepasa no solamente todas las descripciones con que la poesía ha embellecido la edad de oro y todas sus invenciones para fingir una feliz condición de los hombres, sino aun la concepción y el deseo mismo de la filosofía.» Son aquellos salvajes los que han alcanzado aquella perfección de vida y los europeos «nosotros quienes los sobrepasamos en toda clase de barbarie».

Esa imagen del «buen salvaje», de la igualdad, la libertad y la felicidad de los seres que viven cerca del estado de naturaleza, es el concepto más importante que surge del hallazgo del Nuevo Mundo. Es el mito americano por excelencia y el don de América al pensamiento occidental, así como la papa fue su don a la economía. Lo habían lanzado Colón y Vespucci. Lo van a recoger y a reelaborar los pensadores, los poetas y los políticos. Se puede trazar una larga genealogía del concepto. Erasmo lo recoge en un fragmento del *Elogio de la Locura* en 1511. Tomás Moro le da la forma definitiva y el nombre en la *Utopía*, cinco años más tarde. De allí en adelante se va a encontrar su eco en muchas cumbres literarias,

en Montaigne, en el Shakespeare de *La Tempestad*, en Voltaire, en Marmontel y, sobre todo, en Rousseau que lo convierte en dogma político. Todavía en el romanticismo sigue vivo en el Chateaubriand de *Atala* y en sus seguidores.

Ese concepto de un orden social americano más perfecto que el de Europa y que debía ser preservado y hasta imitado, no sólo lo tienen las gentes que quedan en el mundo de hierro del viejo continente sino quienes vienen, en diferentes formas, a integrarse al Nuevo Mundo.

La visión de Utopía hace un viaje de ida y vuelta entre las dos orillas del Atlántico. Del libro de Moro va a regresar a las tierras americanas para ensayarse en una realidad.

Varios y significativos fueron los ensayos de realización de la Utopía en el Nuevo Mundo. En la biblioteca del primer obispo de México, Fray Juan de Zumárraga, había un ejemplar anotado del libro de Moro. El pensamiento utópico y erasmiano estaba vivo en la jerarquía eclesiástica de la Nueva España. El ensayo, tan poco estudiado, que hace Vasco de Quiroga en los hospitales-pueblos de Michoacán a mediados del xvi, se propone la realización del proyecto de Moro. En la carta que dirige a Carlos V se mezclan la visión de Moro y el pensamiento erasmiano en un radical proyecto de aislar a América de la influencia europea para que no repita sus vicios y llegue a ser verdaderamente un Nuevo Mundo. En el precioso documento dado a conocer por el historiador mexicano Silvio Zavala dice:

La vida indígena es cuasi de la misma manera que he hallado que dice Luciano en las Saturnales, que eran los siervos entre aquellas gentes que eran de la Edad Dorada de los tiempos del reino de Saturno, en que parece que había en todo y por todo la misma manera e igualdad, simplicidad, bondad, obediencia, humildad, fiestas, juegos, placeres, desnudez, pobre y menospreciado ajuar, vestir, calzar y comer según que la fertilidad de la tierra se lo daba y ofrecía y producía de gracia y cuasi sin trabajo, que ahora en este nuevo mundo parece que hay y se ve en aquellos naturales, y a mi ver Edad Dorada entre ellos que ya es vuelta entre nosotros de hierro.

Lo mueve el deseo de restablecer el cristianismo evangélico: «La renaciente iglesia del Nuevo Mundo es una sombra y dibujo de aquella primitiva iglesia del tiempo de los Santos Apóstoles y de aquellos buenos cristianos, verdaderos imitadores de ellos, que vivieron con su santa y bendita disciplina y conversación.» Para declarar luego la plenitud de su concepción: «Porque no en vano sino con mucha causa y razón, este de acá se llama Nuevo Mundo, no porque se halló de nuevo, sino porque es en gente y casi todo como fue aquel de la Edad Primera y de Oro.»

Los trágicos protagonistas del destino europeo en aquella hora desgarradora del cisma y de la bifurcación de rumbos históricos, Erasmo y Moro, venían a encontrarse inesperadamente en América. Marcel Bataillon en su gran obra fundamental sobre *Erasmo y España*, observa:

la zona más importante aunque menos visible de la influencia de Erasmo en América (fue) la ejercida anónimamente al través de los frailes evangelizadores del Nuevo Mundo... Del erasmismo español se derivó hacia América una corriente animada por la esperanza de fundar con la gente nueva de tierras nuevamente descubiertas una renovada cristiandad.

La imagen del buen salvaje venía a atizar el fuego del pensamiento occidental. Así como el imaginario Hitlodeo llega hasta Moro con la revelación de la Utopía, así también un día de 1520, en Lovaina, Erasmo recibió la visita de Fernando Colón. No sólo de libros debió hablar el sabio con el hijo del Descubridor, sino que también entraría mucho en el diálogo la significación profética de la hazaña de Colón y el encuentro con el perdido mundo de la Edad de Oro. No hay que olvidar que el Almirante, al llegar en su Tercer Viaje, cerca de la desembocadura del Orinoco, pensó que debía ser uno de los cuatro ríos que según la tradición bíblica brotan del Paraíso.

Más tarde, en el siglo xvii y con mucha más extensión y permanencia que el ensayo de Vasco de Quiroga, vino la extraordinaria experiencia de las reducciones de indígenas levantadas por los jesuitas en el Paraguay.

En un celoso y hasta desafiante aislamiento, por siglo

y medio, los padres de la compañía mantuvieron una sociedad que en casi todo era la antítesis de Europa. Implantaron un orden comunitario, igualitario y autoritario concebido de acuerdo con las ideas de la Utopía y de Erasmo.

Fue todo un vasto país, que comprendía buena parte del actual Paraguay, el que los jesuitas escogieron para sustraerlo del cuadro de la civilización europea en América. Levantaron ciudades con sus iglesias y sus plazas, con sus graneros y sus campos, con su trabajo organizado en los más mínimos detalles y con un régimen de paternal autoridad que proveía a todas las necesidades físicas y espirituales y aseguraba un orden pacífico inalterable.

En la descripción que desde Italia hace en el siglo XVIII Muratori incluye un extracto del viaje a las Indias Occidentales de Fray Florentino de Bourges, quien visitó las misiones jesuitas en 1712. Allí expresa:

todos en general llevan la más inocente vida digna de los primeros tiempos del cristianismo. Hay entre ellos la más completa unión y caridad. Sus bienes son comunes, completamente extraños a la ambición y a la codicia, no se conocen disputas ni demandas judiciales en aquellas colonias... No existe mina de oro y plata en todo el país, ni nada que invite al forastero a quedarse allí y si, como a veces ocurre, algún español toma esa vía para el Potosí o Lima, existen órdenes de la corona española para no permitirles permanecer más de tres días en ninguna de las poblaciones, hay una casa de huéspedes en cada asiento, pero al terminar los tres días el viajero debe continuar su jornada salvo en caso de enfermedad.

El propósito de aislamiento llegaba hasta el extremo de no enseñar el español a los guaraníes y de tener que traducir a la lengua indígena los libros necesarios para la instrucción general y la formación religiosa. Todavía hoy, perdidas entre la maraña salvaje, las ruinas de los templos y de las casas nos dicen de la magnificencia y grandeza de aquel extraordinario experimento social sin paralelo en el mundo.

El padre Charlevoix escribió a instancias del Duque de Orleans su *Historia del Paraguay*, después de la disolución de la Compañía de Jesús y, al entrar en materia, declara que uno de sus principales objetos es describir

aquellas repúblicas cristianas de las que ningún otro modelo ha aparecido hasta ahora en el mundo; repúblicas fundadas en medio de la más salvaje barbarie de acuerdo con un plan más perfecto que aquellos imaginados por Platón, Bacon y el ilustre autor de Telémaco, por hombres que para fundarlas no contaron con otro material que su sudor y sangre, por ningún otro motivo que la gloria de Dios y el bien de la humanidad y sin otra arma que el Evangelio, frente a la furia de los más irreductibles salvajes a quienes las armas españolas sólo habían servido para irritar, los han civilizado completamente y transformado en cristianos cuyas virtudes, por ciento cincuenta años, han constituido la admiración de todos los que los han visto de cerca.

Por una curiosa contradicción el Siglo de las Luces, en su pasión racionalista, no va a sentir la contradicción inherente al hecho de exaltar la razón y la obra del intelecto y al mismo tiempo resucitar el mito naturista del buen salvaje. Para colmo de dificultades eran aquellos jesuitas, símbolo del oscurantismo eclesiástico, quienes hacen realidad, en una escala sin precedentes, la lucha contra la civilización occidental y el redescubrimiento de la bondad natural del hombre. Acaso esto pueda explicar el escaso eco que la extraordinaria experiencia de las reducciones del Paraguay tuvo en la literatura de la Ilustración.

El mito del buen salvaje va a agitar el siglo XVIII con toda su carga contradictoria. Su imagen reaparece ya en 1703 en las obras del barón de Lahontan, aventurero francés que vivió en Quebec y que escribió diálogos con los indios, en los que la simplicidad ingenua y sana del aborigen derrota y pone en ridículo la suficiencia de los prejuicios europeos. Como lo señala Paul Hazard: «Se puede afirmar con toda exactitud que todas las ideas vitales, la de la propiedad, la de la libertad, la de la justicia, han sido puestas en discusión por medio del ejemplo de lo lejano.» «De todas las lecciones que da el espacio la más nueva, tal vez, fue la de la relatividad.»

En nadie alcanza el mito americano mayor fuerza y decisiva influencia que en Rousseau. Con toda la carga de sus resentimientos personales, con el desprecio por aquella brillante sociedad francesa que lo desdeñaba, con su mal contenido ímpetu de agresión, va a encontrar en la exaltación de las virtudes espontáneas del hombre primí-

tivo el más formidable instrumento de ataque contra aquel mundo de la «douceur de vivre» que tan nostálgicamente evocaba tantos años después Talleyrand. El ginebrino se convierte en el inesperado antagonista de la filosofía de las Luces y en el campeón de una naturaleza idealizada y mítica frente a la civilización occidental. Las consecuencias van a ser inmensas. En todo caso mucho mayores, políticamente, que las de la obra de Voltaire o de Montesquieu. Ya en 1740, en una de sus fallidas óperas, *La découverte du Nouveau Monde*, el ginebrino pone a Colón a dialogar con un indio en un contrapunto en el que asoman los sentimientos que van a animar más tarde sus dos famosos Discursos.

La civilización occidental no podrá olvidar con facilidad aquel decisivo día de 1749 en que el desconocido Rousseau fue a visitar, en la prisión de Vincennes, a Diderot. Acaba de leer el anuncio del concurso que proponía la Academia de Dijon sobre el vago y retórico tema de si la restauración de las ciencias y las artes había contribuido a corromper o a purificar la moral. Era un pretexto para una beatífica proclamación de fe en el progreso de las luces y de la inteligencia. Rousseau ha recordado aquella hora del destino. Fue su camino de Damasco. En estado de trance y entre sollozos le vino la idea de sostener la paradoja de que la civilización, tal como existía, no había significado otra cosa que degradación moral del hombre. Los argumentos le brotaban de manera incontenible. En carta a Malesherbes, escrita trece años después, recuerda: «Con qué simplicidad había demostrado que el hombre es bueno por naturaleza y que solamente nuestras instituciones lo han hecho malo.»

Quedaba concebido y formulado el nuevo y poderoso mito que iba a justificar todas las rebeliones contra la civilización y que no era otra cosa que un injerto sobre el viejo tronco americano de la visión del buen salvaje. En ese Discurso, que gana el premio y lo lanza a la más inesperada notoriedad, recuerda las palabras de Montaigne sobre la barbarie europea y el elogio de los indios americanos. El *Contrato Social* se va a abrir con la fór-

mula enfática e inolvidable: «L'homme est né libre, et partout il est dans les fers.»

De este modo, no sólo el *Contrato Social* remonta su filiación a la *Utopía* sino que, en ambos, lo determinante es la antigua imagen de la felicidad natural del indio que Colón había presentado a Europa al día siguiente del Descubrimiento.

De Rousseau y los hombres de la Ilustración el poderoso mito va a regresar a América. Entre una y otra orilla del Atlántico ha ido y vuelto durante cuatro siglos la fascinante imagen. A la hora de concebir la Independencia los hispanoamericanos leerán a Rousseau, a Raynal, a De Paw, a Marmontel y descubrirán con emoción que la más incitante novedad política tiene su justificación en el más remoto pasado americano.

Regresa a América bajo la forma revolucionaria de los derechos naturales del hombre. Cuando Jefferson redacta la declaración de independencia de los Estados Unidos llamó a estos derechos «verdades evidentes por sí mismas» y las enumera en una forma solemne y casi religiosa: «Todos los hombres han sido creados iguales y dotados por su Creador con ciertos derechos inalienables que comprenden la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad.»

La declaración de Filadelfia va a repercutir en Europa. Benjamín Franklin será, en cierta forma muy eficaz, el embajador del buen salvaje en la corte de Luis XVI. Y más tarde, ya entrado el siglo XIX y desatada la reacción contra-revolucionaria que llevará a la creación de la Santa Alianza, el abate de Pradt y los liberales europeos verán como una luz de esperanza la proclamación de principios de la rebelión venezolana.

Está puesta allí la nueva y poderosa palabra: la felicidad. La búsqueda de la felicidad no había sido nunca antes un ideal político, sino a lo sumo un impulso y un refinamiento de ciertas individualidades. Se puede buscar la felicidad de la sociedad entera a través de las revoluciones desde 1776 y 1789 en adelante, porque hubo un tiempo en que los hombres fueron felices. Un tiempo, mítico, que es el del tema clásico de la Edad de Oro, y

un tiempo histórico y real que fue el que sorprendieron los conquistadores en las nuevas tierras americanas. Se trataba de restaurar al hombre a aquel estado de simple felicidad que había conocido antes de que la civilización europea lo sojuzgara.

El Congreso Constituyente de Venezuela, en 1811, al sancionar la primera constitución de Hispanoamérica, recoge el eco de la sacralizada noción: «El objeto de la sociedad es la felicidad común y los gobiernos han sido constituidos para asegurar al hombre en ella.» «Estos derechos son la libertad, la igualdad, la propiedad y la seguridad.»

Más adelante vendrá la hora iconoclasta de los antropólogos y de los etnógrafos para destruir el mito del buen salvaje. Pero ya será tarde. La poderosa imagen mítica había hecho su camino en la historia y había dominado el pensamiento occidental en los tres siglos de su modernidad, desde que Moro escribe la *Utopía* hasta que se gana la independencia de las repúblicas americanas. Como lo revelaban los ingenuos ilustradores románticos, en sus grabados de inspiración americana, el Nuevo Mundo estaba representado por la majestuosa figura de un jefe indio coronado de plumas multicolores y de virtudes desaparecidas para la civilización.

La nación venezolana se hizo y cobró los rasgos fundamentales de su fisonomía y su carácter durante los trescientos años del régimen colonial.

Como en el resto de nuestra América las realidades sociales y culturales anteriores al descubrimiento se desviaron, se alteraron o desaparecieron. El quehacer histórico de mayas, mexicanos e incas terminó abruptamente en catástrofe.

El encuentro de los españoles y de los indígenas en el escenario inmenso del continente nuevo engendró una nueva sociedad, nuevos valores, cambiadas posibilidades y unas condiciones que ya no pudieron ser más ni las de la tierra antes del encuentro, ni las de los conquistadores antes de la llegada.

El hecho de que surgieran nuevos nombres revela innegablemente que habían surgido nuevas realidades. Surgió el indiano, el criollo, el mestizo.

El desarrollo de lo español no dejó de sufrir cambios y alteraciones en la nueva tierra. Tuvieron que hacerse a paisajes distintos, a trabajos diferentes, a alimentos desconocidos, a nuevas lenguas y nuevos frutos y a nue-

vos usos. Comieron el maíz y el casabe, descubrieron el chocolate, conocieron el curare, durmieron en hamacas, vivieron en chozas de bahareque y vieron nacer hijos mestizos.

Hubo una incorporación de elementos culturales indígenas y una regresión colonial hacia formas más primitivas y ya superadas de la propia cultura. Venían de la *Celestina* y de la picaresca para regresar a la crónica medieval, al poema narrativo y al auto sacramental. Era como un regreso inconsciente a la raíz de la propia cultura y al añiñamiento del espíritu.

Fue, sin duda, uno de los encuentros más difíciles, fecundos y globales de la historia. Toda la historia, en cierto modo, es la consecuencia de los encuentros entre los pueblos, las culturas, los valores y las técnicas. La Antigüedad es la crónica y la consecuencia de los encuentros entre los pueblos del Mediterráneo. Pero casi todos aquellos encuentros eran la consecuencia de un proceso y de un destino. En cambio, nada anunciaba ni preparaba el encuentro de los españoles y los indios americanos, sus caminos históricos no se cortaban en ninguna encrucijada necesaria. No hubo, acaso, otro encuentro histórico más fortuito, inesperado, total y preñado de consecuencias. No hubo tiempo para noticia, transición ni acomodamiento. En no más de cincuenta años queda sojuzgado y reconocido todo el continente, plantadas las ciudades, establecidas las jurisdicciones, puestas la ley, la lengua y la religión, fundadas las escuelas, organizadas las instituciones, abiertos los puertos y los caminos y creado un estilo de vida común y permanente.

Lo primero que asombra es la voluntad de fundación y de permanencia. En la difícil, pobre, inaccesible y peleadora Venezuela plantan, desde la primera hora, sus ciudades con blasón y cabildo y se dan a la tarea de hacer del indio un cristiano de Castilla.

El ejemplo y la empresa comienzan en el pelado peñón de Cubagua. El alimento y hasta el agua había que traerlos por barco. Han podido limitarse a alzar una transitoria ranchería para recoger y tasar las perlas, pero, en lugar de ello, levantan con sus calles, su iglesia, su con-

vento, sus fachadas y ornamentaciones de piedra labrada la Nueva Ciudad de Cádiz. Se necesitó de la brusca merma de las perlas y de la ruina del terremoto para que se marcharan hacia tierras más acogedoras y feraces.

No con menos esfuerzo, vocación y desamparado heroísmo surgen después Coro, la fortaleza de Cumaná, el Tocuyo, Valencia, Trujillo y la empeñosa porfía por alzar una villa en el valle de los Caracas.

La descripción que en 1578 hace de la ciudad de Caracas el gobernador Juan de Pimentel nos deja la estampa de una aldea miserable, recogida en una arruga del valle, detrás de su empalizada defensiva, con su plaza y sus solares, donde se alzaban las chozas de paja y la espadaña de una primera iglesia.

No hay estampa más desproporcionada y conmovedora; dice: «de dos u tres años a esta parte se ha comenzado a labrar tres u cuatro casas de piedra y ladrillo y cal y tapería con sus altos cubiertos de teja». Alzan las tapias, cubren de teja los corredores en torno al patio y colocan en el testero del mejor aposento la imagen del santo patrono. Empiezan las obras del dorador y del pintor y del santero. Pronto se alzará la primera torre de campanario y el primer claustro de convento. El primer arco y las primeras acequias para el riego. Hacen procesiones, misas cantadas y rogativas. El canto y la música eclesiástica entran en los oídos del indio. Llegan las guitarras y el palmooteo y la danza.

Hay un soldado que sabe escribir versos y le encargan una crónica rimada de la conquista. Traen lo que han podido recoger de la cultura nativa y la acomodan a lo que les es dado recordar y hacer en el desamparo y en la nueva morada. Del indio y del negro recibirán aportes. Harán una casa a la española, por cuyas puertas y corrales, con el aire del nuevo mundo, entrarán los indios y los negros con su carga de frutos, magia y arte.

Se va a crear un estilo de vida formado por el trasplante de los valores y por el mestizaje de la sangre y de las culturas. Ese estilo pronto va a derivar y a separarse con matices propios, cada vez más acentuados, de lo español peninsular.

El gran hecho generador del mundo hispanoamericano es el mestizaje, que no es otra cosa que lo que vino a resultar de la cultura hispánica, derivada y estancada en tierra americana, ante los aportes de las nuevas circunstancias y los nuevos actores culturales. Poco se ha estudiado ese proceso formativo que toma tres lentos siglos de acomodación y reajuste. La lengua misma evoluciona de una manera distinta en ambas orillas del océano, se apega a las formas arcaicas, se retrasa con respecto a la evolución que ocurre en España, se puebla de voces indígenas y negras, adquiere un gusto por los sufijos, los diminutivos y los eufemismos, y se hace más rebuscada, suave y preciosista.

Este salirse de la corriente del tiempo peninsular y entrar en presencia de otras condiciones y otros factores de creación y cambio se traduce en un estilo, que se manifiesta en ciertos rasgos.

Hay una regresión hacia lo que ya es pasado en España y una tendencia hacia lo primitivo. Los primeros pintores del siglo XVII buscan sus ejemplos plásticos en el tiempo gótico. Hay una tendencia hacia la estilización de las formas, las actitudes y los gestos. Aparece lo mágico en un grado y una multiplicidad que no conocieron nunca los españoles. Todo parece animarse y llenarse de intenciones y presagios. El vasto mundo salvaje se puebla de demoníacas presencias. Se vive en la invocación y el conjuro. No hay hecho gratuito ni gesto indiferente. Las potencias invisibles, amigas y enemigas, nos acechan y juegan nuestro destino. Se es hijo de la fortuna más que del esfuerzo. Víctima de la mala fortuna es el soldado viejo y el minero desengañado. Pero por la misma naturaleza mágica puede llegar el inesperado favor del rey o el hallazgo del botín perdido.

Para todo lo que no es liturgia, etiqueta o mando, se entregan a lo intuitivo antes que a lo metódico. Las vías y las cosas les serán reveladas, deparadas o dadas por gracia o iluminación. Comprenden más lo místico que lo histórico, lo simbólico y lo alegórico antes que lo analítico, lo que hace de ellos más seres de poesía, espe-

ranza mágica y adivinación, que de pensamiento, análisis y acción.

No se forja un alma colectiva como una espada, en un solo yunque bajo un solo martillo, sino en el quehacer afanoso del vivir dentro de circunstancias poderosas.

La pobreza y el aislamiento de los dos primeros siglos de la colonia venezolana crearon unos rasgos nacionales, positivos y negativos, que han sido el fundamento de nuestro carácter y de nuestra personalidad.

El siglo XVI es el de meterse en la tierra a buscar. Van quedando los pueblos, con sus encomiendas de indios y sus raquílicas sementeras, de esa búsqueda que a veces es la de El Dorado. Se separan, se encierran a la defensiva y se ponen a macerar. Están cortados y entregados a sí mismos, arañando la tierra e implorando al cielo. Lo que viene de afuera es el pirata invasor o el contrabandista luterano, pecaminoso y apestoso a infierno, con sus telas, sus lozas y su Biblia prohibida.

El siglo XVII es el de la larga espera silenciosa. Nada cambia, nada crece, nada sucede. Vienen y van los gobernadores, se reúnen los cabildos, se cantan los *Te Deum* y los funerales, pero en el vecindario están los mismos nombres con las mismas tierras. Cultivos extensivos de poco rendimiento, el hacendado en la casa de adobes jibada y umbrosa, el zumbido de los mosquitos de las arboledas en la siesta, salomas y tamboreos de los esclavos y los peones en las faenas y en las chozas puestas en los claros, lentos viajes en mula con escapularios y rogativas, enfermedades, novenarios y muertes.

Fuera del culto y el latín de iglesia, no hay sino rutinaria enseñanza de dómynes. No es a través de los libros, ni de las novedades de pensamiento y de conocimiento que la trasculturación se hace. Lo que se transmite es lo más tradicional y oral de la cultura popular. Supersticiones, trato, fórmulas, consejos, romances, danzas y cantos, usos y costumbres. No hay Corte, pero hay la «Misia Carramajestá» del fabulario infantil y los milagros y los aparecidos.

Es en el siglo XVIII cuando la esparcida y calma siembra comienza a dar sus frutos. Alguna ciudad, como

Caracas, ya deja de ser tan sólo un nombre pomposo de villa en el pergamino de los privilegios para empezar a cobrar fisonomía urbana. Las plazas, las iglesias, las anchas casas de patio y corredores se llenan de una vida ordenada y pulida. La madera de los muebles ingleses brilla en las salas bajo las luces de las briseras y entre los retratos al óleo de reyes, señores y santos. Hay orquestas y escuela de música. Hay talleres de buena pintura, escultura y dorado. Maestros pintores de talento plástico y fuerza expresiva apuntan una expresión propia en la imaginería como Lerma, como Surita, como los Landaeta, como el caso extraordinario de Juan Pedro López. Alfredo Boulton nos ha descubierto todo el casi desconocido tesoro de esa plástica en la que se revelan de modo insuperable los rasgos de una sensibilidad característica que corresponde al ambiente y al modo local.

Don José de Oviedo y Baños pone el modelo acompañado y justo de su prosa en el umbral del siglo para iniciar la corriente de una literatura mesurada, sentenciosa y preocupada de lo nacional.

La Compañía Guipuzcoana impulsa la economía, establece las primeras violentas contradicciones entre lo nacional y lo extranjero, entre lo sujeto y lo libre, entre los viejos tiempos y los nuevos tiempos. Se abre la Universidad, llega la moderna filosofía racionalista, se debate sobre ideas y comienza el ejercicio demoledor y creador de la duda y la crítica. El espíritu de la Ilustración es recibido ávidamente en la villa caraqueña. Los últimos libros y las más peligrosas novedades son el tema de una juventud dorada que se levanta ansiosa de hacer historia.

Los viajeros sorprendidos, que visitan Caracas a fines del siglo XVIII, la miran como un encantador compendio de lo más grato y dulce de la exótica tierra caliente de los trópicos. El paisaje, las mujeres, el estilo de vida, los seduce. Pero observan también, como lo hacen el conde de Segur y el barón de Humboldt, la preocupación de los hombres por los sucesos mundiales y por la política.

Son, sin duda, los herederos de las preocupaciones ya

antiguas que provocaron en los criollos los conflictos conceptuales, jurídicos y teológicos que suscitó la Conquista, desde el problema de los Justos Títulos hasta la posibilidad de hacer cristianos a los indios. Han leído en los nuevos libros y piensan o adivinan o intuyen que están llamados a hacer el verdadero Nuevo Mundo y a personificar el hombre nuevo.

Con sus motetes de coro de catedral, sus éxtasis de immaculadas, sus sonetos gongorinos, sus alegatos jurídicos, sus galerías de perezosas «micias» y sus patios de esclavos, están sin embargo listos para representar el derecho universal a la historia de la América Latina. Sin que lo sepan todavía ya están señalados entre ellos en aquella hora final, los adelantados, los procuradores y los fundadores. Ya se pasean por sus calles Francisco de Miranda, Simón Rodríguez, Roscio, Sanz, los Salias, los Ustáriz, Andrés Bello y Simón Bolívar.

Cuando suena la campanilla del Cabildo convocando a reunión el 19 de abril de 1810 tendrán listo el proyecto, los rumbos y los temas de la primera patria nueva de la América Latina. Se sabían los herederos de una historia propia y se proponían continuar y crear, con nuevas metas y propósitos, una nueva historia propia.

Al hojear la historia colonial de Venezuela, el personaje con quien se tropieza con más frecuencia es el insurgente. A cada vuelta de página, a cada tiempo de calendario, aparece con sus ojos encendidos, sus palabras de protesta, su gesto de inconformidad. Debieron ser muchos para que tantos se manifestaran. Los más debieron quedar en el silencio de la no acción, en sellados repartimientos de esclavos, en mudas protestas de criollos ricos, en inconformidades de litigantes y hasta en mandas de testamento. Hay codicilos que son casi el roto eco de una proclama que no llegó nunca a escribirse. Tratan en alguna forma de hacer la justicia que anhelaron y no se atrevieron a cumplir en vida en toda su exigente singularidad.

La insurgencia, visible o soterrada, es el reverso constante de la sociedad colonial. El esclavo que se fuga, el indio que se vuelve al monte, el cuatrero, el alzado, el bandido popular, las células de la antisociedad, como los «cumbes» negros que se formaban en la soledad de los bosques impenetrables, los pasquines anónimos, el carácter de conmoción social, de algunos incidentes, como

los del cambio de un gobernador, los de la promoción de un pardo, los de las disposiciones de un obispo, revelan claramente que en el seno de aquella sociedad, que a primera vista parece quieta y conforme, había posiciones tomadas y divergencias activas.

Los rostros que aparecen con más frecuencia son los de las razas oprimidas. Negros esclavos, indios reducidos a servidumbre, pardos descastados. Desde que se introduce la esclavitud negra aparece con ella la revuelta. El ancho país salvaje y despoblado ofrece duras pero ciertas posibilidades de fuga. El negro se alza, ocasiona daños, se hace cimarrón y forma un «cumbe» como base de operaciones. No sólo es el negro, sino el indio y el mestizo. En las insurrecciones negras toman con frecuencia parte los indios. Antes habían luchado solos. Tienen viejos resentimientos que reclamar contra el gobernador, contra el encomendero y contra el misionero. A fines del siglo XVIII hubo regiones agrícolas que quedaron en manos de estas poblaciones alzadas que mantenían muy tenues relaciones con la autoridad española. Humboldt se refiere a una «república de zambos, descendientes de negros e indios».

También el español había cobrado un nuevo sentido en la tierra nueva. En pleno siglo XVI aparece Lope de Aguirre, vizcaíno de Oñate, conquistador del Perú, cristiano viejo, hijo de sus obras, en quien toma cuerpo de manera trágica la querrela fundamental: ¿de quién son estas tierras, de quienes las hallaron y al precio de inmensos trabajos y de continua lucha las sometieron y supieron hacer tangibles y crecientes sus beneficios, o del invisible rey lejano y de sus demasiado visibles y tiránicos bachilleres y oidores que venían a recabar una herencia que ni estaba abierta ni les pertenecía? Era la antinomia fundamental que está inscrita en el apóstrofe verdadero o imaginado de Cortés a Carlos V: «un hombre que os ha dado más tierras que todas las que os dejaron vuestros abuelos».

No falta el colono tardío que se da con extraordinaria claridad en el caso del canario Francisco de León. Poco se ha escudriñado todavía sobre la inmensa significación

de las Canarias en los siglos fundadores de América. Fueron la cabeza de puente, la puerta y el preámbulo del Nuevo Mundo en hombres, usos, artes, flora y lenguaje. Francisco de León se hace mente y brazo, a mitad del siglo XVIII, de la más seria insurrección contra la política imperial de la corona española. En los papeles de su empresa se habla del común, como un comunero del viejo tiempo, pero también por primera vez se escribe al nombrar la nueva tierra «nuestra patria».

Más tarde quienes recaban la herencia son los criollos, los descendientes de los conquistadores y de los colonizadores, los herederos de las tierras y las querellas, que empiezan a conocer y a utilizar una nueva ideología y una nueva retórica que le ha suministrado el racionalismo contemporáneo. La nueva filosofía no sólo llega, como románticamente se ha dicho, como contrabando al través de las Antillas extranjeras, sino que desde los primeros Borbones penetra abiertamente en la enseñanza universitaria. Por los años en que nace Bolívar un profesor de la Universidad de Caracas explicaba en su cátedra la «moderna filosofía», que no era otra cosa que el sensualismo racionalista y la abierta refutación del aristotelismo escolástico. Por el mismo tiempo se escribían tesis universitarias sobre el pensamiento de Descartes, Malebranche, Spinoza, Leibnitz y Condillac*.

La insurgencia será revolución y tendrá una ideología que será republicana, racionalista, igualitaria y enciclopedista. Sus campeones serán los ricos propietarios, los criollos de clase alta, aquellos a quienes los pardos se habían acostumbrado a tratar como «mantuanos» y que ahora, en detrimento material de la herencia, se iban a convertir en padres de la independencia y de la república.

Pero hay una continuidad en la actitud levantisca que arranca de sus remotas raíces.

* Ver: Caracciolo Parra. *Filosofía universitaria venezolana. 1788-1821*. Caracas, 1934.

Los caciques

El año de 1570 un destacamento, al mando de Pedro Alonso Galeas y Garcí González de Silva, logró apresar en el borde oriental del Valle de Caracas al rebelde cacique de los indios mariches, Tamanaco.

Galeas, que había sido uno de los marañones de Lope de Aguirre, llevaba tiempo incorporado a la conquista de la región y era uno de los primeros vecinos de la reciente villa. González de Silva era más nuevo, pero ya se destacaba como uno de los más aguerridos y brillantes capitanes. La leyenda se iba a apoderar pronto de su nombre que más tarde, como imperecedero monumento, iba a servir para designar al gonzalito, un bello pájaro de oro y carbón del bosque tropical.

Los capitanes propusieron al vencido Tamanaco darle la libertad si salía vencedor en lucha con un perro de presa. Con los caballos, los arcabuces, las armaduras y la vihuela, vinieron también perros de guerra para la lucha con el indio. El cacique aceptó y el combate se efectuó en medio del ruedo formado por la tropa. Armado de su macana Tamanaco esperó la acometida del perro. El combate fue breve. El feroz animal logró derribar al indio y ya en tierra, con seguras dentelladas, lo acabó y logró separarle la cabeza del tronco.

Terminaban así quince años de lucha incesante para lograr la fundación de Caracas. La resistencia de los indios fue decidida y sin tregua. Desde que en 1555 el mestizo Francisco de Fajardo, valido de su parentela indígena, penetró en el alto y fresco valle, no había sido posible mantener el establecimiento. Las tribus de los Toromainas, Teques, Tarmas y Mariches no se dejaron someter por el conquistador. Continuamente se reponían y volvían al ataque del minúsculo asiento.

Eran indios de raza caribe, de aquel legendario pueblo migrante y guerrero que, partido de las selvas del sur, sojuzgó un vasto territorio y se aventuró a recorrer en navegaciones de saqueo las Antillas. «Carina», que era el nombre que se daban en su habla, vino a quedar como

una reliquia de espanto en las lenguas europeas. Colón se lo oyó pronunciar con horror a los mansos taínos de la Española. De esa primera voz nació la palabra caníbal que pobló la imaginación de los occidentales. Cuando Shakespeare va a personificar el espíritu de los terrestres lo llama Calibán. Fue el más alto y noble eco que el nombre de los Caribes alcanzó en la literatura de Europa.

La conquista del valle de Caracas fue tardía y fue larga y sangrienta. Ocurre medio siglo después de los primeros establecimientos en Cubagua y en la costa de Cumaná y pasada una generación desde que los alemanes venidos a Coro habían fracasado en la búsqueda de El Dorado.

Fajardo falló tres veces en el empeño, a pesar de todas las obvias ventajas que significaba su sangre indígena y su dominio de las lenguas locales. Todas las expediciones partidas de la región de El Tocuyo y Barquisimeto habían fracasado cuando el gobernador Alonso Bernáldez, el tuerto, a quien sus contemporáneos llamaban Ojo de Plata por la esfera opaca que llevaba en lugar de la pupila vacía, designó al capitán Diego de Losada en 1567 para llevar a buen término la vieja empresa malhadada.

Losada logra hacer la fundación final y definitiva. Pone el rollo, traza las calles, designa los corregidores y bautiza, en el espacio abierto y en el porvenir desconocido, la nueva villa con el nombre de Santiago de León de Caracas. Pero la guerra con el indio no terminó. Guaicapuro, el cacique de los Teques, continuó en su implacable resistencia. Sin embargo, no eran muchos. Los cálculos más favorables estiman que la población indígena del valle para la época de la fundación de la ciudad no debía sobrepasar los diez millares. Estaban además dispersos en distintas tribus sin jefatura única, habitando en apartadas y pequeñas aldeas. Pero pronto se reponían de las peores derrotas y reaparecían poco tiempo después en emboscadas y asaltos que costaban vidas de españoles y ruina de sementeras.

Por medio de un ardid Losada logró destruir a Guaicapuro. Un destacamento suyo sorprendió una noche la ranchería del cacique. Cercaron el bohío, dispararon concentradamente y, por último, prendieron fuego a la choza

de paja. Como una salamandra de heroísmo Guaicaipuro cayó combatiendo entre los disparos y las llamas, con una espada española en la mano.

Sólo tres años más tarde, ido ya Losada, con la prisión y muerte de Tamanaco, termina la larga resistencia de los indios.

Esa actitud de feroz defensa de la tierra no va a ser baldía. Va a dar un ejemplo y a crear una resistencia. Nunca más se olvidará el nombre de aquellos caciques. En ellos se afirmaba y tomaba tosca forma un instinto fundamental de posesión de la tierra. Fueron cronológicamente los primeros insurgentes, los rebeldes, originales, los desesperados antagonistas de un orden que no les pertenecía.

El perro de Garci González de Silva, que por un curioso azar se llamaba Amigo, arrancó la cabeza de Tamanaco, pero no el sentimiento de insurgencia que iba a tener tan larga descendencia y tan importante papel en una historia de tres siglos.

El rey negro

El año de 1550 trajeron ochenta esclavos para laborar las minas de oro recién descubiertas en el sitio de San Felipe de Buria, en las soledades del occidente de Venezuela, cerca de la recién fundada Barquisimeto y a poca distancia del ya más consolidado asentamiento de El Tocuyo.

Ya tenían alguna experiencia en el laboreo de minas en la isla Española, y sobre su trabajo fincaban los escasos vecinos la esperanza de salir de tanta estrechez como habían padecido. No era fácil someter a trabajo rudo a los indios, la tierra rendía poco y más se vivía de esperanzas y angustias que de realidades.

Aquellos ochenta esclavos eran parte de los que desde comienzos del siglo habían comenzado a llegar a las Antillas por obra de los corsarios ingleses y de los traficantes portugueses. Venían de la costa de Guinea y pertenecían a varias naciones africanas, con lenguas y cultu-

ras distintas. Ya desde 1528, al concederse a los Welser la gobernación de Venezuela, se les dio autorización para importar cuatro mil esclavos al nuevo país. No llegó a cumplirse esta provisión, pero en una u otra forma, legal o clandestinamente, por licencia real o por negocio de «navíos grandes y pequeños de ingleses, que se entiende ser luteranos, los cuales venían cargados de negros y lencerías y otras cosas», como algún oidor informaba al rey, fueron llegando los negros al Nuevo Mundo.

Traían su mundo cultural, su magia, sus creencias, su hostilidad de víctimas y su ansia de libertad. El trabajo de las minas de aluvión era duro. Los capataces españoles asignaban una cantidad mínima de oro por jornada y azotaban al negro que no lograba extraerla.

Entre esos negros llegados en 1550 a Buria estaba uno llamado Miguel. No sabemos de qué nación era, ni cuál había sido su vida antes de llegar allí. El cronista Aguado nos dice apenas que era «negro muy ladino en la lengua castellana y aun resabido y entendido en vellaquerías».

Poco sabemos de lo que se hablaba y sentía en aquellos campamentos primitivos de esclavos, de su contacto con los indios y los españoles, de las formas de adoctrinamiento religioso a que se les sometía y de las relaciones más o menos clandestinas de sociabilidad que surgían entre ellos. Miguel, a quien debió ser impuesto en el bautizo este nombre, tenía mujer, llamada Guiomar, y un hijo pequeño.

Miguel entra a la historia el día en que un capataz lo castiga en el trabajo. No lo tolera, echa mano a una espada y huye. Huye a la extensión boscosa y desierta. Desde allí comienza a buscar a los otros negros para que se le reúnan. Con un grupo de éstos y algunos indios establece un *cumbe* africano en las orillas del río San Pedro. Allí concibe y comienza a realizar su proyecto. No va a ser un fugitivo, sino que quiere apoderarse de la tierra y arrebatarla a los españoles. Constituye su propia legitimidad al proclamarse rey, al designar reina a su mujer y príncipe a su hijo, nombra su casa real y de-

signa un obispo. Era el embrión de la constitución de un Estado.

De allí pasó a la acción. Con los esclavos que se le habían sumado y algunos indios que hizo tiznar de negro marchó sobre las minas, mató a los españoles que allí estaban y se apoderó de armas y pertrechos.

La rebelión pasaba a constituir un hecho político. Miguel anuncia entonces su intención de atacar y tomar el pueblo de Barquisimeto. Del triunfo de esa acción va a depender la creación y mantenimiento, por lo menos por un tiempo, de un estado africano en tierra americana.

El ataque a Barquisimeto se produce. Ya eran cerca de ciento ochenta hombres. Luchan con denuedo y causan grandes daños, pero se ven obligados a retirarse al «cumbes». Es entonces cuando los acobardados vecinos de El Tocuyo resuelven encomendar en 1552 a Diego de Losada, futuro fundador de Caracas, organizar una fuerza y exterminar a Miguel y a sus gentes.

Es lo que logra Losada, hábil y resueltamente, al sorprender el campamento del rey negro con toda la furia de sus armas. Miguel perece en el combate y su gente cae prisionera o se desbanda.

Con esto no termina la hazaña del insurgente africano en el Nuevo Mundo. Su nombre y el eco de su ejemplo van a quedar en la memoria de las esclavitudes alumbrando esperanzas y alimentando resentimientos. Muchos «cumbes», menos historiados y con menor perspectiva de proyecto que el de Miguel, van a surgir en tierra venezolana y como consecuencia directa de su acción se precipitó la larga insurrección de los indios jirajaras, que se mantuvieron por cerca de un siglo y de los cuales eran herederos los cimarrones negros y los indios alzados, de quienes Humboldt tuvo noticia como la «república de los zambos y mulatos» de Nirgua.

En esos «cumbes» y «quilombos», que motearon la vastedad americana desde la llegada del negro, se forman las células más vivas y activas de la trasculturación. Por debajo del lenguaje acompasado de las Reales Ordenes, por detrás del aparato ceremonial de gobernadores y obispos estaba en fermento activo la formación de una

sociedad pugnaz y contradictoria. El negro cimarrón es el más continuo ejemplo de rebeldía en la vida colonial. De los corrales de las casonas, de los patios de las haciendas se escapaban incesantemente en busca de la libertad.

No sabemos exactamente lo que pensaban, cuál imagen de orden deseable traían de su pasado africano, cuál era el reino y cómo esperaban implantarlo en aquellos campamentos de miedo y lucha donde se congregaban.

El indio había luchado por defender su libertad y el negro para ganarla. Eran dos disidencias con distinto signo. Las autoridades reales pusieron mucho empeño en separarlas y disociarlas. Se procuraba aislar a los indios y a los negros pero, a la hora de la revuelta, el negro y el indio, o el indio tiznado de negro como en el caso de la gente del rey Miguel, coincidían.

Podría rastrearse el hilo de esa mantenida insurgencia de la esclavitud cimarrona a lo largo de todo el período colonial como una de las fuentes de las que se va a nutrir el caudal de la identidad criolla y la voluntad de independencia. A ratos, curiosamente, se mezcla con otras, como en el caso de la colaboración frecuente de los negros cimarrones con los corsarios ingleses y franceses y con los contrabandistas de las Antillas extranjeras.

Aquel reino que buscaba fundar Miguel fue la primera visión negra de un Nuevo Mundo. Se iba a fundir y mezclar a lo largo de los tres siglos con otras distintas, iba a recibir la ideología contrabandista, e iba a sentirse incorporado a la tierra con su vieja e insatisfecha hambre de posesión.

El primer himno de libertad americana lo formó el eco de los tambores africanos con que celebraban su desesperada rebelión los cimarrones de los «cumbes».

La querrela del conquistador

América fue conquistada por los conquistadores. A sus expensas, a su propio riesgo, con los escasos recursos que podían reunir, con medios desproporcionadamente pe-

queños, casi sin ayuda, ni sostén, del Gobierno real. La Corona española arriesgó y puso muy poco en la empresa de las Indias. Por su cuenta y riesgo, a ratos en desesperada búsqueda personal, hicieron sus expediciones y conquistas Pedrarias, Balboa, Cortés y Pizarro. Después que la tierra estuvo dominada y un gobierno de ocupación establecido, intervino la Corona con sus bachilleres, sus teólogos, sus juristas, sus oidores y sus Virreyes.

Esto, tan obvio y tan poco visto, constituye el primer y fundamental conflicto de la creación del Nuevo Mundo. El establecimiento del Imperio español no fue una empresa del Estado en ultramar que despojó a los indios de sus posesiones materiales y morales, sino el expolio que la Corona hizo posterior y fríamente de la obra de los conquistadores.

Fue el conflicto en que pereció Balboa, en que fracasó Cortés, y en el que se sacrificaron uno detrás de otro, como en el orden ritual de una tragedia, los hermanos Pizarro.

La cuestión era simple y grave. ¿De quién era América? La respuesta del derecho natural no dejaba dudas. Era de quienes la habían adquirido por un hecho de conquista. Ese hecho no fue obra de la Corona española, sino de aquel puñado de aventureros que jugándose todo se lanzaron a la increíble aventura que en cuarenta años los hizo dueños de todo un continente.

Cuando la tierra estuvo sojuzgada y pacificada entró en acción el Estado. Se reunieron los cortesanos, llamaron a teólogos y juristas, surgió la Casa de Contratación, el Consejo de Indias, las leyes, las pragmáticas, hechas y dictadas por hombres que nunca habían cruzado el Atlántico. Más pudo el Obispo Fonseca que Hernán Cortés. Un funcionario taciturno y arbitrario como Blasco Núñez Vela, con sus sellos y su campanilla vino a arrebatarse al Perú a los conquistadores.

Este conflicto del despojo inicial estableció una fisura nunca cerrada entre España y las Indias, entre la remota Corona con sus funcionarios a uno y otro lado del Atlántico, y los conquistadores y sus descendientes, en la remota y desconocida tierra.

Nadie, de manera más dramática y elocuente, personificó y expresó este conflicto que aquel oscuro aventurero de la conquista que se llamó Lope de Aguirre.

Vizcaíno de Oñate llegó tarde a las Indias. Todos los centros de conquista estaban ya establecidos y los grandes territorios de la riqueza sometidos en su mayor parte. Hizo opacamente todo el recorrido de la historia americana. Del Guadalquivir pasó a la Española como Colón. De la Española a Tierra Firme siguiendo las huellas de Ojeda, de Balboa, de Pedrarias Dávila. Anduvo por la recién fundada Cartagena, llegó a Panamá y por el camino de los Pizarro alcanzó Lima. Debíó aparecer, con sus recomendaciones y sus codicias, en el momento final de la lucha entre almagristas y pizarristas. Se jugaba a las espadas y a los dados la riqueza de la nueva tierra. Vegetará por años en segundonerías. Toma parte en la lucha contra Gonzalo Pizarro y lo ve ejecutar bajo el peso de sus sueños de señorío. Blasco Núñez Vela y Pedro de la Gasca, le enseñan duramente todo lo que se puede esperar de la Corona. Lo que se había ganado con la espada empieza a ser reducido o arrebatado con ordenanzas de Gobernadores, leyes de Castilla y pergaminos del Rey.

El Perú de los primeros virreyes no le deja sino desengaños. El año de 1559 el marqués de Cañete, acaso para alejar la gente levantisca que lo asediaba, organiza bajo el mando de Pedro de Ursúa una última y desesperada expedición en busca de El Dorado. Allí entra Aguirre, ya envejecido, cojo, lleno de resentimientos, acompañado de una hija que ama y cela y de una oscura mujer llamada la Torralba.

No creía Aguirre en El Dorado. Si va en aquella expedición al través de los Andes, para llegar al Amazonas y construir en él los barcos para la expedición, no es porque espere hallar en alguna ribera del gran río las amazonas que entrevió Orellana, o los indios Omaguas que guardan la ciudad de oro que resplandece en lo más inaccesible de la selva tropical, sino porque piensa que hay modo de apoderarse de aquella expedición y regresarla sobre Lima desprevenida para adueñarse del Perú, que era suficiente Dorado.

No era hombre ordinario. Medio letrado, medio bachiller, tenía sus ideas sobre el derecho y sobre el destino de las nuevas tierras y un odio inmenso por la hipocresía de los oficiales de la Corona y los frailes. En manos de ellos se iban a perder las Indias para los conquistadores primero y luego para el rey.

En una increíble sucesión de actos de temeraria y criminal audacia mata a todos los que podían oponérsele y un día de 1560, con sus flacos bergantines, después de descender el Amazonas y atravesar buena parte de la costa del Atlántico, surge en la Isla de Margarita frente a la costa de Venezuela.

No ha desistido del propósito. Con una desmesurada visión, cortesiana o pizarresca, se propone abrirse paso al través de medio mundo, tomando por sorpresa las villas coloniales, para regresar a Lima y apoderarse finalmente del Perú.

Con su puñado de marañones, en desafío abierto de la realidad y de la fortuna, se propone atravesar a Venezuela y a la Nueva Granada. Desde la recién fundada Valencia en un valle de la cordillera de la costa venezolana, y antes de perecer, obcecado en su empeño, ante los soldados del gobernador, cerca de Barquisimeto, por las mismas tierras en que pocos años antes había alzado su desesperada rebelión el negro Miguel con su puñado de esclavos, escribe a Felipe II una carta que es uno de los más extraordinarios e impresionantes documentos de todo el proceso de la conquista.

Al taciturno Austria acaso debió llegar un día, cuando ya estaba cortada la cabeza de Aguirre y borrada la semilla de su insurgencia, aquella extraña misiva que no podía tener respuesta.

En ella, en un lenguaje cálido y espontáneo, está expresada la querrela del conquistador en su último y agónico estallido, para decir lo que tantos habían pensado y lo que tanta sangre y sufrimiento hubo de costar. Era la palabra de los alzados, los decapitados y los vencidos.

En la hora de desnaturalizarse y proclamarse rebelde hasta la muerte saluda al hijo del César: «Rey Felipe, natural español, hijo de Carlos invencible, Lope de Aguirre,

tu mínimo vasallo, cristiano viejo, de medianos padres y en mi prosperidad hijodalgo, natural vascongado, en el reino de España, en la villa de Oñate vecino.»

Hace recuento de los males y los atropellos que los conquistadores habían sufrido a manos de los oficiales reales, para decir con altanero énfasis:

Mira, mira Rey español, que no seas cruel a tus vasallos ni ingrato, pues estando tu padre y tú en los reinos de España, sin ninguna zozobra, te han dado tus vasallos a costa de su sangre y hacienda tantos reinos y señoríos como en estas partes tienes, y mira rey y señor que no puedes llevar con título de rey justo ningún interés destas partes donde no aventuraste nada, sin que primero los que en ella han trabajado y sudado sean gratificados.

Así pensaban todos «los que habían trabajado y sudado» en la terrible aventura de la conquista del rey que «no había aventurado nada».

En su dramático recitativo, como si se sintiera por un momento en la escena del teatro de la historia, clama más adelante en la larga carta: «Ay, ay, qué lástima tan grande que César y Emperador tu padre, conquistase con las fuerzas de España la superba Germania y gastase tanta moneda llevada destas Indias descubiertas por nosotros, que no te duelas de nuestra vejez y cansancio si quiera para matarnos la hambre un día.»

Al concluir reitera el dolido reclamo:

... Dios Nuestro Señor te aumente siempre y ensalze en prosperidad contra el turco y franceses y todos los demás que en esas partes te quisieren hacer guerra, y en estas nos dé Dios gracia que podamos alcanzar con nuestras armas el precio que se nos debe, pues nos ha negado lo que de derecho se nos debía. Hijo de fieles vasallos tuyos vascongados, y yo, rebelde hasta la muerte por tu ingratitud. Lope de Aguirre el Peregrino.

Así establece su deslinde histórico y su derecho, en vísperas de sucumbir en la descomunal empresa, y pone al firmar, como un epíteto de la vieja época o como una imagen de su trágico destino, el Peregrino. El que va en busca de la verdad, el extranjero, o acaso el solitario.

¿De quién era América? Sin sombra de duda Lope de

Aguirre lo sabía, y esa creencia quedó latente o activa como parte de la situación histórica del hispanoamericano.

«*Defender nuestra patria*»

Entre las afrancesadas novedades que la nueva dinastía de los Borbones trajo al imperio español estuvo la fundación de compañías de monopolio comercial para el fomento y aprovechamiento de las tierras de ultramar. Así se fundó en 1728 la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas a la que se dieron los más amplios privilegios en materia de agricultura y comercio y se encargó de perseguir y exterminar el contrabando que desde mucho tiempo atrás se venía haciendo con la isla holandesa de Curazao.

Fue Venezuela una de las provincias más pobres del imperio español. Ni ricas tierras, ni viejas civilizaciones estratificadas sobre las cuales asentarse, ni minas de buen rendimiento. Los dos primeros siglos de la Gobernación son de miseria y desesperanza. Todo lo que sale en las crónicas y en los documentos de la época es un clamor de necesidades y de carencias. Pobres poblados perdidos en la vastedad de un territorio difícil e inabarcable, escasez de mano de obra, falta de comunicaciones y de comercio, iglesias de paja y barro y contadas escuelas de primeras letras. No puede concebirse contraste mayor que el de la visión de El Dorado, que buscaron por esas tierras hasta fines del siglo XVI, y la escasez y pobreza de aquellas aldeas tenaces y frustradas con nombre de villas y con todas las dignidades de una ciudad de Castilla.

Cincuenta años duró el monopolio de la Guipuzcoana y si bien trajo progreso a la agricultura y a la navegación, hirió, con su sistema de monopolio y con la estrecha alianza de sus factores con el Gobierno, no pocos intereses locales. El debate entre sus bienes y sus males está lejos de haber sido concluido por los historiadores. Contra ella estuvieron los ricos terratenientes de la nobleza criolla, los agricultores, los que veían como intrusos a aquellos vizcaínos recién llegados y los contrabandistas, que eran muchos y de todas las clases sociales. Echaron las bases

de una oposición abierta entre comerciantes y cultivadores que iba a mantenerse por largo tiempo y a influir más tarde en las luchas políticas que se desarrollaron después de la independencia.

La hostilidad contra las prácticas de la Compañía unió a gente popular y a grandes señores y el clamor se hizo mayor en la medida en que el Gobierno y los intereses de la Compañía parecían confundirse, particularmente cuando llegaron los primeros gobernadores vizcaínos.

El 19 de abril de 1749, sesenta años antes del otro 19 de abril que iba a iniciar la independencia de Venezuela, una abigarrada muchedumbre, armada de machetes, lanzas, escopetas y palos, tocando tambores y con banderas borgoñonas llegadas de contrabando, llegó a los alrededores de Caracas.

Venía en una larga marcha desde las lejanas tierras de Barlovento y la mandaba como jefe reconocido el canario Juan Francisco de León, que era capitán poblador del Valle de Panaquire, donde durante años había deforestado y plantado nuevas arboledas de cacao. Aquella tropa colecticia era como una representación de la gente de la provincia. Había españoles y criollos, negros y mestizos, algunos indios, esclavos y gente libre.

El gobernador y el Cabildo de la pequeña Caracas, de menos de treinta mil habitantes, se asustaron. ¿Qué quería y buscaba aquel inesperado motín que venía de tan lejos y que engrosaba hora tras hora con gente de la ciudad? Al día siguiente, domingo, habían avanzado desde la Plaza de Candelaria, que era el barrio de los canarios donde estaba la casa de Juan Francisco, hasta la Plaza Mayor.

Hubo pánico. Sin embargo, aquella muchedumbre temible no hizo daño a nadie. Nada tomaron por la fuerza, a nadie atacaron, se mantuvieron tranquilos y pacíficos mientras su jefe conferenciaba con los altos representantes del gobernador y del Cabildo.

Lo que pedía era muy simple. Que se revocaran inmediatamente los privilegios comerciales de la Compañía, que se estableciera la libertad de comercio y que se expulsara de inmediato a los vizcaínos.

Tenían de hecho el dominio de la ciudad, pero imploraban simplemente una merced administrativa.

A De León y su gente los alojaron en el destatalado y vacío palacio del arzobispo. Era de hecho el dueño de la pequeña ciudad acobardada, el gobernador y el Cabildo estaban a su merced. La primera exigencia del rebelde fue que se convocase una Junta General con representación de todos los sectores sociales para que se procediera a formular los agravios contra la Compañía y a expulsarla del país junto con todos los vascos. En lugar de aquel primer Congreso del país el Cabildo aceptó hacer una reunión ampliada con asistencia de 97 capitulares y gente de la nobleza. Se formularon allí graves quejas que revelaban la simpatía de las clases altas por el movimiento del canario. Once miembros de la reunión firmaron la solicitud de extinción de la Compañía. Poco después, faltando a sus promesas, el gobernador huye a refugiarse en el Puerto de La Guaira y deja el Cabildo solo frente a De León. Más tarde informaría que del 20 de abril al 3 de mayo todo estuvo en «manos de la conspiración», quedando apenas «una sombra del respeto y autoridad».

Dos novedades evidentes habían ocurrido. Un rebelde era el amo de la ciudad, y el Cabildo había quedado como única representación válida de la autoridad legítima. El Cabildo entra en pugna con el fugitivo gobernador. Pocos días después De León cruza el camino del cerro y se presenta con sus tropas frente a La Guaira. Hubo combate y corrió sangre. La rebelión llegaba a sus inevitables consecuencias finales.

Fue entonces cuando el sitiado gobernador reunió una junta y tomó la decisión de «suspender la Compañía». El mismo día en que se le comunicó la decisión, que significaba su victoria y que lo convertía en caudillo triunfador, De León emprende la retirada.

La situación no se resolvió. De León continuó a la expectativa con sus gentes. A fines del año vino un nuevo gobernador y el rebelde se acercó a la ciudad a recibir el perdón.

Nada quedó definido. Cuando después del pacificador Arriaga vino el gobernador Ricardos, el año de 1751, De

León volvió a reunir sus hombres en pie de guerra en los valles del Tuy. Esta vez la suerte no le acompañó. Desbaratado y perseguido se dio a la fuga por los llanos hacia el Orinoco. En diciembre de 1751 escribe el fugitivo al gobernador pidiéndole gracia y explicando las razones de su actitud. De poco le sirvió. Fue capturado y enviado a España donde murió poco después en el hospital de Cádiz.

Su casa de la Plaza de Candelaria en Caracas fue arrasada y sembrada de sal «para perpetua memoria de su infamia».

Habría de pasar una generación antes de que se eliminara el privilegio de la Compañía y seis décadas para que se declare la independencia. Sin embargo, es evidente que la empresa de De León es un antecedente y un ejemplo claro para lo que ha de venir. Su hijo Nicolás, que no regresará a Venezuela de la prisión, sino ya en la vejez, había dicho en un documento de 1751 «que nos toca la obligación de defender nuestra patria porque si no la defendemos seremos esclavos de todos ellos».

Estaba dado el ejemplo y marcado el camino. En la voz del isleño hablaba la nueva gente. Ya la historia no sería igual. Como acertó a decirlo uno de los cabildantes en la hora de la revuelta, con dos adjetivos inusitados y reveladores, la provincia había quedado «alborotada y libertosa».

La otra España en América

La fundamental querrela de las dos Españas no sólo llegó a América, sino que tuvo en ella algunas de sus manifestaciones más evidentes. Muchos historiadores han dicho, con serias razones, que la guerra de la Independencia hispanoamericana fue una guerra civil. Lo fue ciertamente no sólo porque se peleó entre connacionales, sino porque tenía por base evidente dos concepciones contrarias del destino del mundo hispánico.

El 3 de febrero de 1796 debía estallar en España la llamada Conspiración de San Blas. Era una tentativa de

sustituir la España de Carlos IV y de Godoy por una república a la francesa. Las ideas de la Ilustración, que habían penetrado en la Corte de Madrid al través de los Borbones y de sus ministros avanzados, no podían detenerse a medio camino. Los libros de Rousseau, los artículos de la Gran Enciclopedia y el espíritu liberal y descreído de las logias masónicas habían hecho su camino en las mentes de muchos hombres ansiosos de progreso y cambio. El principal factor de la conspiración de San Blas fue el mallorquín Juan Mariano Picornell, imbuido de las ideas educacionales del *Emilio*, miembro activo de la Logia España que había sido fundada por el misterioso Cagliostro, era un apasionado de las nuevas ideas. Cuando la España de Carlos III fue sucedida por la de Godoy y cuando al otro lado de los Pirineos inició su inmensa sacudida política y social la Revolución Francesa, Picornell estuvo entre los varios que se decidieron por una acción que llevara a España los nuevos tiempos. En compañía de otros jóvenes de parecida formación intelectual, entre quienes se destacaban Manuel Cortés Campomanes, ayudante del Real Colegio de Pajes; Sebastián Andrés, profesor de Matemáticas en San Isidro el Real, que estaba lleno de sueños republicanos, y José Lax, profesor de Humanidades en Madrid, preparó el golpe sorpresivo que iba a permitir la instauración de la República en España.

Descubierto el complot y detenidos los reos se salvaron del patíbulo por la intercesión del embajador francés y de otras gentes influyentes, y les fue conmutada la pena por la de prisión perpetua en los presidios americanos. Un azar de las navegaciones los llevó a Venezuela en lugar de Panamá, adonde estaban destinados.

A la vieja prisión de las Bóvedas de La Guaira llegaron los cuatro delegados de la otra España, en diciembre de 1716. No fue largo el supuesto aislamiento de los reos de estado. Muy pronto entran en contacto con gentes de La Guaira y Caracas que simpatizaban con sus ideas y que pensaban que había llegado la hora de establecer un nuevo orden político dentro del mundo hispánico. Participaban de esas ideas criollos y españoles, seglares y sacerdotes,

civiles y militares, profesionales y ricos propietarios. Eran las nuevas ideas de libertad política e igualdad social, de eliminación de privilegios y reconocimiento de los derechos innatos del hombre dentro de un régimen republicano. Debíó ser muy activo el comercio de recados, conversaciones y papeles entre los presos y la gente inquieta y levantisca de la Gobernación de Caracas.

Sin cambiar de temas y propósitos, la conspiración de San Blas había cambiado de lugar. Ya no sería en la capital del imperio español, sino en una de sus provincias, pero la intención clara era la de extender el movimiento a todas ellas y llevarlo finalmente a España. En algunos de los papeles, tomados más tarde por las autoridades, se decía reveladoramente: «En Santa Fe (Bogotá) se cree ya todo listo, en España no se duda y los anuncios previstos no dejan la menor duda.»

Dos criollos asumieron la dirección del movimiento del lado afuera de la prisión: Don Manuel Gual y don José María España. Organizaban reuniones clandestinas en las que repartían enseñanzas e instrucciones para la acción. El movimiento debía estallar para mediados de 1797. Tenían preparados varios planes y documentos entre ellos unas Ordenanzas para la organización del nuevo sistema político, una alocución a los «Habitantes libres de la América Española», una Canción Americana y una Carmañola americana que debían servir para hacer populares y emotivos los objetivos de la revolución. Entre otras cosas la canción decía:

*Aflijida la Patria
os llama Americanos,
para que reunidos
destruyáis al tirano...
Viva tan solo el Pueblo
el Pueblo Soberano.
Mueran los opresores,
mueran sus partidarios...*

*Todos en esta empresa
somos interesados,
unámonos al punto
como buenos hermanos.*

*Fraternidad amable
estrecha entre tus brazos
los nuevos Pobladores
Indios, Negros y Pardos.*

El estribillo de la Carmañola Americana invitaba de un modo más directo a la lucha:

*Bailen los sin camisa
y viva el son y viva el son.
Bailen los sin camisa
y viva el son del cañón.*

El otro documento, que más tarde circuló abundantemente en forma clandestina, era una traducción española de los «Derechos del hombre y del ciudadano con varias máximas republicanas y un discurso preliminar dirigido a los americanos».

Ese folleto es un instrumento cabal de revolución. Sus redactores conocían muy bien el lenguaje, los temas y las formas del movimiento democrático de la época. Exponen un proyecto minucioso y hábil para tomar el poder y organizar una federación de nuevos estados libres. En el largo discurso preambular se hace una síntesis del derecho político revolucionario y se determinan los procedimientos para la organización inmediata del nuevo poder. Es un orden nuevo y radical que rechaza todo el pasado y que advierte con penetración que para «destruir el despotismo la revolución (debe ser) al mismo tiempo moral y material; no es suficiente establecer otro sistema político, es necesario, además, poner el mayor estudio en generar las costumbres». Para este fin propone el establecimiento de «una educación pública, común y gratuita». Con un anticipo de las ideas que los movimientos más radicales iban a adoptar más de un siglo después proclaman: «Hacer de un vasallo o de un esclavo, que es lo mismo, un republicano, es formar un hombre nuevo, es volver todo al contrario de lo que era.»

Llama a la unión de todos, por encima de las barreras de clases y color, en el seno de una plena fraternidad. Anuncia la abolición de la esclavitud. Esboza el vasto propósito de establecer varias Repúblicas en las Américas

y de esperar que en España no tardará en producirse un movimiento igual, pues

se aprovechará de las favorables circunstancias que nuestra determinación le presentará para lograr igualmente su libertad. En el ínterin nosotros debemos vivir en la firme inteligencia de que los Españoles de Europa no nos mirarán jamás como enemigos, y que en el caso de que el tirano envíe algunas tropas contra nosotros, la mayor parte serán de nuestro partido...

En las Ordenanzas que debían servir de guía a la acción inmediata de las nuevas autoridades se establecía la reducción de impuestos, la libertad de comercio y cultivos, la abolición de la alcabala y la pronta elección de los representantes al congreso que habría de declarar la independencia y de adoptar la constitución republicana. El resto era la traducción al español de los Derechos del Hombre y el Ciudadano, en treinta y cinco artículos, tomados de la Declaración francesa que precede al Acta Constitucional de 24 de junio de 1793.

Todo estaba previsto y preparado, la ideología, los fines y los procedimientos. No faltaba sino tomar el poder.

El 4 de junio del mismo año de 1797, se fugan de la prisión Picornell, Andrés y Campomanes. Es posible que la fuga se hubiera adelantado como un paso previo al alzamiento, como lo parece indicar el hecho de que los reos permanecieron ocultos en las vecindades de La Guaira por veintidós días, hasta embarcar para Curazao el día 26 en un bote que les facilitó España.

El 13 de julio siguiente se descubrió la conspiración y comenzaron las averiguaciones y detenciones. Gual y España lograron huir. El gobernador y capitán general fue descubriendo con sorpresa y desasosiego la magnitud del movimiento. Un contemporáneo del suceso, el fiscal de la Real Audiencia de Caracas, don Andrés Level de Goda, pudo escribir en sus memorias estas reveladoras palabras:

Se trató de la independencia de Venezuela sobre el pie de una República federal poniendo el sabio Picornell esta Revolución en los intereses de todos, así españoles como criollos o venezolanos, por lo cual entraron en ella cuantos fueron hablados apenas se

les descubría el plan. Casi toda La Guaira entró en la Revolución, principalmente los comerciantes españoles, los tres ingenieros de la plaza, todo el cuerpo de artillería en ella y ni el cura párroco... se libtó de tan terrible avenida. Penetró en esta capital (Caracas) en que también cayeron algunos comerciantes españoles, algunos del Colegio de Abogados, uno u otro clérigo, bastantes oficiales del Batallón Veterano.

Y añadía sentenciosamente: «De las actuaciones en Caracas iban resultando reos y más reos, en términos de no saberse en quién confiar...»

Dos años más tarde José María España regresó clandestinamente y fue prendido. En un juicio breve fue condenado a muerte. Su cuerpo fue descuartizado y los pedazos colocados en postes a la vista de los transeúntes en plazas y caminos. Manuel Gual, por su parte, murió, acaso envenenado, en Trinidad el año de 1800.

El folleto de los Derechos del Hombre, impreso por Picornell, probablemente en la Guadalupe, empezó a circular subrepticamente. Se había creado un nuevo clima moral y político. Los jóvenes criollos pensaban en la República al ejemplo de Francia y de los Estados Unidos. Grandes sucesos militares y políticos iban a sacudir a Europa y a España en esos primeros años del siglo XIX. Las banderas republicanas se movían con los ejércitos franceses al través de las fronteras de las viejas monarquías.

En julio de 1808 el gobernador y capitán general de Venezuela, don Juan de Casas, recibió dos números del *Times* de Londres, que le enviaba su colega de Cumaná. Seguramente habían llegado por la vía de la isla de Trinidad.

Ya se sabía en Caracas el motín de Aranjuez, la caída de Godoy y la abdicación dada y retirada de Carlos IV. Lo que los diarios ingleses traían era la información, con copia de documentos, de la reunión de la familia real en Bayona con Napoleón y del abyecto tratado por medio del cual cedían al emperador francés, para que los traspasara a su hermano José, todos los derechos de la monarquía española. El laborioso edificio levantado en las leyes y en los usos que vinculaba los vasallos a la legitimidad de la persona de los reyes, quedaba en ruínas, negado y burlado por sus propios beneficiarios, al pretender

ungir con la herencia de los Reyes Católicos y de Carlos V a un evidente usurpador.

De un golpe habían desaparecido los reyes y toda la legitimidad del Estado. Era una situación sin precedentes para la que nadie estaba preparado. Cualquier cosa podía ser posible ante semejantes circunstancias.

Bello comunicó las increíbles noticias al magistrado. En horas, las nuevas recorrieron la pequeña ciudad alerta e inquieta. A media cuadra de la casa de Gobierno vivían los hermanos Bolívar, un poco más lejos estaban las casas de los Ribas, Salias y Ustáriz. Los cavilosos letrados que iban a hilar toda la argumentación jurídica de la ruptura irreparable del viejo vínculo con la Corona que establecieron las leyes de Indias, tuvieron una sensación de vacío. Eran Miguel José Sanz y Juan Germán Roscio.

Todo era conmoción y rumores en la ciudad. Las viejas esperanzas y los viejos recelos volvían a avivarse. El destino extraordinario se presentaba en la forma más inesperada y decisiva.

Pocos días después, el 15 de julio de 1808, llegó al puerto de La Guaira el bergantín de guerra francés *Le Serpent*. Traía un comisionado con los documentos de Bayona y el anuncio de la nueva situación política.

El gobernador convocó al Cabildo y a los notables a una reunión extraordinaria. Todo allí fueron perplejidades y desconcierto.

Pero había ya quienes sabían bien lo que había que hacer. En la España acéfala iba a comenzar la hora de las juntas de resistencia al invasor. Aquella reunión resultaba en el hecho el embrión de la junta que los criollos iban a querer implantar poco después y que se convertiría en definitiva realidad el 19 de abril de 1810.

El viejo y vario linaje de los insurgentes había crecido y podía tomar ahora la dirección del país. Sabían que era llegado el tiempo. Bolívar expresó aquel duro sentimiento de necesidad ante los vacilantes de 1811. «¿Trescientos años de calma no bastan?»

Hace ciento cincuenta años se alzó en esta sala, con resonancia de eternidad, la voz de Simón Bolívar. Era entonces apenas el jefe de una hermosa y desesperada causa. Venía de ocho años de encendida revolución y de agónica guerra y representaba en su persona, con indiscutible título, la revolución y la guerra. Había luchado mucho, porfiado mucho y ambicionado mucho. Estaba quemado por el sol, oreado por el viento del mar y de la llanura, reducido a músculos y nervios, hecho al peligro y al azar e iluminado por unos ojos que parecían no apagarse nunca. Representaba bastante más de los treinta y seis años de ruda y aventurera vida que llevaba y el dorado uniforme y la espada de honor, sobre el cuerpo breve, daban una inolvidable lección de la verdadera grandeza.

Ya no era el joven caraqueño de la corte de Madrid y de las tertulias del Palais Royal de París, ya no era siquiera el confiado y arrogante enviado de la Junta de

* Para conmemorar, en la vieja casa a orillas del Orinoco, el sesquicentenario del documento fundamental del pensamiento bolivariano se dijeron estas palabras el 15 de febrero de 1969.

Caracas ante el Gobierno inglés para tratar de obtener ayuda para la futura independencia. Era, ahora, el hombre que había visto dos veces derrumbarse la República venezolana y se había lanzado a la inaudita tarea de levantarla de sus ruinas. Conocía la embriaguez de la victoria y la desesperación del fracaso. Había entrado en Caracas triunfador, convertido en ídolo sobrehumano por el entusiasmo popular, para poco después embarcar en Carúpano derrotado, desconocido y abatido a reemprender, en otra parte, lo único que tenía que hacer: continuar la lucha hasta la final liberación. Había aprendido con las duras lecciones de la guerra y la adversidad la magnitud sobrehumana de su empresa, había recorrido, combatiendo, desde las heladas cordilleras hasta las calcinadas llanuras, había marchado al través de las inmensas inundaciones y de las tempestades de polvo de la sequía, había visto caer sus hombres bajo las armas enemigas, o agotados por la escasez o minados por la fiebre. Marchaba con tropeles de ganado, caballos cerreros y hombres semidesnudos. Ve empobrecer ante sus ojos el vasto país que recorría y con todo eso tenía que lograr que la gente lo comprendiera y lo acompañara, transformar los peones en soldados, hacer ejércitos y generales, derrotar al enemigo y formar los cuadros para instaurar con eficacia el orden republicano nuevo que era el objetivo de su combate. Dominar la geografía, transformar los hombres, ganar la guerra y crear un Estado, era el gigantesco empeño que hacía arder aquellos ojos iluminados y sacudía el magro cuerpo.

Estaba en la última y, acaso, final tentativa. Es la vuelta de Haití y el incansable martillar sobre los hombres y las circunstancias. Va a ser difícil formar un ejército, va a ser más difícil conducirlo a la victoria y va a ser más difícil aún formar un Estado que justifique y dé plena dignidad a la Revolución de Independencia. Es el tiempo en que los terribles rivales impetuosos, que no pueden alcanzar lo que él ve, le mezquanean el reconocimiento. Es la época de las pugnas sordas o abiertas con hombres agresivos y poderosos como Mariño, como Arismendi, como Piar, como Páez, como Bermúdez. Tendrá que lo-

grar imponerse a ellos por los medios más elementales de la autoridad, sin vacilar siquiera ante el fusilamiento, ratificar su derecho al mando con victorias incontrastables, y elevar las mentes de aquellos hombres de acción a la altura del estado de derecho.

El panorama no era favorable. La Nueva Granada parecía pacificada y asegurada por el poder español. En Caracas, el general Pablo Morillo representaba, con castellana sobriedad y energía, la autoridad de Fernando VII. Apenas quedaban a los hombres de la revolución Margarita algunos pedazos de la costa oriental y cuerpos móviles en la inmensidad de la llanura. La República y el porvenir de la independencia se han reducido a Simón Bolívar y su puñado de hombres.

En 1817 logra liberar a Guayana y entra en Angostura. Es la más vasta provincia de la nación colonial pero al mismo tiempo la más despoblada y sin recursos. Protegido por el inmenso foso del arco del Orinoco, establece en el viejo pueblo su centro de operaciones. De allí partirá para incursiones y campañas al través del río y de la llanura y allí establecerá las seguras bases de la legitimidad republicana.

Bolívar sabe, lo ha sabido en todo momento, que la guerra no puede ganarse solamente con las armas. No habría espíritu, legitimidad, ni destino histórico en el puro hecho material de una victoria armada. No habría ni siquiera el impulso generoso para llevar al soldado más allá de los límites de su desamparo y de su riesgo.

Tan pronto pone pie en Angostura, junto con las más urgentes medidas militares va a tomar dos iniciativas muy importantes. El 30 de octubre de 1817 funda el Consejo de Estado, que es un alto organismo de consulta para que todo el peso del poder no quede en sus manos y para replantar, en la tierra arrasada por la lucha, el árbol de las instituciones republicanas.

Hay principios a los cuales no ha renunciado nunca y no va a renunciar nunca: Venezuela va a ser una república democrática, y el Estado no deberá depender de un hombre.

El otro gran hecho es la fundación del *Correo del*

Orinoco. La revolución tenía brazos y corazón pero había de tener pensamiento para alcanzar toda su dimensión histórica. El 27 de junio de 1818 aparece el primer número. Son dos hojas, en torcida y menuda letra, salidas de una mísera imprenta que maneja Andrés Roderick. Frente al gran río adormecido y a la inmensidad selvática dice el pequeño papel: «Somos libres, escribimos en un país libre.» Allí escribirán los hombres más cultos de la independencia: Roscio que domina la historia y el derecho político, Zea que está al tanto de todas las nuevas ideas, el humanista José Luis Ramos, el nestoriano Fernando Peñalver, y aquel Manuel Palacio Fajardo, joven, docto, que ha recorrido el vasto escenario del mundo civilizado entregado con pasión a aquella empresa de creación y de cultura política.

Saben bien que están perdidos en la vastedad geográfica, «en el centro de las inmensas soledades del Orinoco», como ellos mismos dicen, pero hablan como si se hallasen en la encrucijada de la historia y estuviera pendiente de sus palabras la conciencia del mundo civilizado. Escriben en una olvidada ciudad vieja del viejo río de El Dorado, sin recursos, «en un país, según declaran, en que no se han visto más libros que los que traían los españoles» para una población rala, dispersa, acogotada por la guerra y por la ignorancia y, sin embargo, publican las noticias de la política europea, difunden doctrinas de filosofía política, hacen polémica no sólo con la *Gaceta de Caracas*, sino con todas las ideas y errores de los reaccionarios del Viejo Mundo, insertan los boletines del Ejército Libertador y los decretos del Gobierno, reproducen las publicaciones de Buenos Aires y de Londres y aun los documentos oficiales y los alegatos del jefe del ejército expedicionario español. El *Correo del Orinoco* es el testimonio y la orgullosa afirmación de que aquel puñado de hombres representan un poder intelectual y moral incontrastable frente al dominio colonial que no contaba sino con las armas para sostenerse. No eran insurgentes, como despectivamente se les quería llamar, eran una revolución con doctrina y pensamiento y presentaban títulos legítimos de tiempo y de razón para exigir que su América

debía entrar en la historia por su propia cuenta y a parte completa.

Esa breve hoja impresa, que sale de la pobre imprenta de Angostura, asegura de una vez la superioridad intelectual y moral de la causa de la Independencia. No eran partidas de insurrectos las que se movían en las ilimitadas llanuras del Orinoco, sino la presencia avasalladora de un nuevo tiempo de la historia.

Esta es la grandeza de Bolívar, la de estar más arriba y la de ver más allá de los acontecimientos inmediatos. La de sentir el tiempo histórico, la de anticiparlo y la de llamarlo a vida y hecho con las más eficaces e inolvidables palabras. En su cabeza bullen las gigantescas concepciones que van a cambiar el presente y a apresurar el futuro. Piensa en términos de continentes, de nuevas y poderosas instituciones, de humanidad, de libertad para los hombres, de justicia y de poder verdadero y respetable para las nuevas naciones. Piensa en la unión de los países americanos, en la creación de un nuevo derecho, en un nuevo y más justo equilibrio del mundo con una América libre y rica que pudiera «mostrar al Mundo Antiguo la majestad del Mundo Moderno».

Sin embargo, no es un soñador ni un visionario. Ocho años de guerra, de dura adversidad y de desesperada lucha le han enseñado las inmensas dificultades de la empresa. Ve y conoce con toda claridad las fallas de los hombres y los obstáculos de la historia y de la naturaleza. Sabe que la libertad y la justicia no se imponen por decreto, que las fuerzas disociadoras y destructivas que vienen del pasado y de la condición social, oponen obstáculos aterradores. Que va a ser difícil convertir en soldados aquellos peones ignorantes y más difícil aún convertirlos en ciudadanos de una República. Pero su sentido de la realidad no lo lleva a aceptarla y a plegarse a ella. Si se hubiera resignado a ella no sería el héroe que es. Con aquella población escasa, formada en tres siglos de sometimiento absoluto y desarticulada y conmovida por ocho años de guerra, hay que hacer una República victoriosa y estable. Se proponía sacar del presente toda la posibilidad de futuro que contenía. Por eso no se resigna

a ser el jefe de las partidas de insurrectos, sino que aspira a ser el Jefe del Estado de una sociedad de ley y de derecho tan respetable por su moral, su sabiduría y sus instituciones como por su voluntad de combatir.

Va a crear y a invocar con el nuevo patriotismo la nueva legitimidad americana. Es entonces cuando resuelve, antes de volver a la guerra de los llanos, convocar el Segundo Congreso de Venezuela.

En 1811 se había instalado el Primero en Caracas, lleno de las esperanzas de un tiempo auroral. Había sido un derroche de altas y ambiciosas esperanzas. Se oyeron las más conmovedoras oraciones sobre la libertad y sobre la democracia, se recitaron los derechos del hombre como una invocación religiosa, se vio llegar a Miranda como una leyenda viva de heroísmo y tenacidad, se creó una bandera y se sancionó una Constitución. Una Constitución que recogía las más idealistas aspiraciones del racionalismo, los más puros principios de la democracia, proclamaba el régimen federal y establecía un Poder Ejecutivo colegiado, de carácter casi nominal y simbólico, sin autoridad y sin fuerza. En verdad no llegó a aplicarse. Al terminar el estupor y la sorpresa de los sucesos lo que vino fue la caótica descomposición del orden colonial, que había sido suspendido pero no sustituido, y el surgimiento canceroso de la guerra y la anarquía.

No era ahora el tiempo de las ilusiones, ni se podía diseñar en el papel un Estado ideal para un país cuya realidad parecía desconocerse. Lo que Bolívar tenía ante los ojos era la dura e inescapable verdad de aquellos largos años de inacabable guerra y de destrucción de las incipientes formas de asociación y de la escasa riqueza.

No hubiera podido, en verdad, convocar sino las dos provincias realmente liberadas: Margarita y Guayana. Las otras que añade no son sino pedazos de territorio o ciudades sobre las cuales las fuerzas patriotas ejercen un dominio amenazado. Tampoco permitían las circunstancias celebrar ninguna forma de elecciones populares. Se escogerán para representar a un país disputado aquellos hombres que se han señalado por sus servicios en la guerra o por su lealtad a la Independencia.

Desde la ruina sangrienta de la Primera República el Libertador no ha cesado de reflexionar a fondo sobre las causas de aquel desastre y sobre el arduo problema de crear instituciones adecuadas a la vez a la realidad histórica de los pueblos y al propósito de crear una democracia sobre la herencia del absolutismo. Es lo que llama desde 1812, en el Manifiesto de Cartagena, «la ciencia práctica del gobierno» pero sin dejar de advertir que permanece «siempre fiel al sistema liberal y justo».

Es también lo que reitera, más pormenorizadamente, en 1815 en aquella iluminada Carta de Jamaica en la que recorre en la más deslumbradora síntesis todo el escenario del mundo americano con su geografía difícil, sus poblaciones aisladas, las alternativas de su porvenir y las inmensas posibilidades de crecimiento y poderío que yacen en su seno de gigante dormido.

Ante esa realidad y ante ese desafío resuelve el 22 de octubre de 1818 convocar el Congreso que ha de reunirse en la ciudad de Angostura el 1.º de enero del año siguiente. Es su propósito aprovechar esa excepcional ocasión para darle fisonomía, legitimidad y destino a la revolución de Independencia. Va a presentar una nueva Constitución que debe enmendar las fallas graves de la de 1811 y darle al nuevo Estado solidez y estabilidad, sin sacrificio de la libertad. Y dirá también su grande y definitiva revelación de Nuevo Mundo y de sus posibilidades reales. Va a hablar para toda la humanidad y para todos los tiempos. Va a levantar la lucha armada al nivel de una doctrina y de una concepción del destino colectivo.

En los ratos de descanso en Angostura consulta sus viejos papeles y anota los conceptos que le parecen importantes. Sin embargo, el pelear no le da tregua. Sale de Angostura a reunirse con Páez para preparar un encuentro decisivo con las fuerzas realistas en Apure. Va en la flotilla como pasando revista al inmenso panorama natural y humano. Ve las partidas de lanceros semidesnudos marchar por la llanura o acampar en los bosques de la ribera. Oye en la noche del campamento el eco de los cantos y de las músicas con que el soldado anima la an-

gustia velada. Mira el inmenso cielo que cubre la soledad nocturna y por alguna constelación conocida sitúa las posiciones de la imaginación. Al noroeste, tras llanos y montes, debe estar Caracas dormida y lejana. Habrá repicado la hora en la esquina de San Jacinto que resonaba en los corredores y las alcobas de la vieja casa de su infancia. Más allá está el mar de los corsarios y de los navíos ingleses. Tanta ayuda que podría venir y tan sólo viene amenaza de la alianza de los reyes absolutos de Europa. Al oeste está la alta sabana de Santa Fe de Bogotá, rodeada del cerco de hielo de sus inaccesibles páramos. Hasta allá habrá que llegar pronto para hacer realidad la unión de la Nueva Granada y Venezuela en un solo país, en aquella Colombia con la que había soñado Miranda. A ratos habla con uno de aquellos oficiales ingleses, que han comenzado a llegar para ponerse al servicio de la República. Hablan de Europa, de las guerras napoleónicas, de las figuras políticas de la hora. El soplo que viene de la inmensidad es como el soplo de la historia.

No logra instalarse el Congreso el 1.º de enero de 1819. No habían llegado sino los diputados de Margarita, Barinas, Cumaná y Guayana. Faltaban los de Caracas y Barcelona, a los que se iban a añadir más tarde, en voluntad de unión, los de Casanare.

El 21 sabe la noticia de la llegada a Angostura de frescos y numerosos contingentes de voluntarios ingleses. Son los comandados por Elsom y English. Forman parte del valioso grupo de hombres de esperanza y de lucha que han aceptado abandonar los viejos países para venir a servir la posibilidad parpadeante de una nación por hacer. Vienen a darse a una causa remota y hermosa, a meterse en el trópico encendido y en la cruel guerra primitiva, con ojos deslumbrados de novedad. Unos llegarán al Orinoco, otros recalarán en Margarita. Unos se regresarán en amargo fracaso, otros no lograrán adaptarse a las duras condiciones y estrecheces, pero otros se darán por entero al nuevo destino y con la patria nueva nacerán a una nueva vida.

Resuelve entonces suspender los planes de campaña y regresar a Angostura para instalar el Congreso y dispo-

ner la incorporación de los legionarios. Durante largos días baja por el ancho río, deteniéndose en las orillas a descansar y pernoctar. O'Leary nos ha dejado la conmovedora descripción de aquel viaje: «Reclinándose en la hamaca durante las horas del calor opresivo del día o en le flechera que lo conducía a bordo, sobre las aguas del majestuoso Orinoco o bien a sus márgenes, bajo la sombra de árboles gigantescos, en las horas frescas de la noche, con una mano en el cuello de su casaca y el dedo pulgar sobre el labio superior, dictaba a su secretario en los momentos propicios la Constitución que preparaba para la República y la célebre alocución que ha merecido tan justa admiración de los oradores y estadistas.»

En su hamaca de criollo, con doscientos años de hechura americana en la sangre, en el comienzo de una difícil campaña, dice lo que nadie sino él podía decir, para darle voz y anuncio y rumbo a innumerables generaciones mudas y para plantear, primero y más profundamente que nadie, las grandes cuestiones abiertas del destino de los pueblos del nuevo continente. Va a hablar por el conquistador y por el indio y por el negro. Va a hablar por la nueva gente surgida de la confluencia de las sangres y de las culturas. Va a hablar por la promesa de las tierras vírgenes y de los hombres por venir. Por los poderosos y por los humildes, por los orgullosos señores y por los esclavos, por los que están en los claustros dormidos de las universidades y por los que labran los campos, por los muertos, por los contemporáneos, por los de mañana, por los que han clamado sin eco y por los que no han tenido nunca voz, por el Negro Miguel, por Tupac Amaru, por las injusticias de ayer y las de mañana y hasta por darle una dignidad a las remotas riberas de la selva donde los europeos del nuevo mercantilismo han recommenzado a poner sus factorías esclavistas. Va a hablar de la realidad y de cómo modificar la realidad. Va a hablar de lo posible. Y lo va a hacer en las palabras más verdaderas, poderosas y resonantes que ningún hombre de su tiempo pudo hablar.

Debió sentirse como un gran río de la historia hecho de muchos afluentes y de muchos legados. Es encarnación

viva y real de su América y por eso, como nadie, logra ser la conciencia de un mundo. Recoge, arrastra, incorpora y rehace todos los aportes del pasado frente a todas las posibilidades del mañana. El Orinoco que lo lleva en su despacioso resbalar de gigante le enseña su lección de totalidad. Todo un mundo palpita en sus aguas. Ha mezclado los ríos blancos y torrentosos, con los negros y sombríos del remoto bosque, y con los leonados y terrosos, ahíños de medir leguas de campo yermo. Toca con sus remotas manos y con sus largos dedos líquidos las montañas que dan al Caribe, el gran circo de la inmensa cordillera de Los Andes, y el misterio impenetrado de la vastedad selvática de la Amazonia. Las aguas de todos los paisajes geográficos están en él y ha reflejado en sus millares de afluentes el rostro de todos los hombres y de todos los seres que se han allegado a aquel inmenso espacio continental. No podía tener mejor mesa de trabajo Simón Bolívar para terminar su oración del destino americano.

Llega a la ciudad el 8 y fija la instalación del Congreso para el 15. Todo es atareo y aire de víspera en la urbe fluvial. Están allí para el Congreso o para recibir las instrucciones del Jefe Supremo los militares y los hombres más distinguidos de la revolución. Han cambiado las raídas ropas de campaña por el uniforme de gala y por la casaca de las ocasiones solemnes. Están allí los legendarios guerreros con sus generalatos nuevos y sus caras mozas: Santiago Mariño, Rafael Urdaneta, Tomás Montilla, Pedro León Torres, y están también los forjadores del estado de derecho y de la misión civilizadora de la República, los redactores del *Correo*, Roscio, Zea, Palacio, Ramos, y además Fernando Peñalver, Diego Bautista Urbaneja, Gaspar Marcano, Antonio María Briceño, y el impetuoso sacerdote y guerrero Ramón Ignacio Méndez, que paseará su apasionada figura de combatiente desde los campos de batalla hasta el solio de los Arzobispos de Venezuela.

El 15 en la mañana se instala el Congreso. Las tropas tendidas rinden honores a la llegada del Jefe Supremo y Capitán General de los Ejércitos. Se ponen de pie los

diputados para ver entrar al hombre atezado y nervioso, resplandeciente de charreteras y entorchados que sonrío con aquella melancólica sonrisa que a tantos ha sorprendido. Toma asiento en su sitial. Le conceden la palabra y se pone de pie. En el silencio vivo se alza la voz firme, martillada, implorante y autoritaria:

«Señor: ¡Dichoso el ciudadano que bajo el escudo de las armas de su mando ha convocado la Soberanía Nacional para que ejerza su voluntad absoluta! »

No es ficción, es creación. No es a un grupo de hombres reunido al azar a quien habla Bolívar. Habla, con convicción y fe que quiere transmitir a todos, al «Augusto Congreso», a «los Representantes del Pueblo de Venezuela», a la «fuente de la autoridad legítima, depósito de la voluntad soberana y árbitro del Destino de la Nación».

Aquellos hombres tienen que ser, y serlo para todos de hecho y de derecho, los representantes del Pueblo. Si no lo fueran, o no hubieran de ser tenidos por tales, la República no podría existir y quedaría reducida a la condición de una insurgencia armada. No es él, a la cabeza de sus hombres, quien debe y puede tener la autoridad. No es Páez, no es Mariño, ni Bermúdez: si va a haber República, si va a existir país legal la autoridad suprema debe residir en un Congreso que represente al pueblo y que se exprese por medio de la ley.

En este gesto de subordinación de la espada combatiente ante la ley y de sumisión de la fuerza al Congreso está la lección y el símbolo fundamental de aquel acto. Bien sabe él, como lo saben todos, que la guerra no está ganada, que las más duras y difíciles campañas están en el mañana, pero no quiere poner en peligro la existencia de la República y que pueda confundírsela con el simple mando de un jefe afortunado.

Comienza por pintar la realidad social, producto de la historia y de la guerra. Busca en el pasado remoto e inmediato las causas «del desarrollo de todos los elementos desorganizadores». Un pueblo no es una masa plástica inerte, sino el resultado viviente del pasado, de los muertos, de las creencias, de las circunstancias, de la realidad.

Nadie como él ha mirado todo esto antes en América con tan penetrante mirada. Los elementos del cuadro social son la mentalidad española, el complejo proceso de formación de la sociedad colonial, las formas de existencia asociada, la condición heterogénea de la vida colectiva, los costosos errores e idealismos del primer gobierno republicano y la guerra, que han llegado a constituir «el torrente infernal que ha sumergido la tierra de Venezuela».

La empresa que tienen que acometer no es simplemente la de ganar una guerra, o la de proclamar un más o menos transitorio e ineficaz régimen republicano sino «la creación de una sociedad entera». De esta gigantesca magnitud es el empeño que viene a revelar ante los atónitos ojos de los nuevos diputados y de los nuevos generales.

La gran cuestión fundamental de nuestro mundo está allí planteada en los términos más certeros e inolvidables. El es el primero que contesta a la gran pregunta de la esfinge del destino de la América Latina: ¿Qué somos? «No somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derechos...» Esa condición contradictoria e inestable se agrava por la situación pasiva y marginal en que se ha mantenido a los criollos bajo un régimen de autoridad y de derecho divino; «abstraídos y ausentes del Universo en cuanto era relativo a la ciencia del Gobierno», no habían podido «adquirir ni saber, ni poder, ni virtud». En estos tres requerimientos está la clave: saber, para alcanzar el más alto y difundido nivel de conocimientos científicos y prácticos; poder, para llevar a plenitud realizada toda la capacidad latente de crecimiento social y de adelanto económico, y virtud, que no es otra cosa que honesto amor del bien y afirmación de la dignidad humana.

En tales condiciones, en las que se trata nada menos que de «echar los fundamentos de un pueblo naciente», el Libertador señala la importancia de «la naturaleza y la forma de Gobierno» que se haya de escoger.

Todo el pasado del hombre es el inmenso teatro de su

reflexión. Mira sucederse en los anales de los tiempos los más hipócritas y los más descarados sistemas de opresión. La libertad ha sido un milagro transitorio, perecedero y difícil, «porque son los pueblos más bien que los Gobiernos los que arrastran tras de sí la tiranía». Por eso estudia y señala el rezago negativo del pasado, la herencia activa de un sistema de legitimidad autoritaria y de sociedad de castas, pero no para negar la posibilidad de un régimen democrático o para renunciar a ella, sino para afirmarla, como posibilidad histórica, realizable mediante la aceptación de los hechos ciertos y la modificación de las circunstancias sociales.

Lo que Bolívar dice es que la democracia, la libertad, la igualdad y la justicia no se decretan en las Constituciones, sino que pueden y deben surgir de una esforzada y continua labor de creación de una sociedad nueva. Es para esa inmensa tarea ciclópea que llama a los hombres de su tiempo y de la posteridad, no para mantener fáciles y abyectas formas de opresión, ni tampoco para crear instituciones imitadas e ilusorias, sino para formar un estado democrático en nuestra América, teniendo en cuenta las características de nuestro pueblo y los obstáculos de la realidad.

Pensar lo contrario es infamarlo. No renuncia ni a la libertad, ni a la justicia, ni menos a la igualdad. Lo dice sin sombra de duda y con desafiante convicción: «Un Gobierno Republicano ha sido, es y debe ser el de Venezuela: sus bases deben ser la Soberanía del Pueblo: la división de los Poderes, la libertad civil, la proscripción de la esclavitud, la abolición de la monarquía y de los privilegios.» Proclama esos principios por los que ha luchado y va a luchar toda la vida y señala en su proyecto de Constitución las formas por medio de las cuales cree posible alcanzarlos. «Necesitamos de la igualdad», dice, con el objeto de compensar las diferencias de la naturaleza y crear la unidad fundamental del pueblo y también pide «la garantía de la Libertad Civil». Su esfuerzo se dirige a la formación de un «espíritu nacional» que tenga inclinación hacia dos puntos capitales: moderar la voluntad general y limitar la autoridad pública. Lo que

busca, con desesperada insistencia y angustia, es la creación de un orden democrático que tenga en cuenta la realidad social y el carácter nacional. Lo que pide es, para repetirlo con su palabra conminatoria, «un Código de Leyes Venezolanas».

Porque hay que transformar a un pueblo, porque hay que hacerlo para la democracia, Bolívar invoca la importancia fundamental de la «educación popular». Pero la suya es una educación de la inteligencia y del carácter, no sólo para el saber sino también para la virtud. No sólo «luces», que sería la mira de una tecnología deshumanizada, no sólo «moral» que pudiera significar el mantenimiento de un rígido y anticuado conjunto de prohibiciones y castigos, sino «moral y luces», es decir, la realización cabal del hombre entero, o para decirlo con sus viejas y conmovedoras palabras, junto al saber y el poder, la virtud.

En su sinceridad republicana no transige con las viejas formas establecidas de la injusticia. Ante un mundo que miraba la esclavitud como una institución legítima y que aceptaba y practicaba el tráfico negrero como comercio lícito, el hombre que se enorgullecía, más que de ninguna otra cosa, de ser llamado el Libertador, dijo medio siglo antes que Lincoln, que «no se puede ser libre y esclavo a la vez» y alzó la voz quebrada de emoción para exclamar: «Yo imploro la confirmación de la Libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la República.»

Es sobrehumana la empresa en que está metido. No sólo tiene que recorrer inmensos países en temeraria guerra, sino que frente a la debilidad de la nueva nación por nacer se alzan los grandes poderes históricos. No es sólo España, que en todo momento puede desatar una suprema ofensiva, sino las otras potencias dominadoras que pueden, unidas o separadas, intentar hacer presa fácil de aquellas poblaciones agotadas por la inacabable lucha. No luchan contra España para caer bajo otra dominación extranjera. El objeto no es otro que la independencia y el derecho al propio gobierno y por eso Bolívar expresa la fórmula suprema y desesperada del nacionalismo irreduc-

tible de los pueblos americanos, al anunciar «su última voluntad para combatir hasta expirar por defender su vida política, no sólo contra la España, sino contra todos los hombres».

Para ese designio y ese desafío invoca su antiguo propósito de «la reunión de la Nueva Granada y Venezuela en un grande Estado». Cuando lo dice está hablando de un país distante e inaccesible defendido por los picos de la cordillera y por las tropas españolas. Su situación militar era aparentemente la misma de los últimos tiempos, cuando escribía sobre la liberación de Guayana: «tomamos la espalda al enemigo desde aquí hasta Santa Fe... en el día la lucha se reduce a mantener el territorio y a prolongar la campaña, el que más logre esta ventaja será el vencedor». Sin embargo, antes de seis meses habrá marchado con sus tropas miserables al través de los llanos inundados y del hielo y la ventisca de los páramos hasta Boyacá para caer con el increíble salto de un jaguar de los llanos sobre el sorprendido ejército realista y poner en el palacio del solemne virreinato las banderas de la América independiente. La espada de Boyacá brilla con otra luz porque sobre ella reverbera el pensamiento del discurso de Angostura.

El Congreso restablecerá la legalidad de la República, elegirá a Bolívar Presidente de Venezuela, aprobará con modificaciones el proyecto de Constitución y coronará la obra de la campaña de los Andes al promulgar el acto fundamental de creación de aquel viejo sueño de unidad y de grandeza que ellos llamaban Colombia.

Todo esto se dijo y surgió en esta sala, frente al testigo inmenso y silencioso, grande como la ocasión misma, que es el Orinoco, y ante el asombro incrédulo y sobrecogido de aquellos pocos seres privilegiados.

Lo habían oído. ¿Es que, acaso, lo habían oído? ¿Es que tenían un término y una significación estricta y limitada aquellas palabras increíbles? Está la sala de pie, con lágrimas, encendidos los ojos, vitoreándolo. Está el inmenso auditorio de todo un continente y de toda la posteridad. ¿Lo hemos oído?

En pie y abierta está la gran tarea de «crear una so-

ciudad nueva», de hacer la República, de crear un pueblo, para «el saber, el poder y la virtud», de luchar sin tregua contra las limitaciones y los obstáculos interiores y contra la gravitación de nuevos y crecientes centros de poder mundial. Es a todos nosotros a quienes habla. Oídlo. Desde el Río Grande hasta la pica de hielo de la tundra magallánica. Está hablando para todos nosotros. En esta sala, en la eternidad del compromiso histórico, en el empeño inagotable de crear país y de hacer patria para todos los americanos.

Oídlo. Ha dicho finalmente la inolvidable manda: «Empezad vuestras funciones: yo he terminado las mías.»

Hay muchas maneras de acercarse a ese fenómeno que se llama la América Latina, que no es fácil de entender ni fácil de penetrar. En el casi medio milenio que lleva de existencia este ya no tan Nuevo Mundo, se han escrito muchas interpretaciones y se han intentado muchas explicaciones y las más de ellas son contradictorias. Ha habido tentativas de aplicar explicaciones ideológicas europeas al fenómeno latino americano y generalmente se desemboca en alguna forma de confusas aproximaciones. Se ha tratado desde el adentro de hacer una especie de inventario sociológico o histórico, pero igualmente cuando se quiere llegar a una visión panorámica se da uno cuenta de que no caben todas las piezas en el rompecabezas y que la explicación tal vez valga un poco para alguna parte de ese complejo todo que integra la América Latina desde México hasta la Patagonia.

Yo tengo para mí que una de las maneras más válidas de acercarse y de tratar de entender este mundo tan rico en contradicciones, con tanto carácter, con tantas posibilidades, con tan rica experiencia, está en el arte. Se ha dicho muchas veces que el arte es por naturaleza y por

esencia la expresión colectiva de una sociedad. No es que las sociedades crean el arte, el arte es la creación individual por excelencia, pero los grandes artistas han sido, son y han de ser siempre, seres de una extraordinaria sensibilidad que les permite captar, sentir y expresar lo que les rodea con una penetración, un tino y una profundidad que difícilmente alcanzan las disciplinas intelectuales. De modo que si nosotros, dejando de lado esa inmensa biblioteca de los tratados de interpretación histórica, sociológica y psicológica y de descripciones corográficas de la América Latina, pusiéramos ante nuestros ojos un álbum con la representación de su arte en los cuatro siglos y medio de existencia que tiene, tal vez podríamos ver más claro, tal vez podríamos tomar asidero en algunas nociones y en algunas revelaciones y en algunas iluminaciones que los grandes artistas han hecho para nosotros y que están allí para que las veamos y las entendamos. Eso vale el arte y eso significa el arte.

Si tuviéramos ese álbum delante de nosotros, e imaginativamente lo tenemos, y como no disfrutamos de un tiempo ilimitado para hojearlo lentamente e irnos deteniendo como los niños golosamente ante las estampas, podríamos escoger, acaso, tres imágenes, tres momentos, tres aspectos de esa especie de confesión profunda de autoindagación y de penetración en la propia naturaleza que los grandes creadores del arte hispanoamericano han realizado. Podríamos, para comenzar, detenernos en una calle del Cuzco y allí estaría un primer momento en el que se presentan de un modo dramático los actores del quehacer histórico, moral y cultural de la América Latina.

Quien se acerca al Cuzco entra en una visión inolvidable. El Cuzco es una de las más extraordinarias ciudades del mundo, en un valle del altiplano andino donde el sol ilumina con una crudeza y una claridad extraordinarias y donde está vivo el testimonio de una vieja y admirable civilización que fue la que desarrollaron finalmente los Incas hasta el momento de la venida de los españoles. El Cuzco actual está construido sobre la base de la ciudad incaica y cuando se anda por sus calles se

pisa el empedrado de los Incas, y los sillares son los de los templos indígenas. Sobre ellos, por un milagro dramático, que es casi un cataclismo de la historia, se ha levantado la construcción castellana. Ve uno, por ejemplo, los muros que alcanzan hasta dos metros de altura del templo del Coricancha, donde estuvo aquel fabuloso jardín lleno de plantas y de animales de oro que duró muy pocas horas en manos de los conquistadores y sobre ellos se encuentra levantado un templo cristiano. Sobre las piedras labradas de un modo milagroso por los indios se levanta la pared recta y blanca del templo y sobre la base de las puertas trapezoidales incaicas se apoyan las columnas sobre las que están arcos de procedencia romana traídos por los alarifes españoles.

Cuando uno mira esa combinación se da cuenta de que la América Latina no era un horizonte vacío ni un espacio por poblar, sino que fue básicamente tierra de encuentros. Una tierra donde vinieron a encontrarse sectores históricos que venían, como Eneas, con todo su pasado cargado sobre las espaldas y que se encontraron los unos con los otros en un difícil proceso de acomodamiento. Ni los españoles, que pensaban que venían a establecer una Nueva España o una Nueva Castilla, lo lograron hacer nunca, ni los indios pudieron regresar al esplendor de sus viejas civilizaciones y más tarde el negro que hubo de aparecer ya desde el siglo XVI pudo trasladar exactamente su vida africana y el sentido de sus tradiciones y sus mitos. Lo que hubo fue un acomodamiento, un encuentro y ese contacto profundo ha hecho la riqueza, la originalidad y la dificultad de la América Latina y le da el carácter a su civilización.

La América Latina, y el Cuzco lo ilustra de un modo extraordinario, es el producto del más importante proceso de mestizaje cultural que el mundo moderno haya presenciado. Cuando digo mestizaje cultural pongo énfasis en esta palabra no porque yo crea que el mestizaje racial sea malo sino porque pienso que lo más importante no es la mezcla de sangres. Los hombres no somos lo que somos por la sangre ni por el color de la piel, sino por la cultura a la que estamos incorporados, por la con-

cepción del mundo que representamos, por los valores que llevamos dentro y eso no tiene por qué coincidir con el origen racial. De modo que ese encuentro de tres culturas, de tres tradiciones distintas en el escenario del mundo americano, donde hubo mezcla racial y donde no la hubo, ha determinado en gran parte el carácter y el destino de ese mundo. Y es importante percatarse de esto porque ocurre desde el primer momento. Ocurre en México y en el Perú y a lo largo de toda la vasta empresa de la colonización. No hubo una simple superposición, no fue que los europeos reprodujeron otra forma de vida europea, fue que se encontraron con otra gente y tuvieron que acomodarse muy difícilmente y de ese encuentro salió un hecho nuevo. Toda la historia del mundo podría explicarse como una historia de encuentros y de mestizajes culturales. Nosotros podríamos pensar, y tal vez no es una herejía, que el Emperador Carlomagno era un gran mestizo. Yo me imagino que las cenizas de Hitler deben removerse en la tumba si oyeran estas palabras, pero era un gran mestizo cultural, un germano puro, un hombre que venía de adorar árboles, que se había formado en una tradición germánica, primitiva y que se puso en contacto con lo que le llegaba de la civilización latina y empezó a realizarse en su ser, en su tiempo, en su tierra y en su espíritu un proceso de mestizaje. Cuando Carlomagno resuelve hacerse Emperador Romano, que era algo no muy desemejante de la tentativa de crear una República a la francesa o al modelo de Filadelfia en la América Latina, estaba haciendo un gran acto de mestizaje cultural. Un acto que no era ni de falsificación ni de mentira, sino de afirmación de la necesidad de acercar y de incorporar cosas contrarias. De ese mestizaje nace Europa y nace Occidente. Similar es lo que pasó en América Latina en estos cinco siglos y que revela su poderosa presencia en cualquiera de esos viejos testimonios como podría ser un templo del Cuzco.

Este primer rasgo nos enseña ese libro de estampas. La América Latina ha sido una tierra de encuentro cultural, de acomodamiento, de enfrentamiento, de difícil cohabitación de valores diferentes y ajenos.

En el álbum que hojeamos imaginariamente podríamos dar un gran salto para acercarnos más a nuestro tiempo. En el año 1910 estalló en México un difícil, complejo y todavía malentendido proceso histórico, que es el que conocemos con el nombre de la revolución mexicana. Cronológicamente es la primera de las grandes revoluciones sociales de nuestro siglo en Occidente. Ocurre siete años antes de la revolución rusa, y mucho antes de que todo el gran proceso revolucionario posterior a la primera guerra mundial se desatara en escala planetaria y es un fenómeno muy heterogéneo que podría explicarse parcialmente desde muchos ángulos. Algunos lo han visto simple y llanamente como una lucha de reclamación campesina de la tierra y algo de esto hay. Otros lo han considerado como un fenómeno de afirmación nacionalista. Otros, como una especie de estallido de insatisfacción frente a las condiciones de atraso y dependencia que se habían mantenido por largo tiempo bajo la dictadura de Díaz. Pero en el fondo de todo esto lo que aparece es una gran crisis de identidad, una angustiada búsqueda por parte del pueblo mexicano de su propia personalidad. ¿Qué eran los mexicanos, de dónde venían, qué querían, qué papel jugaba en ellos el pasado español y el pasado indígena, y la realidad de la tierra que habitaban? ¿En qué se parecían y se distinguían de los demás hombres? Todo esto estaba actuando oscuramente en ese proceso, pero no va a tener una primera explicación válida y asequible para los mexicanos, sino al través de una serie de obras de arte. Esto es revelador del carácter hispanoamericano.

Un mexicano llamado Diego Rivera, artista plástico muy dotado, a comienzos del siglo xx se fue a Francia a incorporarse a la contemporaneidad del arte europeo. En ese momento en Francia estaba ocurriendo una gran transformación del lenguaje plástico y del concepto de las bellas artes. Era la hora en que se echaban las bases del cubismo, en que estaba en su apogeo el expresionismo, en que comenzaban los tímidos balbuceos del arte abstracto. En esa gran fragua se lanza el joven Diego Rivera junto a los Picasso, los Braque y los Juan Gris y participa de toda esa rica aventura. Estaba incorporado a la

hora más actual del arte occidental. Sin embargo, el año de 1920 Rivera regresa a México cuando ya la revolución tiene diez años de sangriento desarrollo, y se ha operado un vuelco institucional, social y político de profunda resonancia y cuando todavía no se ha estabilizado aquel vasto fenómeno volcánico. Siente entonces que más que un epígono del cubismo o que un artista de París era un mexicano, y que un artista mexicano de su tiempo algo tenía que hacer con México y algo tenía que dar para que aquel oscuro fenómeno tan importante llegara a ser abarcable y comprensible para su propio pueblo y de allí surge el extraordinario fenómeno que se llama el arte de los muralistas mexicanos.

Todos hemos visto en México y en reproducciones gráficas la estampa impresionante de aquellas inmensas paredes cubiertas de una muchedumbre de figuras en acción que pintaron los muralistas mexicanos. Es muy revelador que un hombre como Rivera, a la hora de regresar a México, olvide todo lo que conocía como actualidad artística en Francia y decida que su tarea de artista tiene un compromiso nacional y popular y que nada es más importante que explicarle en directo lenguaje plástico al pueblo mexicano de dónde viene y adónde va y qué significa esa revolución. Para hacerlo incurre voluntariamente en un anacronismo muy significativo y fecundo, en lugar de la pintura moderna de caballete que hizo en Francia va a resucitar una de las más viejas formas de la pintura. Va a hacer lo que los europeos no hacían desde hacía quinientos años, desde el alba del Renacimiento. En esa remota época había que explicarle al pueblo, de una manera dramática y por medio de imágenes, lo que significaba el mundo natural y el sobrenatural que los rodeaba. Eso hicieron los grandes muralistas del pre-Renacimiento, como Giotto, Orcagna, Lorenzetti, o Piero de la Francesca y no lo hicieron después más los artistas europeos porque la pintura se hizo más personal, más fragmentaria, más mobiliaria, para decorar salones de palacios. Pero cuando hombres como Rivera se enfrentan a la necesidad de darle un lenguaje plástico a todo un pueblo que está viviendo un drama histórico de esa magni-

tud, de modo espontáneo regresan a la utilización de una forma de arte olvidada en Occidente. Es posible que un pintor europeo que se hubiera puesto a hacer murales en 1920 hubiera parecido un caso de rebuscado anacronismo. Sin embargo, lo que hacen Rivera, Orozco y más tarde Siqueiros y toda esa fascinante familia de los muralistas mexicanos, es incorporar como el único lenguaje válido y posible que podía llegar al pueblo, aquel viejo arte olvidado actualizándolo y para ello cubren en una extraordinaria erupción creadora con una visión telúrica de la gente, todo el pasado mexicano y todo el sentido de la lucha contemporánea que libraba el pueblo.

Esto revela otro aspecto. No solamente es la América Hispana una tierra de encuentro cultural, sino que por ese mismo encuentro llega a tener un tiempo histórico distinto del de Occidente, del que aparentemente deriva sus enseñanzas, y por esa razón los muralistas mexicanos pudieron crear un gran arte actual, no reviviendo una técnica olvidada, sino actualizándola porque era el único lenguaje posible de hablar en esa hora, y porque la posición histórica en que se encontraban coincidía con la que seis siglos antes vivieron los muralistas del Renacimiento italiano. Está allí la lección de la peculiaridad del mundo hispanoamericano. En esos frescos está ilustrada la historia del encuentro, toda la visión del pasado desde la raíz indígena hasta la conquista, hasta la revolución mexicana y en cada uno de esos aspectos aparece la presencia pugnaz de todas las herencias y valores que buscan desesperadamente acomodamiento en el espíritu del hombre hispanoamericano.

Dando otro salto llegaremos al tiempo presente. En general ha sido escaso el reconocimiento que los artistas hispanoamericanos han tenido en el resto del mundo. No quiero decir con esto que hayan sido ignorados, pero no ha sido común ni frecuente que hayan desempeñado papeles de primer plano en el escenario de la actualidad plástica universal. Aun en el caso de los muralistas mexicanos los críticos europeos han tenido siempre la tendencia a mirarlos como una curiosidad, como algo que forma una especie de anomalía, de fenómeno de muta-

ción biológica que no se explica muy claramente dentro de lo que ellos entienden como el tiempo contemporáneo del arte. Pero, ahora, en este momento, la evolución natural del arte está llegando a unos extremos extraordinarios. Ha desaparecido prácticamente la pintura, no existe lo que pudiéramos llamar la representación, ya no retrata, ni reproduce, ya no imita nada el arte, y se ha llegado al punto en que el artista está creando un objeto gratuito, algo que le añade al conjunto de la naturaleza y que no es una imitación o copia de nada de lo existente. En ese camino, que pasa por el arte abstracto, se ha llegado en nuestros días a la creación de una forma muy avanzada de expresión, que es lo que se llama el arte cinético.

Algo significa que sea precisamente en el momento en que se llega a este grado tan final de autodestrucción o de vuelta a una posible recreación del arte occidental en la creación de estas cosas que no representan nada, que son un objeto añadido a la naturaleza por medio del arte, que los hispanoamericanos por primera vez llegan a desempeñar un papel creador de primera fila en escala mundial. En la familia de los creadores del arte cinético hay una serie de nombres fundamentales de los más importantes artistas hispanoamericanos, entre ellos están tres venezolanos que son: Jesús Soto, Carlos Cruz Díez y Alejandro Otero; está el argentino que es Le Parc y están otros cuantos más que se cotizan entre los artistas más importantes del mundo y que merecen el estudio y el interés no solamente de los mayores críticos, sino que sus obras figuran en los más famosos museos y galerías de arte.

No debe ser una mera casualidad o un capricho. Nada de lo que ocurre culturalmente o históricamente es un capricho, siempre es el resultado de algo, sólo que a veces nosotros no vemos muy claro las conexiones por donde deriva. ¿Qué es ese arte cinético que realiza Jesús Soto y que tanto éxito tiene en el mundo y que hace que la UNESCO le pida que decore su salón de entrada y que el gobierno francés le encargue toda la vasta decoración de las nuevas plantas que está construyendo la fábrica

Renault cerca de París y que un gran banco de Alemania le pida igualmente la decoración artística de su edificio principal? ¿Qué ha hecho que ese hombre, que nació en Ciudad Bolívar en la orilla del río Orinoco, haya podido no solamente adquirir ese lenguaje sino convertirse en un creador de ese nuevo medio?

A mi modo de ver, en esto también hay una raíz que nos explica un poco el hecho hispanoamericano. El arte cinético no es sino la creación de un medio artificial. Lo que pretende es que nosotros no contemplemos más una obra de arte, sino que formemos parte de ella, que establezcamos una relación de mutua creación y de mutua reacción. Cuando entramos en un penetrable de Soto o vemos una de sus «escrituras» en la medida en que nos movemos la obra se mueve con nosotros, nos rodea, nos envuelve, va cambiando con nuestro paso y es posible que nosotros también vayamos cambiando. Tradicionalmente el hispanoamericano ha sido un hombre dramáticamente condicionado por el espacio; desde la llegada de los primeros colonizadores hasta nuestros días el espacio hispanoamericano ha sido un espacio mágico de inmensas selvas, de desconocidos ríos, de inaccesibles cordilleras, desproporcionadamente avasallador con respecto a la magnitud del hombre. En la América Latina hay ciudades situadas a la altura del pico más alto de los Alpes. Esa relación cambiante con el dintorno que ha hecho del espacio un elemento mágico y un drama en la vida del hispanoamericano y que se refleja en toda la importancia que la naturaleza ha tenido por más de dos siglos en su literatura, han debido condicionar inconscientemente la sensibilidad de los hombres de estas tierras para que de un modo casi espontáneo pudieran sentir que en esa creación de un espacio artificial, de una selva artificial, de una circunstancia que ya no es de la naturaleza, sino creada por el hombre, se reprodujera la sensación creadora, dramática y mágica de la relación del hombre hispanoamericano con el espacio.

Si nosotros vemos desde el templo del Cuzco a los muralistas mexicanos y lo que están haciendo los artistas cinéticos hispanoamericanos hoy, encontraríamos algu-

nas claves que nos permitirían penetrar un poco más en la contradictoria, oscura y difícil naturaleza de eso que todavía sigue siendo en gran parte tierra mal explicada y mal entendida, que es el mundo latinoamericano. Al través de sus artistas ese mundo nos ha librado sus claves y es por medio de ellas como podemos entender al hombre hispanoamericano en su situación frente al mundo que lo rodea y frente al destino que lo aguarda.

Todo el vasto y complejo proceso de la hechura del Nuevo Mundo dice su testimonio en el arte. Proceso de mestizaje creador desatado por el fecundo encuentro de las tres culturas fundadoras: desfase del tiempo histórico provocado por la nueva circunstancia, que hace que la experiencia que movió a los creadores de la pintura al fresco en la Europa del siglo xv renazca como exigencia apremiosa de la realidad histórica en los muralistas mexicanos del siglo xx y, por último, la constante de la sensibilidad mágica de la relación con los espacios inabarcables, cambiantes y desconocidos que han rodeado y cercado en todo tiempo al hispanoamericano, que fue destinado para la nueva creación de esos espacios mágicos, de esas selvas móviles, de ese paisaje de espejismos del arte cinético moderno en que han descollado de manera extraordinaria artistas de esta América, no pueden entenderse de otra manera sino como tres revelaciones fundamentales de la condición hispanoamericana.

Es así de importante el testimonio del arte y a mí me complace mucho que podamos decir que tal vez no haya manera más segura de entender esta difícil condición, este contradictorio, promisorio y rico mundo que constituye la América Latina que a través de la expresión extraordinaria de su arte que es tan viejo como este mundo porque la América Latina en sus casi cinco siglos de existencia ha sido un mundo de continua, constante, valiosa y significativa creación humana.

Más allá de los discursos, los desfiles y la imagería convencional que rodean cada año la conmemoración del 12 de octubre, queda todavía incólume e inaccesible el hallazgo prodigioso y la forma como se llevó a cabo.

Todo se oponía a que semejante desesperada aventura pudiera lograrse, eran tantos los obstáculos y los riesgos que no había prácticamente posibilidad de éxito. Además, en rigor, nadie sabía en busca de qué se iba y se tardaron muchos años en tener idea de lo que se había hallado.

Poco se sabe de Colón, pero aunque supiéramos más no por eso tendríamos una explicación más clara de su enigmático caso. Sus contemporáneos lo veían más como un mago o como un adivino que como un navegante. Su propio hijo Fernando, cuando se pone a escribir la vida de su padre, confiesa esta sensación de asombro y extrañeza: «la mayor parte de sus cosas fueron obradas por un misterio». El misterio comienza por el nombre, que más que apelativo de cristiano común parece conjuro o invocación de cabalistas. Su hijo Fernando lo señala y posteriormente los poetas como Claudel, se han estremecido ante esta especie de mandato mágico oculto en aquel

nombre: Colombo, de la paloma que regresa de las tierras emergidas del diluvio con una rama de oliva, y Cristóbal, del gigantón de la leyenda santa que lleva a Cristo de una orilla a la otra del agua infranqueable.

Era un marino avezado. Antes de la aventura del descubrimiento llevaba veintitrés años de navegación por todos los mares conocidos de Europa: había recorrido todo el Mediterráneo, conocía el Atlántico Norte hasta Inglaterra, había bajado por la costa de Africa más allá de la línea equinoccial. También se había aventurado en el interior del gran océano, según él mismo lo recuerda: «En el año de 1477, por febrero, navegué más allá de Tulé cien leguas.»

No sólo había navegado extensa y útilmente, sino que leía a los cosmógrafos y consultaba los portulanos. Pero también buscaba señales y anuncios en los libros proféticos y en las intuiciones de los autores antiguos. Repetía con insistencia la profecía de Séneca de que vendría un tiempo en que el Mar Océano aflojaría sus cadenas y aparecería una nueva tierra.

Podría hacerse todo un maravilloso itinerario de cómo Cristóbal Colón fue encaminado a América. Un itinerario que tendría que arrancar muchos años antes de 1492 con los primeros anuncios y visiones de lo que podía haber en el Mar Océano y más allá. La búsqueda de la Gran Isla Antilia, el encuentro del mar del lodo, la llegada por occidente a las tierras del Gran Khan y del Preste Juan de las Indias.

Es todo un itinerario de mapas, de navegaciones, de libros y de profecías el que lo encamina al gran viaje. Cuando finalmente sale, en realidad no comienza sino que remata una larga empresa de adivinación y creencia.

Existe toda una serie de azares que lo favorecen. Por estar al servicio de la reina de Castilla tuvo que recalar en las Canarias, si hubiera estado al servicio del rey de Portugal y hubiera tenido que hacer escala en las Azores, no hubiera podido llegar porque el régimen de los vientos en el Atlántico hacen muy difícil la navegación a vela hacia Occidente a esa altura.

La tenacidad con que se aferra a la esperanza de llegar

pertenece enteramente a su raíz sobrenatural. Está convencido contra todos de que va a llegar.

De los mapas, las profecías y la observación de las estrellas, pasa finalmente a los pájaros. Son los pájaros los que lo enrumban en la última etapa. Gaviotas, alcatraces, cola de horca.

En las transcripciones del perdido Diario de Navegación que salvó el padre Las Casas, anota el Almirante, el domingo 7 de octubre de 1492: «pasaba gran multitud de aves de la parte del Norte al Sudoeste por lo cual era de creer que se iban a dormir a tierra o huían quizá del invierno».

Son esas aves las que lo deciden a cambiar de rumbo. Va a seguirlas sin vacilación. Son ellas las que lo conducen hacia la primera tierra. Siguiendo a los pájaros llegan los tres barcos a la ribera de San Salvador. El diario lo dice hermosamente: «sabía el Almirante que las más de las islas que tienen los portugueses por las aves las descubrieron, por esto el Almirante acordó dejar el camino del Oeste y poner la proa al Oestesudoeste con determinación de andar dos días por aquella vía».

Fueron aquellas aves las que lo trajeron en los días finales hasta la nueva tierra. Podríamos decir que al Nuevo Mundo se llegó por muchos caminos de prodigio y que el último tramo fue el de los pájaros que venían a anunciar la tierra próxima.

Fueron ellos y ninguna otra causa los que determinaron que se torciera el rumbo de la navegación y que se llegara primero a las Antillas. El destino de América comienza con el vuelo de una bandada de aves.

No ha habido mañana como la del 12 de octubre de 1492. Nunca el comienzo de un nuevo día pudo tener tal poder de emoción sobre un puñado de seres humanos. Los tres pequeños barcos cabeceaban al paio frente a la tierra desconocida y nunca vista. Las primeras luces fueron pintando el perfil de la costa, el borde de espuma de la ola, algunas palmeras, figuras humanas semidesnudas y grandes aves marinas en bandadas. En las naves todo era asombro, confusión y rezos. Alguien comenzó a recitar la Salve.

Habían hallado tierra. No estaban perdidos. Todo era posible ahora que habían renacido del mar. Formulaban las primeras comparaciones, las primeras metáforas. La luz, el paisaje, las plantas, los pájaros, nuevos y sin nombre, les recordaban, por vagos y caprichosos parecidos, el remoto mundo de la aldea nativa. Los pájaros cantaban como ruisñores de Castilla, dirá Colón.

No era el descubrimiento de una tierra por los hombres de otra tierra. Era mucho más y por eso fue difícil interpretarlo y comprenderlo. No era que España había

* *El Nacional* - Caracas: Domingo 12 de octubre de 1969.

descubierto a América, como todavía dicen los manuales de la peor historia. No había todavía España y mucho menos había América. Hubo el encuentro de dos mundos que estaban en dos momentos de humanidad y de destino que no coincidían. Los hombres que venían en las carabelas podían identificarse por algunas pocas cosas fundamentales. Eran cristianos y venían en nombre de la reina de Castilla, su patrona. No estaba completa todavía la geografía de Castilla y mucho menos la de España. Venían allí gentes de los varios reinos hostiles y particularistas. Había castellanos de la Castilla Vieja y de la más Nueva. Gentes de la frontera con el moro. Gentes del contacto de las tres religiones de judíos, moros y cristianos. Cristianos viejos y cristianos nuevos. Había gentes del Cantábrico, como Juan de la Cosa, y gallegos, andaluces, vizcaínos y gentes de los viejos reinos de León y de Aragón. Y algún judío converso y algún morisco. Y el gran genovés que había imaginado la increíble aventura.

España estaba en el proceso de escoger alguno de sus destinos posibles. Había escogido, bajo Isabel y Fernando, el camino de la unidad política y espiritual. Se tomó a Granada, se adquirió Navarra y se expulsó a los judíos y los moriscos. A la hora en que nacía el capitalismo se formó un país para la inquisición, la cruzada y la salvación del alma.

Tampoco había esto que ahora llamamos América. Había apenas una de las Américas posibles. La del indígena en el aislamiento universal. Naciones de una misma raza dispersas en una inmensa isla interoceánica que se extendía de polo a polo. Los recién llegados no supieron siquiera cómo llamar aquello que habían encontrado. Pensaron que habían llegado a la costa oriental de Asia, a las tierras del Preste Juan de las Indias, y llamaron indios a aquellos seres primitivos e inocentes que les hablaban en una lengua ininteligible. Han podido igualmente llamarlos chinos. Más tarde se dieron cuenta de que eran islas, mucho más tarde se percataron de que era todo un continente nuevo, pero lo siguieron llamando las Indias. Si tanto tiempo se tomó para conocer, mucho más tiempo se tomó para comprender.

Tanto los que llegaron como los que los recibieron, por las buenas o por las malas, empezaron de inmediato a ser otras gentes. No se pudo trasplantar la España que se estaba haciendo en el siglo xvi, y tampoco pudo continuar la civilización aborigen. Nació otra cosa distinta que fue en realidad el Nuevo Mundo.

Los hombres que vieron aquel amanecer ya no pudieron seguir siendo los mismos que antes fueron. Había comenzado un inmenso proceso de creación y transformación, que se iba a extender sin tregua a todo el planeta. Porque había ocurrido aquel encuentro el futuro de todas las gentes quedó modificado y condicionado. Para los que vinieron y para los que se quedaron a la sombra de las torres viejas de la ciudad natal. Porque los aventureros de los tres barcos se encontraron con los habitantes del continente sin nombre, el destino de los españoles, ingleses, franceses, holandeses y asiáticos fue distinto. Vinieron los viajes de descubrimiento geográfico, se crearon los imperios universales, surgió el comercio mundial y el capitalismo y se hizo posible y necesaria la revolución industrial y la revolución democrática.

Todo eso asomó por primera vez en la madrugada del 12 de octubre. Sólo que fue mucho más tarde cuando los hombres pudieron darse cuenta de todo ello.

Insistentes y significativas intentonas se han hecho, a lo largo de cuatro siglos, para despojar a Colón de la gloria del descubrimiento de América. Se han señalado en muchas formas, generalmente vagas, las visitas hechas por europeos al desconocido continente, de las que el gran navegante tuvo conocimiento y tomó base para su expedición. Nada se había podido probar hasta ahora y, por lo demás, la posible llegada de algún marino de occidente a tierra americana, con anterioridad al año de 1492, en nada despojaría a Colón de su hazaña, pues fue él quien reveló la existencia de las nuevas tierras y quien abrió en la historia el decisivo tiempo de la incorporación del Nuevo Mundo.

De estas hipótesis de anticipación ninguna ha sido más tenaz ni ha parecido tener mejor base que la que atribuye a los audaces navegantes vikingos, partidos de Noruega, el primer contacto con el nuevo continente. En efecto, los vikingos desde los siglos x y xi, siguiendo a sus grandes exploradores, Erik el Rojo y Leif Erikson, navegaron el gran océano desconocido hacia el Oeste. Descubrieron Islandia y Groenlandia, y nada tendría de im-

posible que desde allí hubieran avanzado, en algún momento, hasta la costa de Labrador en la América del Norte. Es lo que se ha dicho y supuesto muchas veces, aunque sin ninguna base documental.

Todo esto cambia el año de 1965, cuando la Universidad de Yale, en los Estados Unidos, publica como primicia extraordinaria un libro que se titula *The Vinland Map and the Tartar Relation* («El mapa de Vinlandia y la relación tártara»). La sabia y prudente Universidad anuncia el hecho como una «dramática novedad» que presenta «documentos que contienen materiales en textos y mapas de que no se tenía conocimiento por ninguna otra fuente».

La historia de esta publicación parece casi una novela de aventuras. El año de 1957 un librero anticuario de la ciudad de New Haven, donde tiene su asiento la Universidad de Yale, adquirió, en una encuadernación moderna, un manuscrito y un mapa del siglo xv que contenía la descripción, hecha por un desconocido religioso llamado C. de Bridia, del viaje misionero que el año de 1245 llevó hasta Mongolia a Fray Juan del Plano Carpini. A juicio de expertos el texto y el mapa habían sido copiados de un original anterior, hacia el año de 1440, es decir, más de medio siglo antes del descubrimiento de América y en ambos se habla de la llegada de los vikingos a una nueva tierra occidental que llaman Vinlandia y que describen en el mapa con algo del perfil de la costa del Labrador.

Aquello significaba que existía una prueba documental irrefutable de la llegada y el reconocimiento de las costas americanas del Norte por navegantes europeos cuatro siglos antes de Colón. Más tarde se completó el valor de la extraordinaria novedad al revelarse que el manuscrito y el mapa habían formado parte de otro volumen, constituido por la conocida obra de Vicente de Beauvais, llamada *Speculum Historiale*, de la que fue arrancado y separado en alguna desconocida ocasión.

La Universidad de Yale hizo estudiar los manuscritos por los más autorizados expertos en paleografía e historia, en los Estados Unidos e Inglaterra, y ante su opinión

favorable lo adquirió por una suma de alrededor de un millón de dólares.

La publicación levantó un vasto eco de comentarios. Los anti-colombistas se regocijaron porque la gloria del descubrimiento había sido arrebatada a los navegantes de las tres carabelas, para atribuírsela irrefragablemente a los nórdicos seguidores de Erik el Rojo. Los partidarios de Colón se limitaban a decir que, desde el punto de vista de la consecuencia y la significación históricas, para el mundo occidental y para la humanidad entera, no había habido verdadero descubrimiento antes de la proeza de 1492.

Nadie parecía poder dudar de la autenticidad del hallazgo. Los expertos habían estudiado exhaustivamente la redacción, el papel, la tinta, las referencias y todo cuanto pudiera arrojar luz, sin parar mientes en que constituía un caso de extraordinaria extrañeza. Resultaba ser el único mapa conocido hecho por los vikingos, que no parecían haber conocido la cartografía para sus rudas aventuras de mar, y constituía el extraño caso de que una parte de un manuscrito histórico tan conocido y consultado como el de Beauvais hubiera desaparecido sin dejar huellas hasta su reciente aparición en la casa de un librero.

Siete años después de la publicación, hace poco, nuevas pesquisas revelaron que manuscrito y mapa eran una falsificación, que no podía haber sido hecha antes de fines del siglo XIX, como lo revelaron ciertos componentes químicos que entraban en la tinta.

Con toda honestidad la Universidad de Yale anunció el hecho, el librero devolvió el precio, y el mapa de Vinlandia ha ido a reunirse en el Olimpo de las falsificaciones famosas con otros casos no menos célebres.

No quiere decir con esto que haya quedado cerrado el caso de Vinlandia y los vikingos. Gente empecinada seguirá buscando rastros y huellas de ese anterior y desconocido descubrimiento que no tuvo ninguna consecuencia, ni pudo influir en nada para añadir o quitar importancia a la obra extraordinaria que realizó Colón.

Es como si la gente que ahora cree que navegantes espaciales provenientes de lejanas constelaciones vinieron a colonizar la tierra hace millares de años, pretendieran con esto quitarle valor y significación al primer viaje de los hombres a la luna.

Bernal Díaz del Castillo fue buen soldado, pero no es por sus hazañas con la espada que ganó fama, sino por su maravillosa evocación de la conquista de México por Cortés. Pocos libros hay en la literatura universal que se puedan comparar a su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. El viejo guerrero octogenario, olvidado y recogido en Guatemala, se puso a escribir, con un extraordinario poder de evocación directa, todo lo que pasó en aquellas fabulosas jornadas. Los hombres, los hechos, los caballos con sus pelos y nombres, las angustias de las largas vigiliás, la presencia de Motecushoma y de los aztecas y la visión de la gran Tenochtitlán. Es un vasto, colorido y animado retablo, una especie de enorme lienzo de Tlaxcala tejido y labrado con palabras directas, que nos pone en presencia, casi como participantes, del gran suceso histórico.

Se enorgullecía Bernal particularmente de ser acaso el único que había tomado parte en las tres expediciones sucesivas que intentaron el descubrimiento y la conquista

del país de los mexicas. Había salido con la primera expedición, la de Francisco Hernández, en 1517; luego, el año siguiente, en la de Juan de Grijalba, que llegó hasta Yucatán y Pánuco, y, por último, en la definitiva de Hernán Cortés.

De todas las fascinantes cosas que cuenta el soldado cronista hay una, acaso secundaria y hasta insignificante, que siempre me ha complacido recordar. Tan de poca monta debió parecerle que tachó el pasaje correspondiente en el manuscrito original, después de haber puesto como conclusión: «Bien sé que dirán que no hacen al propósito de mi relación estos cuentos viejos, y dejállos he.»

El cuento viejo es simplemente éste. Durante la expedición de Grijalba, en tierra de Pánuco, por huir del calor y de los mosquitos, Bernal y otros soldados subieron a pernoctar en unas altas casas indígenas. Habían traído su mundo en su barco. Así como trajeron caballos, mosquetés, vino y aceite, trajeron también naranjas. La noche de Pánuco Bernal sembró en la nueva tierra unas semillas de naranja. Las pepitas de la última que se había comido. Cuando más tarde volvió con Cortés halló que la planta había crecido. Y él añade con orgullo: «de allí se hicieron de naranjas toda aquella provincia».

Esta no es, seguramente, la menor de las hazañas que realizó el viejo Bernal. Era simplemente la forma ejemplar del encuentro de dos culturas y el comienzo del largo proceso de mestizaje del que iba a nacer un verdadero Nuevo Mundo. El naranjo de las Hespérides junto al templo mexicano, como después iba a estar la palabra castellana junto a la voz náhuatl y se iban a mezclar y combinar gustos, usos y estilos en la creación de un hecho humano nuevo.

Esa siembra nocturna y casi furtiva de naranjas en la noche mexicana es también buena prueba de la voluntad de permanecer. Quien siembra es porque espera cosechar. Los hombres del nopal iban a conocer la naranja y a hacerla suya. Y los soldados no venían a un transitorio viaje de rapiña, sino a un indefinido proceso de incorporación. Venían, fatalmente, a dar y a recibir. A dar

* *El Nacional* - Caracas: Domingo 2 de febrero de 1969.

su mundo y a recibir el otro para que ya más nunca ninguno de los dos, en presencia, pudiera continuar siendo el mismo.

Este es el gran hecho fundamental que hace la originalidad y marca el destino de la América Latina. Ni somos la continuación de los indios, ni somos una factoría europea en tierra extraña. Somos la confluencia de muchas corrientes culturales y humanas en rico contraste y fecunda presencia. Por eso podemos tener un carácter y un destino y un papel en la historia. Nuestro título es nuestro mestizaje cultural.

Su identificación hay que rastrearla en ese trasfondo de la historia, de la cocina, de la casa, del culto, de la artesanía, del lenguaje, de la plaza mayor, que los cronistas generalmente no refieren, engolosinados en la descripción minuciosa de las guerras o de las exterioridades del poder, a menos que se les escape, contra su voluntad, como en la tachada nota del manuscrito de Bernal, que a cuatrocientos años de distancia no huele a archivo, huele a naranja.

El año de 1550 el emperador Carlos V ordenó detener la conquista de América hasta que una junta especial de teólogos y juristas decidiera cómo podía proseguirse la colonización de una manera justa y sin daño para la conciencia del rey.

Pocos meses después se reúne en Valladolid un grupo de hombres eminentes en derecho y religión para oír, en torno al mismo problema, el debate entre el gran humanista Juan Ginés de Sepúlveda, que sostenía la vieja tesis aristotélica sobre la esclavitud natural, y el ardiente alegato de Fray Bartolomé de las Casas, ya viejo y para entonces obispo de Chiapa, que consideraba contrario a todo derecho humano y divino el dominio que los españoles ejercían sobre los indios y sus tierras.

En esa grave y extraordinaria crisis de conciencia de la Corona española, que desemboca en las Leyes Nuevas de 1542, en la suspensión temporal de la conquista y en el debate de Valladolid, desempeña un papel preponderante y desproporcionado a sus fuerzas aquel dominico. Llevaba para entonces cerca de cincuenta años de conocer las tierras y las gentes del Nuevo Mundo, y la mayor

parte de ellos los había consagrado a luchar desesperada y tenazmente contra la injusticia para con el indio. Habló, disputó, escribió, en una forma incontenible y constante, y logró que un gran poder imperial, por la primera vez en la historia, se detuviera preocupado a considerar el derecho que podía invocar para sojuzgar a un pueblo más débil y de otra civilización.

El debate que planteó Las Casas, con tanta amplitud y decisión, sigue abierto y lleno de enseñanzas no sólo para la historia de América, sino para este mundo contemporáneo en el que tanto se retarda la liquidación definitiva del régimen colonial y las relaciones justas entre las naciones poderosas y las débiles.

En su larga lucha y en su vasta obra, Las Casas sostuvo puntos de vista que aún hoy no tienen la aceptación universal que merecen. Sostuvo que «todos los hombres, tanto infieles como cristianos, son seres racionales» y, por lo tanto, negó el derecho de conquista en nombre de una pretendida propagación de la civilización. No sólo afirmó que todos los hombres eran iguales en derechos y legítimos señores de su tierra, sino que añadió el concepto que todavía suena a ambición utópica de que «todas las naciones del mundo son hombres».

Mucho se ha criticado al combativo fraile su pasión y su tendencia a exagerar. Dos años después del debate de Valladolid publicó en Sevilla un pequeño libro bajo el título de *Brevísima descripción de la destrucción de las Indias* en el que, en la forma más dramática e impresionante, denuncia y presenta todo un vasto catálogo de las injusticias, crímenes y males que los conquistadores han cometido con los indígenas americanos. Se ha dicho que este panfleto contiene muchas exageraciones y que está sobrecargado de todos los aspectos negativos. Ciertamente, Fray Bartolomé no se proponía escribir una historia, sino conmover la conciencia de la nación española. Si luego los enemigos del poder español en Europa se valieron de aquel escrito para infamar y desprestigiar a España y alimentar la interesada propaganda de la leyenda negra, no podemos acusar por ello a aquel justiciero empedernido.

Ha faltado más bien quien señale claramente todo lo que significó que un gran poder mundial, como era la monarquía española del siglo XVI, no sólo consintiera en que semejante acusación pudiera plantearse y publicarse contra su propio interés imperial, sino que la acogiera con seriedad y preocupación y tratara de rectificar y cambiar en leyes y ordenanzas la forma de tratar a las naciones indígenas vencidas. Ningún otro poder dominante se ha preocupado nunca en igual grado por la justificación moral y jurídica de su expansión.

Las Casas personifica, en su obra y en su vida, uno de los aspectos más extraordinarios de esa extraordinaria obra que fue la creación del Nuevo Mundo. Puso en la formación y en la herencia moral de las nuevas naciones una imperecedera semilla de respeto por la justicia, que nunca ha cesado de hacerse sentir en toda la historia del nuevo continente.

Fue larga y sin tregua la existencia del fraile. Nacido en 1474, vino a las Indias joven, muy al comienzo de la empresa conquistadora, en 1502, con la gente del gobernador Ovando a la isla Española. Fue encomendero, dueño de tierras y esclavos, pero luego, a partir de la primera acusación del fraile Montesinos contra el sistema de encomiendas, comenzó a sentir la profunda contradicción moral entre su credo de cristiano y sus acciones de colonizador. Esa crisis lo lleva a la iglesia y a una lucha sin término que va a durar tanto como su propia vida de noventa y dos años.

Quien comenzó por adquirir una encomienda de indios terminará por dar instrucciones como obispo de que no se dé confesión a quienes no liberten previamente a sus indios y devuelvan todo lo que han ganado y mal habido con el trabajo servil de aquellos y con las tierras arrebatadas.

Es también el hombre que va a empeñarse en detener la ocupación del continente americano con aventureros y soldados y sustituirla por la emigración de labradores pacíficos con sus familias. Cree tan temprano en las formas de lo que hoy llaman como ideal difícil de alcanzar: la convivencia pacífica.

Más allá de la áspera y estéril disputa de leyendas doradas y negras, los hombres del mundo hispánico tenemos muchos motivos para volvernos con admiración y gratitud hacia la gran figura de Fray Bartolomé de las Casas, cuando se cumplen cinco siglos de su nacimiento.

La vasta plaza de Armas del Cuzco, con sus uniformes soportales de frío y sus erizadas torres de iglesias barrocas, no es sino media plaza. En la mitad de la vieja plaza incaica levantaron casas de españoles y así ha venido a quedar oculta aquella de la que salió para España y su destino el inca Garcilaso de la Vega. Varias veces la han derruido y reconstruido. El primero en quemarla y saquearla fue el alzado Gonzalo Pizarro, en las luchas civiles de la Conquista. Mucho más tarde, cuando ya todo era memorias, el terremoto de 1950, que arrasó la ciudad, la dejó en ruinas. Hoy está de nuevo en pie y abierta, con grandes arcos de piedra y un vasto patio de dos plantas. Nada queda del balconcillo donde se ponían los capitanes a contemplar las fiestas y que Garcilaso recuerda con tanta nostalgia.

Qué es nuevo y qué es viejo y auténtico en esta casa es un problema para arqueólogos. Viejos y auténticos son los sillares de piedra de los incas, sobre los cuales están levantadas las paredes de la casa castellana, como en la mayoría de las calles del Cuzco.

Pero para nosotros ésta es la casa del Inca. La casa

del hombre contradictorio y atormentado que llevaba en el espíritu el drama de la Conquista. Inca por la sangre y la enseñanza de su madre, la fiusta Isabel Chimpu Oclo, y castellano por la de su padre, el capitán Garcilaso de la Vega. Su vida es el resultado de esa contradicción fecunda. Por eso Garcilaso es el primer gran escritor americano en quien se refleja, con extraordinaria magnificencia, el rico fenómeno del mestizaje cultural que está en el nacimiento del espíritu hispanoamericano y que sirve mejor que nadie para tratar de entender la peculiaridad creadora de la condición hispanoamericana.

La casa del Inca Garcilaso en esta ciudad del Cuzco, que a ninguna otra se parece en el mundo, estas plazas de arcos, estas calles estrechas de muros de piedra antigua, este valle color de mostaza, este cielo de tanta luminosidad y transparencia y este aire delgado y frío de la altura escondida. Todo aquí es contrastado y enigmático y lleno de significaciones inagotables. Por las calles se oye el castellano y el quéchua, como en los días de Pizarro. Con su menudo trote danzarino pasan indígenas cargados con inmensos atados. Las mujeres descalzas, con sus anchas enaguas y su sombrero alto de toquilla llevan, como un fardo vivo, el niño a la espalda y caminan hilando sin término un hilo de destino. En los andenes, inmóviles, hipnotizados, mascan coca y están como al margen del río del tiempo. Son ojos de mil años, que parecen mirarnos al través de una espesa bruma de tiempo.

¿Qué increíble cataclismo de la historia arrastró estas iglesias de Castilla y las puso sobre los muros de los palacios de los incas? Esta es la cuestión fundamental que esta ciudad plantea y que estaba en el alma del Inca Garcilaso. En armoniosas letras castellanicas puso las narraciones orales que los viejos parientes del linaje de Manco Cápac le contaban en el ala de su casa donde residía su madre la fiusta. En la otra ala estaba el padre con sus guerreros y sus frailes y el preceptor con su catecismo y su gramática. En un lado le hablaban de Viracocha y de Pacahacutec y en el otro le enseñaban a traducir a Cicerón y a entender a Santo Tomás de Aquino.

Quando ido a España y viejo escribe sus *Comentarios reales*, también los compone en dos partes separadas, la de los incas y la de los españoles, y las reúne en la dedicatoria a su madre, la princesa inca bautizada en la Iglesia.

Los recuerdos de su infancia son los de la conquista y el asentamiento de las dos culturas. Nunca llegan a estar en sosiego en su alma. En su tranquilo retiro de Córdoba, con recuerdos viejos de cuarenta años, reconstruye el drama del nacimiento del mestizaje cultural americano. Un día, de niño, lleva de regalo, de parte de su padre, las primeras uvas cosechadas en el Cuzco a las casas de los conquistadores. Cuenta cómo mientras llevaba con dos criados las fuentes de fruta, las iba comiendo.

Otro día, antes de partir, presencia la extraña ceremonia inesperada de la visita a las casas de los principales, de las cinco momias de reyes incas que ha reunido Polo de Ondegardo. Iban por la calle en andas, cubiertos de lienzos blancos y los indios los acompañaban llorando y clamando su dolor.

Ninguna ciudad dice tanto y tan vivamente sobre ese complejo proceso no terminado de encuentro total entre dos culturas tan remotas y ajenas, como el Cuzco. Pasar por sus calles es mirar viva la historia de las dificultades y peculiaridades del alma americana.

Y ningún libro expresa mejor esta condición que el del Inca Garcilaso, que tan entrañablemente vivió en su alma el drama del encuentro. Muchas veces debió preguntarse quién era, bajo su sotana de clérigo y bajo su nombre castellano, que es la misma pregunta que durante más de cuatro siglos ha venido haciéndose con angustia el alma americana.

Todo el Cuzco extraño y maravilloso es la casa del Inca Garcilaso, y él es el prodigioso fantasma que la habita y la explica.

El pequeño tren se adhiere, como un gusano temeroso, al borde izquierdo del estrecho y alto cañón del Urubamba. El río torrencioso brama y blanquea entre las peñas, manchando de espuma y salpicones de agua las inmensas paredes lisas de granito oscuro, que suben hasta la neblina de las cumbres. Se desprende de los altos valles de la cordillera del Cuzco y corre por la angosta garganta hacia la selva tropical y hacia la dilatada soledad del Amazonas. Los caminos del Inca iban por las cumbres de nieve, hilando picos y bordeando despeñaderos.

Desde la meseta fría y terrosa del Cuzco vamos bajando hacia el norte. Ya no son los aislados bosques de eucaliptus y el paso silencioso de las llamas lo que se mira en las pequeñas vegas. Es la avanzada de la selva tropical que trepa con sus lianas, sus helechos gigantes, sus inmensas ramazones tupidas.

Hay un punto estrecho donde después de horas de rodar nos detenemos. El inmenso surco de piedra no ha variado. Nada se ve en la soledad agreste e inaccesible que se adelgaza en la cumbre.

Haciendo zig-zag subimos en el pequeño autobús. El

camino es estrecho y polvoriento. Cuando parecemos haber llegado a la cumbre nos detenemos en un espacio abierto donde se alza una posada sin gracia. De allí seguimos a pie por la cuesta pedregosa unos doscientos metros y de pronto desembocamos en el increíble escenario.

Machu Picchu se abre de pronto como un relámpago verde y gris. Es un declive lento, en gradas, en forma de anfiteatro triangular. Todo lleno de casas, de terrazas, de estructuras, de edificios vacíos y de caminos y escalinatas. Desde la base estrecha hasta la parte más alta y extendida se abre como un abanico. Las terrazas de cultivo y las filas de casas suben las unas sobre las otras, como en una escala de amplitud y fuerza que intentara sobrepasar las cumbres. Por todos lados, como una guardia sobrehumana, asoman los picos cónicos de la cordillera rodeando este escenario inaccesible.

Todo aquí es sobrecogedor e imponente. ¿Cómo hicieron para labrar estas piedras o para elevarlas hasta aquí aquellos hombres antiguos que no conocieron ni el buey, ni el caballo, ni la rueda, ni la polea, ni el hierro? ¿Cómo se construyó este ordenado milagro y para qué?

Son preguntas sin respuesta, que el asombro inagotable apenas formula mientras contemplamos aquello como una visión sobrenatural.

La ciudadela de las cumbres permaneció sin ser encontrada desde la conquista española hasta que, en 1911, la descubrió el arqueólogo norteamericano Hiram Bingham, a la cabeza de una expedición de la Universidad de Yale.

Es, seguramente, aquella legendaria Vilcabamba la vieja, que nombran los cronistas españoles, donde se refugiaron, después de la derrota, el inca Manco II y los tres hijos que le sucedieron hasta 1572. Nunca pudieron llegar hasta allí los soldados de Pizarro ni los del virrey. Algunos religiosos agustinos parecen haberse acercado a ella, según la crónica de Calancha, pero cuando, al fin, atraparon en la selva tropical a Tupac Amaru, el último inca, nadie más llegó a la ciudad legendaria ni supo de ella por casi cuatro siglos.

Era muy pequeña e inaccesible para ser una ciudad.

Podía haber sido concebida más bien como una fortaleza para vigilar el camino de la selva o como un sagrado santuario de sus dioses.

Bingham halló todo en soledad e invadido por la maleza. Fue poco a poco, bajo el machete de los peones, que apareció el prodigioso escenario. Nada quedaba, o no fue hallado, de los grandes tesoros que Manco II se llevó del Cuzco en oro y plata ornamentales. Aparecieron algunos cementerios formados en las grietas de la piedra. Los más recientes eran casi exclusivamente de mujeres. Debieron ser las mujeres escogidas para el culto y el cuidado del inca, que fueron muriendo solas, en aquella soledad impenetrable, alimentándose con lo poco que podían cultivar en las viejas terrazas. Después no quedó sino la piedra y el silencio.

No hay monumento comparable en toda América. Nada semejante hizo el hombre antiguo americano que pueda acercarse siquiera a la grandeza y sobrehumana dimensión material y moral de aquel conjunto.

Camina uno sin terminar nunca por las calles, por las escaleras de piedra, penetra por las puertas trapezoidales, palpa los muros de roca perfectamente cortados y ensamblados, entra en los que debieron ser recintos del rey o de los dioses, se asoma al cimero observatorio con su piedra tallada en torno a la cual gira el sol en su viaje anual, como si estuviera atado a ella. Gradas sobre gradas suben las construcciones, hasta que las últimas rematan sobre los muros del abismo y la procesión de cumbres que parecen congregadas para un rito de cíclopes o de dioses.

Hay que sentarse entonces en una piedra, a la sombra de un muro para pasear, con pasmo renovado, la mirada sobre aquel testimonio increíble, sobre aquella obra incomparable, sobre aquel escenario de sombras borradas y de dioses idos.

Miro al muchacho quéchua que se ha puesto en cucullas a mi lado, con su rostro impasible y sus ojos perdidos, y pienso que sería inútil preguntarle.

El tronco de donde brotó la prodigiosa flor del genio de Bolívar había estado plantado en tierra venezolana por dos siglos. Fue una casta venida en el tiempo de la Conquista, crecida, moldeada y madurada en la evolución del país y de sus gentes, que, en muchas generaciones, recibió el aporte de las sangres fundadoras y que llegó a ser el resultado y la personificación magnífica del carácter y de los rasgos de una nueva nación. Si alguien podía sentirse plenamente de Venezuela en su tiempo, era Simón Bolívar.

Con el mismo nombre aparece la casta en el alba de la fundación. Simón de Bolívar, hidalgo vizcaíno, nacido en Marquina hacia 1532, a los veintisiete años resuelve venir a las Indias.

En un galeón de aventura y esperanza llega a Santo Domingo. Era el umbral del Nuevo Mundo. El eco y el resplandor de las vastas tierras continentales reverberaban en la alucinada ciudad que fundó Colón. De allí habían salido Cortés y Pizarro, y Balboa, a encontrar in-

* *El Nacional* - Caracas: Domingo 24 de septiembre de 1967.

mentos reinos de oro y desmesurados océanos. A los oídos del hidalgo Bolívar llegaban las historias y las consejas de la Conquista. A su mesa de escribano llegaban los aventureros con las visiones de nuevas tierras y ricas minas. Mucho debió hablar de El Dorado.

En 1567 se había fundado, ciudad en el papel y pobre aglomeración de chozas en la realidad, la ciudad de Caracas en la olvidada Gobernación de Venezuela. Entre tanto se ha casado el escribano Bolívar y le ha nacido el primer hijo americano en Santo Domingo. Lo llama también Simón de Bolívar, como con un curioso propósito de reiterar y afirmar su nueva presencia en la nueva tierra.

En 1589, acompañado del mozo, que ya tiene veinte años, se viene a Caracas. En el pobre y desamparado poblachón lo reciben con aprecio y honores. Es secretario del gobernador y más tarde Contador de la Real Hacienda.

Los vecinos, cansados del olvido de la Corte y de su pobreza, lo envían en 1592 como procurador de la Provincia ante el Rey. Se presenta ante Felipe II el primer representante de Venezuela. Se llama Simón de Bolívar. Obtiene algunas mercedes y alivios para la dura situación de la provincia. Y la concesión de un escudo de armas para Caracas.

Dos siglos más tarde, el primer representante que designa la revolución venezolana en 1810, ante el mundo europeo, es Simón Bolívar.

Al regreso vuelve a su contaduría. Entretanto ha muerto su mujer en Santo Domingo. Va más tarde de juez de Cuentas a Margarita, y en 1600, ya viejo, contrae segundas nupcias en Caracas. No se ha logrado saber cuándo murió, ni dónde está enterrado.

Su hijo, Simón de Bolívar el mozo, casó en 1592, en Caracas, con Beatriz de Rojas, hija del conquistador Alonso Díaz Moreno. En 1593 le hacen merced de la encomienda de San Mateo en los Valles de Aragua. Comienza allí la secular vinculación de la familia Bolívar con esas tierras. Levantarán la casa que señorea, desde la falda del monte, los anchos campos de sembradura.

En 1596 le nace un hijo, Antonio de Bolívar y Rojas, que será el primer Bolívar venezolano.

Más tarde enviuda, se hace sacerdote y se retira a los campos de Aragua como Visitador Eclesiástico.

Tampoco se sabe cuándo murió, ni dónde quedó enterrado. Como si se quisiera simbolizar que se disuelven en el tiempo y en la tierra para darse de manera más cabal.

Lo que viene después es la lenta sucesión de generaciones y mezclas, de terratenientes, cabildantes, jefes de milicias, que se transmiten, en línea ininterrumpida, la sangre y el nombre del viejo hidalgo vizcaíno, hasta que el 24 de julio de 1783, nace en la casa solariega de Caracas, de don Juan Vicente de Bolívar y Ponte y doña Concepción Palacios Blanco, un niño a quien en la pila bautismal llaman Simón, como para retomar en un nuevo recomienzo el nombre y el gesto del fundador.

Era ese párvulo el que iba a completar la obra que habían llevado adelante sus generaciones de abuelos de hacer un país y era también él quien había, de manera magnífica e insuperable, de representarlos a todos, según sus propias palabras: «en presencia de los hombres y en presencia de la posteridad».

Vengo de asomarme a España fuera de estación de turismo. En cierto modo regresada a sí misma en el rescaldo del invierno, en un tiempo claro y transparente, frío y limpio como un cristal para mirar al pasado y al presente, sin la muchedumbre perturbadora de los visitantes temporales que inundan y enturbian el paisaje humano.

Está ahora a un tercio de siglo del fin de su apocalíptica guerra civil, del momento en que el cisma político europeo desembocó y se apoyó en ella para desatar su ciega violencia y ensayar sus peores armas, en el fértil terreno de la pasión y de la sed de absoluto del alma española. Ha ido emergiendo, por fuerza misma de las circunstancias favorables y adversas creadas por la estrechez, el rigor y el aislamiento de la dictadura un nuevo tiempo y una nueva posibilidad. La guerra, por más que se trate de recordarla, ya no constituye experiencia vital para más de las dos terceras partes de los españoles. Ha habido un crecimiento económico de vasta dimensión que afecta todas las formas de la vida, el turismo ha puesto todo el país en contacto con una continua y desmesurada

invasión pacífica de extranjeros de todas las layas, lenguas y mentalidades. Han surgido ciudades nuevas y nuevas maneras de vivir. Por debajo de las instituciones formales ha ido apareciendo una sociedad que habrá de hallar su expresión en otras más adecuadas y flexibles. Hay una busca activa de modernidad en todos los cuadros sociales, que miran más hacia la Europa del futuro que hacia la panoplia de la vieja historia y los viejos valores. Se oye hablar más de tecnología que de casticismo y de macro-economía que de mística. Con todo lo que de tímido o de insuficiente puedan tener las nuevas instituciones políticas ensayadas para asegurar una transición hacia el futuro, es evidente que esa transición ha comenzado. Hay la semilla, todavía no germinada, de un parlamento y de una monarquía constitucional y se advierten abiertos los cauces para un reajuste de la vida política hacia las necesidades del presente. Muchas cosas han cambiado de signo. La Iglesia misma, que por tanto tiempo simbolizó lo más tradicional del pasado, se ha abierto decididamente hacia la renovación, el cambio social y la modernidad política.

Todo esto está ocurriendo mientras la América Hispánica, a su vez, busca caminos eficaces para superar el subdesarrollo, el aislamiento y la dependencia. En las repúblicas americanas se ensayan hoy las más diversas fórmulas políticas en un esfuerzo inmenso hacia el crecimiento, el poder económico y el progreso social.

La más somera consideración de estas circunstancias y situaciones lleva a pensar que, en un mundo que tiende decididamente hacia las grandes concentraciones de poder, estos pueblos que tienen el raro privilegio de una lengua común, de una religión común y de un origen cultural común, pueden y deben hallar alguna forma inteligente de cooperar para el mutuo avance.

Hoy somos más de 200 millones de seres humanos los que hablamos español como lengua materna. Esto nos hace, después de los chinos y de los angloparlantes, en el tercer grupo lingüístico del mundo. La mera rata del crecimiento demográfico nos va a convertir en el segundo antes de doce años. Si llegáramos a unir en alguna

forma útil a todos los pueblos de civilización ibérica, separados apenas por la tenue barrera casi impalpable que distingue al español del portugués y que permitiría sumar al Brasil y Portugal, seríamos una veintena de naciones de común cultura y creencia, que representan hoy más de 300 millones de habitantes y que para la aurora del año 2000 podemos ser 500 o tal vez 600 millones de personas.

Si esa vasta porción de humanidad logra crear formas eficaces de cooperación, si salimos de la vieja pasión separatista de los pueblos ibéricos, si planeamos un desarrollo conjunto y equilibrado de nuestros recursos y posibilidades humanos y materiales, podríamos acercarnos al siglo XXI como uno de los más sólidos, homogéneos y poderosos bloques en el escenario del destino internacional.

No sumaríamos menos recursos naturales que las porciones representadas por anglosajones, soviéticos y chinos y japoneses, tendríamos una mayor homogeneidad cultural e histórica que la difícil comunidad europea separada por infranqueables barreras de lengua y creencia, y podríamos, entonces, crear grandes complejos industriales, extraordinarios centros de investigación y enseñanza, y formas de dignidad humana, que no sólo equilibrarían al mundo que comienza sino que lo enriquecerían de un modo eficaz.

Del pasado surgen infinitas razones que invitan al acercamiento. La historia nos ha regalado los más fundamentales instrumentos de unidad. Pero ahora no es por razón del pasado que debemos unirnos sino por exigencia y fuerza del futuro posible. Separados, entregados a la vieja guerra civil fría en que hemos vivido por siglos, no pasaríamos de ser los peones o los clientes de las grandes concentraciones de poder del mundo moderno. Unidos y sumados en nuestras capacidades y riquezas podríamos ser uno de los principales actores de la historia universal que ahora comienza. Con la legión de nuestras grandes figuras históricas y literarias a la espalda, como reclamo de acción, entraríamos a parte completa y decisiva en el escenario del mundo que está surgiendo ante

nuestros ojos. Desde la meseta castellana hasta el altiplano andino, y desde la pampa argentina y la selva brasileña, hasta el azul del Caribe y la meseta mexicana, empezaría a vivirse el más grande tiempo de los pueblos de raíz ibérica, al fin reconocidos, al fin conscientes de la incontrastable fuerza de su unidad.

El hispanoamericano que llega a España con ánimo desprevenido no puede dejar de sentir la presencia de una rica y atractiva posibilidad histórica. No es sólo la múltiple y poderosa presencia del pasado común que salta a la vista, al oído y al inconsciente histórico a cada paso sino, además, la evidencia del inmenso potencial de acción y creación que podríamos sumar hacia el futuro los pueblos hispánicos.

De esto hablé mucho con la hospitalaria gente española con la que estuve en contacto. Y a cada instante teníamos compartidamente la sensación de estar redescubriendo grandes verdades torpemente olvidadas.

No es cuestión de entregarse a un culto anacrónico y casi morboso de un pasado que ya no puede tener vigencia ni menos repetición en el mundo actual. No es para encerrarnos en un Escorial de prejuicios y orgullos impotentes ante la avalancha del mundo moderno sino precisamente lo contrario, para comprender todo lo que asociados podemos hacer para integrarnos y participar de una manera importante y positiva en ese mundo del fu-

turo lleno por igual de enormes posibilidades y de terribles riesgos.

El mundo moderno va a ser cada día más el de las grandes concentraciones de poder supra-nacionales que se cuentan por las más altas cifras de acumulación de capacidad de trabajo y producción y de progreso científico y tecnológico. En el panorama de la aurora del siglo XXI asoman las grandes sumas de poder de los Estados Unidos, la Unión Soviética, la nueva y creciente comunidad europea, China y el Japón. No se necesita tener dones de adivino para prever que se va a estructurar un gran bloque dirigido por Rusia, otro por los Estados Unidos y el mundo anglosajón, con el Canadá, Inglaterra, Australia, Nueva Zelanda y África del Sur, uno, completo o incompleto de la Europa Occidental y otro en Asia, cuyo destino se va a decidir por el juego político entre China, el Japón y la India.

¿Qué vamos a hacer los hispanoamericanos frente a esa perspectiva cierta? Vamos a continuar aislados, indiferentes, entregados a la idolatría del pasado o repitiendo el suicida exabrupto de Unamuno: «Que inventen ellos.» Hemos vivido todos demasiado tiempo en el retraso casi tribal y en un estado de guerra civil fría perpetua. Si continuamos separados y desdeñosos los unos ante los otros no pasaremos de ser espectadores pasivos de la historia o mero campo de expansión incontrastable para los grandes centros de acumulación económica y cultural.

Y sin embargo podría perfectamente no ser así a poco que nos diéramos cuenta de todo lo que podemos hacer juntos. Somos el más numeroso conjunto de pueblos occidentales con unidad de lengua, creencia y valores de civilización. Rusia es un mosaico de pueblos con lenguas distintas, la Europa de la Comunidad Económica está dividida por las lenguas, la religión y la historia, y los asiáticos o los africanos están fragmentados por lenguas, creencias y tradiciones aislantes.

Las cuatro lenguas más extendidas del mundo son el chino, con 750 millones de hablantes, el inglés con 300, el español con más de 200 y el ruso con alrededor de 200. Somos hoy, pues, la tercera comunidad lingüística

del mundo y las tendencias del crecimiento demográfico señalan que dentro de veinte años seremos seguramente la segunda.

Pero poco haríamos con ser más que los anglo-parlantes si no aprovechamos esa circunstancia extraordinaria para sumar capacidades y planificar la conquista del futuro. No nos van a preguntar cuántos millones de seres somos, sino qué volumen de producción de acero, qué nivel de Producto Territorial Bruto, qué número de computadoras, qué número de técnicos o cuántos Premios Nobel de Física, Química, Biología o Matemáticas podemos exhibir.

Es aún más grande la tentación y la posibilidad de hacer algo por medio de la cooperación inteligente si tomamos como punto de partida la noción del mundo iberoamericano. Entre naciones de lengua portuguesa y de lengua española, en Europa y América, somos hoy más de 300 millones de habitantes, lo que ya nos coloca numéricamente por sobre la cifra de los pueblos anglosajones.

Si ese inmenso número de hombres, con comunidad cultural fundamental, que poseen inmensos territorios y recursos naturales y potenciales en desmesurada escala, llegaran a un acuerdo que les permitiera sumar fuerzas para el progreso económico y cultural, el mundo del futuro inmediato vería aparecer una de las más grandes y homogéneas concentraciones de poder que pueda existir.

Sería una mengua imperdonable que para el año 2000 los 500 o 600 millones de hombres del mundo iberoamericano contempláramos como pasivos espectadores el predominio universal de anglosajones, soviéticos o asiáticos, simplemente porque hayamos de continuar con la misma ceguera del pasado alimentando la guerra civil fría que nos paraliza e ignorando las fabulosas posibilidades de crecimiento y poder que están a nuestro alcance.

Se ha conmemorado otro 12 de octubre. Discursos, desfiles por las calles y ceremonias públicas han señalado su paso en todas las capitales de América. En los Estados Unidos ha sido el Día de Colón, que los italoamericanos celebran como cosa propia. En España y en algunos países hispanoamericanos ha sido el Día de la Raza. Nadie sabe lo que esto significa. En otras partes ha sido simplemente un nuevo aniversario del Descubrimiento de América. Mejor dicho, del desembarco de Colón y sus tres naves españolas en una isla de las Antillas el 12 de octubre de 1492, al amanecer.

Si regresamos a las cosas obvias de ese gran hecho ocurrido hace 475 años encontraremos algunas útiles y olvidadas verdades. Ni fue Colón, solo, quien vino. Ni vino con él ninguna raza. Ni tampoco fue América lo que encontraron, ni mucho menos lo que creyeron encontrar.

Europa no buscaba un nuevo continente, sino una nueva ruta para ir al Asia. Los turcos habían cerrado el viejo camino del Mediterráneo Oriental. Era una empresa eco-

* *El Nacional* - Caracas: Domingo 15 de octubre de 1967.

nómica y era una empresa religiosa. La monarquía castellana, en su más grande hora de expansión, se atrevió a acometerla. Colón se dio cuenta de esto y por eso realizó la hazaña con los españoles.

Las tres carabelas fabulosas iban buscando, navegando hacia Occidente, las playas asiáticas del más remoto Oriente. Las tierras de los chinos del Gran Khan, las remotas Indias, los pueblos que producían la seda, la porcelana, la pimienta y el clavo de olor.

Colón sostenía que la tierra era más pequeña de lo que en realidad es y de lo que sostenían los maestros de la ciencia española. Creía que la distancia entre las playas de Europa y de Asia, al través del nunca navegado Mar Océano, era casi la mitad de lo que en realidad resultó ser. Creyó llegar a Asia porque hacia ella iba y porque topó tierra a la distancia aproximada que había estimado como la cierta. De otro modo, si no hubiera topado con una tierra nueva y desconocida, se habría perdido en el océano, como lo temían sus compañeros.

Casi treinta años le tomó a Europa darse cuenta de que Colón no había llegado a las Indias sino a un Continente desconocido. Sin embargo ya no hubo más remedio que seguir llamando indios a los habitantes de esa tierra ignorada.

Lo que había ocurrido el 12 de octubre fue el primer encuentro, conocido y de consecuencias, entre Europa y esa nueva masa continental sin nombre.

El encuentro fue primero de españoles e indígenas, pero más tarde toda la Europa contradictoria y batalladora se volcó en el nuevo espacio. Vinieron los portugueses, los franceses, los holandeses, a trasladar su guerra, su cisma y sus violentos apetitos contradictorios.

No surgió una América, sino un continente heterogéneo, mezclado y vario. Los franceses y los ingleses tomaron el Norte. Los portugueses media América del Sur. Holandeses, y corsarios de todas las nacionalidades se fueron a espumar el botín de las Antillas. A los negros los trajeron a la fuerza.

El traslado, la mezcla y las nuevas circunstancias no

reprodujeron en igual grado las distintas Europas metropolitanas. Hubo más mezcla y creación de nuevas formas sociales y culturales en las tierras de los españoles que en las de los ingleses. El gran proceso de mestizaje racial y cultural ha sido un fecundo fenómeno predominantemente latinoamericano.

Lo que en realidad podemos conmemorar ahora, con tantos nombres distintos y hasta opuestos, es el nacimiento de una inmensa posibilidad. La más grande de las posibilidades que en todo el tiempo histórico ha sido ofrecida a la humanidad. La posibilidad de la creación de un Nuevo Mundo.

Podríamos preguntarnos, cuatro siglos y tres cuartos después, si lo hemos logrado. No creo que haya quien se atreva a responder con entusiasmo por la afirmativa. Estamos muy lejos de ser ese Nuevo Mundo que vislumbraron los espíritus más altos de todo el proceso. Un Mundo que no heredara los errores, los vicios y las desgracias de Europa. No un anexo remoto e incompleto del Viejo Mundo sino un verdadero Nuevo Mundo.

Tal vez podría escribirse la Historia de América como el dramático y difícil camino hacia ese Nuevo Mundo, que estuvo ofrecido en la madrugada del 12 de octubre y que estamos lejos de haber realizado todavía.

La historia latinoamericana, después de la Independencia, no es sino el monótono recuento, a veces medido con un isocronismo de oscilación pendular, de caóticos ensayos de libertad y de largas y regimentadas opresiones. Esto ha creado desprestigio e incredulidad hacia la democracia. Los partidarios de los sistemas dictatoriales, en nombre del proletariado o de cualquiera otra deidad remota, aprovechan esas debilidades y esas fallas para acusar de anacrónica e ineficiente la llamada, con irónico calificativo, democracia formal.

La verdad es que no puede haber ni una democracia de pura forma sin contenido, porque sería una caricatura abominable que no podría sostenerse ni un momento, ni tampoco puede haber una democracia de contenido y objetivos, privada de libertad y sometida a regímenes dictatoriales. Puede que esos regímenes pretendan caminar por una vía segura, aunque difícil y larga, hacia una lejana y más genuina forma de democracia, pero por muy largo tiempo no son ni han sido otra cosa que formas dignificadas del despotismo.

* *El Nacional* - Caracas: Domingo 25 de septiembre de 1966.

Si la América Latina quiere ponerse a salvo de la amenaza de la reincidencia de sus viejas y abominables formas de gobierno de fuerza, o de la aparición de las nuevas dictaduras que oprimen en nombre de una lucha por la justicia, no tiene más alternativa que hacer eficiente y creadora la democracia representativa.

Eficiente y creadora ha sido en muchos países de la Europa Occidental, en Inglaterra, en Italia, en Bélgica, en Holanda, en Francia, en Alemania. Extraordinariamente eficiente y productiva ha sido en Estados Unidos y el Canadá, y nadie que no sea un racista confeso podrá sostener que este resultado no es una consecuencia del sistema, sino una derivación de las virtudes de los pueblos nórdicos o caucásicos.

Ha sobrevivido en la América Latina, ciertamente, una concepción muy siglo XIX, muy romántica, muy inadecuada de la democracia, como simple sistema de libertad de expresión y de reunión, que se resuelve en palabras vacías, en actitudes emocionales y en proclamaciones de principios sin aplicación práctica. Esa no puede ser la democracia por la que luchan los pueblos en desarrollo de este dramático, amenazado y prodigioso siglo.

La democracia que corresponde a este tiempo de los pueblos latinoamericanos tiene que salvaguardar la libertad, el derecho a disentir y el sistema representativo de gobierno, pero puestos al servicio, como instrumentos de probada eficacia, de una política de desarrollo nacional y regional.

El desarrollo es la cuestión fundamental. Si la democracia no asegura que se van a utilizar avaramente todos los recursos materiales, tierras, minas, energía, y todos los recursos humanos, mediante la educación de toda la población para la vida democrática, el trabajo productivo y la sociedad económicamente desarrollada, estará no sólo malbaratando recursos, hombres y oportunidades, sino además convirtiéndose en una causa de atraso.

Fortalecer y simplificar las instituciones representativas para lograr Gobiernos más homogéneos y opciones más claras para el pueblo frente a programas y finalidades definidas es la tarea de todos aquellos que quieren

una democracia verdadera como solución para los problemas de nuestro tiempo.

La ineficacia, la pugna palabrera, la fragmentación y atomización de la opinión y de las opciones, el olvido o desnaturalización de los fines inmediatos y mediatos de crecimiento económico y social sólo pueden conducir al fracaso histórico de la democracia en la América Latina.

Con alerta conciencia de los riesgos y de las posibilidades de estos planteamientos el Frente Nacional Democrático (FND) acaba de acordar, en su reciente Tercer Consejo Nacional de Dirigentes celebrado en Caracas, dos resoluciones de la mayor importancia.

Por medio de la una se propone la enmienda de la actual Constitución Nacional para que el presidente de la República sea, en lo sucesivo, elegido por mayoría absoluta de votos. Esto significa que el Jefe del Gobierno representará un programa y una decisión que ha sido, expresamente, la de más de la mitad de los electores y no los de una minoría, y que, por lo tanto, habrá más homogeneidad, más firmeza y más estabilidad en el gobierno democrático.

El otro documento recoge la preocupación por el deterioro grave de la situación económica y por las amenazas que se ciernen sobre nuestras posibilidades reales de desarrollo. Allí se pide que se prosiga la investigación del gasto público para su debida rectificación y reorientación, la suspensión de la discusión de las nuevas leyes tributarias, el estudio a fondo del nuevo Presupuesto nacional y, sobre todo, el examen, reestructuración y replanteamiento del Plan de la Nación, por una comisión representativa del más calificado nivel, a fin de que se conozcan claramente los recursos y los objetivos de crecimiento que van a determinar en los años venideros las etapas, las metas y las magnitudes seguras, para que Venezuela, sin tropiezos y sin caídas, alcance de manera indudable el rango de primera economía y primera sociedad industrial de la América Latina.

Esta es la respuesta válida y servidora de la democracia verdadera, frente a los riesgos, los desafíos y las posibilidades de nuestro agitado presente.

Los hispano-americanos hemos estado siempre en busca de modelos exteriores. Con los ojos vueltos hacia afuera y cerrados hacia adentro nos hemos afanado en importar instituciones, valores, estructuras sociales, en una especie de afán de lograr parecernos a alguien por la simple adopción, casi siempre exterior y superficial, de lo que otros pueblos han producido como efecto de su propia evolución interna.

En el momento de la Independencia, hace siglo y medio, afloró, de un modo incontenible, este afán de imitar lo ajeno. Durante tres siglos habíamos constituido una sociedad peculiar. Sin Gobierno propio, dependientes de una monarquía remota, bajo la obediencia espiritual de la iglesia, en una organización rígida con poca libertad y ninguna igualdad. Lo primero que se hizo fue buscar las instituciones políticas que nos parecían más perfectas y avanzadas y nacionalizarlas. Se buscó la Constitución de los Estados Unidos, que parecía entonces la más audaz novedad política, y se le incorporaron muchos principios que habían brotado al calor de la Revolución Francesa. El resultado tuvo que ser negativo. Uno de los rasgos in-

dudables del genio de Bolívar fue haber advertido con toda claridad esa peligrosa antinomia entre las instituciones adoptadas y la realidad histórica. Ya en 1812 lo dijo en su manifiesto de Cartagena, y lo reafirmó con extraordinaria penetración y conocimiento en ese documento fundamental del análisis de lo hispano-americano, que es su Discurso ante el Congreso de Angostura en el año 1819.

No podríamos pretender copiar pura y simplemente la república que se había proclamado en Filadelfia, porque la formación, la tradición y la composición de la América Hispana era diametralmente distinta a la de la América Anglo-sajona. Para ellos las libertades individuales y la asamblea deliberante eran viejas instituciones. Nosotros no habíamos pasado de tener un Cabildo aristocrático, donde la clase alta ejercía algunas limitadas prerrogativas. De un Gobierno sacralizado por la Iglesia y por la tradición íbamos a pasar, en instantes, a una república igualitaria, libre y popular.

Toda la revuelta historia de nuestra América en el siglo XIX y el surgimiento del caudillismo, pueden explicarse a la vista de esa contradicción fundamental.

Así como fuimos a buscar el liberalismo político en el ejemplo de los Estados Unidos fuimos más tarde, con religiosa emoción, a aprender el credo de los positivistas franceses. Estábamos convencidos de haber descubierto la panacea, todo podía reducirse a conocer y aplicar la verdad que estaba en las enseñanzas de Augusto Comte. Medio siglo de ensayos frustrados y de inadaptables utopías causó el positivismo a la criolla.

Tal vez habría que ir a buscar más lejos la raíz de esta inclinación a aceptar y adoptar lo que poco tiene que ver con nuestras realidades nacionales. Ya al día siguiente de la Conquista empezó el ensayo de modelos extraños de las más remotas e inadaptables fuentes. La Utopía de Tomás Moro se trató de implantar en México en el siglo XVI por Vasco de Quiroga. La misma visión utópica presidió el largo y curioso ensayo de organización social, que por dos siglos realizaron los jesuitas en las misiones del Paraguay. Todo pasó sin arraigar. En la

selva paraguaya quedan las ruinas de los templos de las reducciones, en los archivos mexicanos está la *Utopía* de Moro, anotada por Fray Juan de Zumárraga. Pero otras tentativas de adaptación dejaron su huella, a veces trágica y profunda.

Las tentativas liberales del siglo XIX alimentaron uno de los polos de la inestabilidad y la anarquía. A veces la doctrina importada vino como consecuencia de una realidad local, pero para desfigurarla. Estudiosos de la historia de Venezuela han señalado la estrecha relación que existe entre la extensión del cultivo del café y la aparición del partido liberal. El rápido desarrollo del café causó la desarticulación de los sistemas existentes de comercio, precios y crédito. Los nuevos cultivadores se hicieron enemigos de la situación existente y aspiraron a cambiarla en su favor. Sobre este descontento de los agricultores contra los comerciantes y el Gobierno existente se echaron las bases del partido liberal, que tan importante papel iba a desempeñar en todo nuestro siglo XIX. Pero nadie se acordaba del café y de los campesinos, sino de los modelos franceses, ingleses o norteamericanos que expresaban las más audaces formas del nuevo ideario.

A la hora en que los programas de desarrollo del Tercer Mundo han venido tropezando con crecientes obstáculos y en que una sensación de peligrosa frustración se extiende en los países afectados, surge naturalmente el problema de los modelos.

Muchos investigadores serios e imparciales de esa situación señalan, entre las causas, la rápida e inadecuada adopción de modelos de desarrollo de otros países de circunstancias distintas.

Gunnar Myrdal, el economista sueco que tanto se ha ocupado de los problemas de los países subdesarrollados de Asia, ha señalado este fundamental problema de la adopción de modelos incompatibles con las realidades locales y la necesidad de regresar a una nueva evaluación sincera y objetiva de las posibilidades propias de cada pueblo, a la luz de su pasado, de sus tradiciones y de sus valores.

Desgraciadamente, y pese a todo ello y a la larga experiencia negativa, seguirá siendo más fácil copiar una atractiva fórmula política o económica de algún país distinto, que enfrentarse seriamente con las duras condiciones y peculiaridades de la realidad propia.

El 15 de julio de 1799 el bergantín español *Pizarro*, después de haber atravesado el océano enfilaba con prudente lentitud las aguas que separan la Tierra Firme de la isla de Margarita. Los más desvelados y ansiosos ojos eran los de un rubio pasajero que estaba asomado a la borda del velero queriendo abarcar todo el cielo, el mar, la luz, los lejanos perfiles de los montes, el vuelo de las aves marinas.

Muchos años después, cuando se ponga a escribir el relato de su viaje, de vuelta a Europa, la emoción de aquel deslumbramiento no se habrá apagado de sus palabras. Habían encontrado dos breves piraguas tripuladas por indios de la costa de Cumaná. « ¡Qué riquezas contenían a nuestra vista las piraguas de aquellos pobres indios! Enormes hojas de Vijao (*Heliconia Bihai*) envolvías los racimos de bananos. La coraza escamosa de un cachicamo (*Armadillo, Dasypus*), el fruto de la *Crescentia Cujete* que servía de vaso a los naturales, que son los productos más comunes en los gabinetes de Europa, tenían

* *El Nacional* - Caracas: Domingo 14 de septiembre de 1969.

para nosotros un particular encanto, porque nos recordaban a lo vivo que, llegados a la zona tórrida, habíamos alcanzado el fin hacia el cual tendían hacía largo tiempo nuestros deseos.»

En dos piraguas de indios guaiqueríes el trópico se había presentado ante la vista de Alejandro de Humboldt para el más memorable y rico encuentro. Nadie amó más la naturaleza de la zona tórrida americana, nadie describió con tan penetrante pasión el paisaje y los seres que pueblan las regiones equinociales del Nuevo Mundo, nadie, ni antes, ni después, hizo más por dar a conocer al mundo culto la vida natural de la América Hispana.

Tenía treinta años Humboldt cuando desembarca en Cumaná. Todo le atrae y le deslumbra. Parecía escrito para él el verso de Goethe: «Ojos míos, todo cuanto habéis visto era maravilloso.» La muchedumbre cercana de las estrellas de la noche tropical. La temperatura del aire y del agua. Las rocas, las plantas, los animales. Y la gente. Se acerca a todos, a los funcionarios de la Corona española, a las casas de los criollos, a los esclavos, a los indios de las misiones, a los frailes. Con todos conversa y como un mago les revela la prodigiosa belleza del mundo que los rodea. Con su mula, sus instrumentos de medición, sus cuadernos, sus muestrarios y su grupo de acompañantes se interna por las soledades boscosas. Entrará por aquella boca del otro mundo que es la Cueva del Guácharo, pernoctará en los conventos perdidos entre las soledades, llevará, más tarde, a un grupo de caraqueños, raleado por la fatiga, a la primera ascensión a la cumbre del monte Avila. Su conversación fue fascinante. En las tertulias de las frescas y quietas noches de las villas coloniales hablaba de ciencias nuevas y de viejas civilizaciones. Hablaba también de las conmociones políticas que habían agitado al Viejo Mundo en los últimos diez años. Nacía un nuevo tiempo de la historia con la Revolución Francesa. Y debió hablar también de la gran revolución literaria que en su nativa Alemania comenzaba a realizarse en las obras de Goethe, Schiller y los Schlegel. Había estado en Weimar y sabía lo que era el romanticismo. Sus palabras caen en mentes despiertas

y ansiosas de saber y comprender. Los jóvenes americanos que lo han oído en alguna ocasión se llaman Bolívar o Andrés Bello.

Durante cinco años, desde 1799 hasta 1804, Humboldt recorre en su increíble viaje de descubrimiento científico desde Cumaná y Caracas hasta los llanos venezolanos y el enlace del Orinoco con el Río Negro en la selva amazónica. Va después a Cuba y vuelve al continente Sur recorriendo la actual Colombia, el Ecuador y el Perú. De Lima remonta en 1802 hacia el Norte para llegar a México por Acapulco. En 1804 regresa a Cuba, de vuelta a Europa.

Muchos más largos años le tomará a Humboldt ordenar, clasificar y describir los variados y desconocidos materiales y muestras que ha recogido. En una serie de obras extraordinarias, y particularmente en el extraordinario monumento bibliográfico que es la primera edición francesa del *Viaje a las Regiones Equinociales del Nuevo Continente*, presenta el descomunal balance de aquella empresa de civilización.

Para el mundo de su tiempo aquella obra ciclópea y reveladora llevaba la visión del trópico, con su misterio, su fascinación y su grandeza. Un poco como la piragua de los guaiqueríes la había llevado a él en el auspicioso amanecer de su llegada a Tierra Firme.

Han pasado los siglos y sigue plena de encanto la piragua de papel impreso que llevaba adentro el trópico.

Ahora se cumplen doscientos años del nacimiento de Alejandro de Humboldt, en Berlín, el 14 de septiembre de 1769.

ros o de las vastedades vacías de las llanuras venezolanas o de las selvas del Orinoco.

En toda su descripción hay un anticipo risueño del futuro. Anuncia con gozo todo lo que se podrá hacer en el futuro en aquellos bosques, sabanas y ríos y en la utilización inteligente de tantos y tantos recursos de todo género. Adivina las futuras ciudades, los nuevos cultivos, los caminos por abrir, las futuras embarcaciones que llevarán los productos a los lejanos mercados y el crecimiento en número, riqueza y civilización de una población creciente. La suya es una geografía visionaria y optimista.

Este es un rasgo que se encuentra no sólo en la mayoría de las descripciones de los viajeros europeos que visitaron tierras americanas durante el siglo XIX, sino también en la de muchos criollos. Tal vez por contagio de lectura. Veían la tierra americana como una posibilidad abierta hacia un futuro sin límites. Pensaban en una especie de mecánica repetición de lo que estaba ocurriendo en el Norte, en los Estados Unidos, con la llegada de millones de inmigrantes y la apertura de las nuevas tierras del Oeste.

Así también mira la Geografía de Venezuela, en 1842, Agustín Codazzi. Todo le parece anunciar un crecimiento magnífico y seguro tan pronto como los habitantes se den cuenta y sepan aprovecharse de las inmensas posibilidades que la naturaleza les ofrece.

El caso de Alberdi y Sarmiento en la Argentina no es diferente. Creían que vendría inexorablemente la hora de la conquista de la pampa para la civilización. Pensaban, como en cosas tangibles, en los milagros que la inmigración y la educación podían realizar para transformar radicalmente la situación de atraso de las antiguas colonias de Fernando VII. Más tarde los positivistas que creyeron conocer científicamente las causas del atraso pregaron, desde el Brasil a México, las fórmulas seguras para alcanzar todos los beneficios de una civilización floreciente. Los positivistas ofrecían un diagnóstico para el pasado y un instrumental para alcanzar rápidamente un porvenir prodigioso.

Se ha publicado en Alemania (Brockhaus, Stuttgart, 1970) una edición fac-similar de la primera, hecha entre 1814 y 1825, del *Viaje a las Regiones Equinociales del Nuevo Continente*. La venerable y bellísima obra no ha perdido nada de su encanto. Tiene todo el sabor y la frescura del descubrimiento. Alejandro de Humboldt fue el gran europeo que vino a América no a buscar oro o poder, sino a mirar y conocer. Las piedras, las plantas, los animales, los climas son observados y anotados con el gusto y la emotividad de quien por primera vez ha visto la creación. En noble francés académico, el barón alemán presenta a Europa el trópico americano como un deslumbrante teatro de la geografía.

Casi todo lo que Humboldt describe son vastas soledades apenas tocadas por el hombre. La presencia humana es desproporcionadamente pequeña. Habla de las menudas ciudades y de sus habitantes con profunda y sincera simpatía. Como habla de los esclavos y de los indios que vivían en chozas en las plantaciones de caña o de cacao, de las misiones blancas entre los bosques oscu-

Todos ellos tenían una visión optimista, en el fondo de la cual estaba la idea de que todo lo que se necesitaba para que esas maravillosas posibilidades se realizaran era civilizar y poblar. Lo demás nos sería dado por añadidura.

Más de un siglo más tarde, la visión predominante ha cambiado de manera radical y contrasta dolorosamente con aquélla. Hemos ido con irrevocables pasos del optimismo al pesimismo. Han crecido nuestras ciudades, se han poblado muchos de los espacios vacíos, ha venido inmigración, se han introducido industrias y cultivos, ha aumentado, en general, la difusión de la educación, pero al final de todo ese largo proceso, lo que predomina es una idea negativa de nuestro presente y nuestras posibilidades.

Basta leer los informes que periódicamente publican los técnicos de la Cepal para mirar con desesperación las tendencias regresivas y amenazantes de casi todos los índices de crecimiento. La impresión es de que la productividad no crece, la pobreza no disminuye, el nivel medio de la vida ha mejorado imperceptiblemente en los más de los casos, la población ha crecido pero más que ella la pobreza y las necesidades insatisfechas. Parecemos tener más educación pero también más gente sin ella y todos estamos más o menos de acuerdo en que esa educación no es la que se requiere para ayudarnos a mejorar nuestro presente. Hay más Universidades y laboratorios, hay más libros y periódicos, hay más habitantes, fábricas, cultivos y caminos pero, innegablemente, hay menos esperanzas. De la visión de Humboldt a la de la Cepal hemos recorrido el duro trecho que va de la esperanza al desengaño.

Han aumentado los medios y el conocimiento pero también y acaso más que ellos, han aumentado los problemas y las dificultades. No pocos piensan que si ya no hay lugar para las esperanzas ha llegado la hora de las tentativas de solución desesperadas.

Un cambio tan extremo de visión y perspectivas, es por sí mismo una fuerza determinante en el proceso histórico. Si nuestra visión es pesimista, el sentido de nuestras acciones ha de tener el mismo color.

Tal vez no había razón para aquel optimismo seguro y estimulante que brota a cada paso de las descripciones de Humboldt, pero tampoco nadie puede estar cierto de que la visión pesimista y negativa de nuestros modernos analistas no esté también equivocada. Y en todo caso, error por error, mejor es equivocarse del lado creador de la esperanza que del lado destructivo y paralizante de un pesimismo sin remedio.

El día de San Simón se ha inaugurado la estatua de Bolívar en Madrid. Era el día de su santo, que celebró durante toda su vida. Su bronce se alza ahora en la vieja villa y corte donde vivió de joven en el tiempo licencioso de Godoy. El mismo cielo de intenso azul, el mismo color leonado de la tierra de la meseta, el mismo viento lleno de fríos cuchillos que baja del Guadarrama, que hubo el día de su boda. No debió pensar entonces, a pesar de que era audaz y soñador, que habría de volver un día como estatua.

Le tocó toparse y batallar con la España de Fernando VII. Un rey inepto que personificó en sus prejuicios, sus mezquindades y su falta de grandeza una posición antihistórica y que nada comprendió de las grandes demandas de su tiempo. No tuvo nada en común con lo que representó su abuelo Carlos III y ni siquiera supo tener la inerte insignificancia de Carlos IV. Era agresivo, falaz y torpe y su trágica herencia fue la liquidación del imperio americano y el suicidio colectivo de las guerras carlistas.

* *El Nacional* - Caracas: Domingo 1.º de noviembre de 1970.

La corte de Fernando VII no se dio mucha cuenta de lo que América significaba. Las noticias de la insurrección no tuvieron casi repercusión. Melchor Fernández Almagro ha rastreado en periódicos españoles y en actas del Consejo de Ministros el eco de aquella larga guerra y ha encontrado muy poco. Más parecía importar lo inmediato, las cábalas de los políticos locales, la intriga de la corte, el veraneo del rey, sus sucesivos matrimonios en busca de descendencia o la restauración borbónica en Francia. El inmenso continente cubierto de virreinos, capitanías y gobernaciones era casi desconocido. La noticia de Ayacucho no tuvo ninguna resonancia. Era como si no hubiera existido nunca un imperio.

Fernando VII y sus cortesanos no estaban en capacidad de comprender la magnitud de lo que estaba en juego. Menos podían percatarse de que aquellos lejanos y mal conocidos insurgentes representaban en vivo una profunda veta de lo hispánico. Eran los seguidores de los Comuneros, de los juristas de las Leyes de Indias, de los hombres de la Ilustración, de Aranda, de Campomanes, de Floridablanca, de Jovellanos.

Eran los que pensaban que había otro destino para España y para el mundo hispánico. Que no sólo era posible sino necesario cerrar la brecha entre España y el Norte, que se había venido formando desde el siglo XVII, desde que Carlos II quiso convertirla en una celda de penitencias. España ha sido una larga querrela y la Independencia americana es uno de los más significativos e importantes capítulos de esa querrela, a ratos dolorosa y violenta, a ratos callada, pero siempre presente.

La Independencia americana se produce dentro de esa búsqueda de otra dimensión para lo hispánico. Bolívar nunca pensó en la independencia de un país. Jamás habló sólo de Venezuela. El problema para él era el de darle un destino a todo un continente «para poner el universo en equilibrio».

La empresa era la creación de un Nuevo Mundo, que venía prometido y esperado desde la primera hora del Descubrimiento. España no estaba excluida de ese nuevo

orden. En las Cortes de Cádiz se habló abiertamente de esa posibilidad.

El hombre que regresa ahora en bronce a España es un egregio representante de la querella. Pensaba en un mundo hispánico reconciliado y reestructurado y puesto al día. No llega ni solo ni extraño. Muchas presencias de ayer y de hoy le serán familiares y tendrá congregación de espíritu para hablar de aquellos grandes temas inagotables de libertad y de justicia.

Esa presencia no es ni puede ser baldía. En el más directo y simple de los sentidos tiene que ser entendida como un llamado a la reflexión hacia el ayer y frente al mañana.

Con la sombra del General Morillo podrá recordar lo que le dijo en 1820: «La República de Colombia se congratula de ver rayar el día en que la libertad extienda su mano de bendición sobre la desgraciada España y de ver a su misma antigua metrópoli seguirla en la senda de la razón.»

Su visión de un nuevo tiempo abarcaba a la península. Toda la historia española había sido como un camino o como una inacabable frontera. Del Condado de Fernán González al reino de Castilla, del reino a la España nacional y al imperio, del imperio al Nuevo Mundo, y a la posibilidad de una inmensa comunidad de pueblos libres. La independencia de las antiguas provincias ultramarinas no era un fin. Había que libertar a toda América. Había que llegar a Puerto Rico y Cuba y luego había que marchar a España a darle apoyo a los liberales españoles. Así lo dice más de una vez en su correspondencia. Esta visión lo mueve y lo entusiasma. Como lo entusiasman las noticias de la acción del general Mina con «el glorioso proyecto de libertar a España».

Era y es un hombre de la querella hispánica. Grande y viviente, aunque ahora haya regresado en lo que parece un silencioso bronce.

El 24 de junio de 1821, en poco más de cuatro horas de combate se ganó la batalla de Carabobo, que dio la independencia a Venezuela. Eso al menos dicen los manuales de historia, que tienen la tendencia a singularizar y teatralizar el largo y complejo proceso del destino de los pueblos.

La verdad es que el combate verdadero no duró menos de once años. Empezó el 19 de abril de 1810 cuando la campanilla del Cabildo de Caracas cerró la sesión en la que, simplemente, se había depuesto al Gobernador y Capitán General del Rey de España y se había entregado el gobierno del país a una junta de criollos.

Nada terminó ese día. Vino, al año siguiente, el Primer Congreso Nacional que proclamó la Independencia el 5 de julio de 1811. Pero tampoco allí concluyó la cosa. Ese mismo año, tímidamente al comienzo, se inició la lucha armada. Es una larga historia de guerra desesperada y sin tregua que recorre toda la superficie del territorio y en la que participan, en una u otra forma, todos los habitantes. Se sacrificaron trabajo, riquezas y vidas. Un tercio de la población total desapareció y al final del

sangriento proceso en toda la extensión había tumbas, cicatrices y ruinas del trágico empeño. Las descargas de Carabobo, acaso el último disparo que resonó al atardecer en alguna calle de Valencia, no fueron otra cosa que el eco final de la campanilla que resonó en el Cabildo caraqueño once años antes.

Hubo que combatir desde el Orinoco hasta el Caribe, y desde el Golfo de Paria hasta los Andes, hubo que salir de la raya fronteriza para ir a pelear en Boyacá y en Cartagena, y hubo que ir después, en cinco años más de guerra, hasta Quito, Lima, Ayacucho, el Titicaca y la rendición final del fuerte del Callao.

Tampoco, en rigor, el proceso había comenzado en 1810, sino siglos antes, desde las fundaciones de pueblos, desde la iniciación de plantaciones y hatos, desde que comenzó el acomodamiento de sangres y culturas entre blancos, indios y negros en la creación de una sociedad.

El hombre que concibió y dirigió la batalla de Carabobo lo sabía muy bien. Bolívar sentía, como podía sentir la corriente de un río, la presencia y continuidad del proceso histórico. Sabía que a él le tocaba dirigir y presidir hombres, fuerzas y sentimientos que venían formándose desde la primera hora de la conciencia nacional.

La campaña de Carabobo es como el reflujo de la fuerza histórica que durante la conquista y la colonización hizo a Venezuela. La colonización fue un movimiento rápido de expansión que, en medio siglo, cubrió toda la porción habitada del país. Un movimiento que reconoció y echó las bases de la variedad geográfica y humana, que puso menudos pueblos blancos y solitarias torres en los repliegues de la cordillera, en las riberas del Caribe, en la vastedad de las llanuras meridionales y a la orilla de los grandes ríos. Y que también formó, en un lento cuajar, aquella sociedad de mestizaje con los hijos de los conquistadores, de los indígenas y de los esclavos.

A Carabobo, de un modo casi simbólico y ritual, convergen para la batalla todas las regiones y todas las formas de vida de la Venezuela de 1821. Los cuerpos de ejército están formados por representantes de todos los

estamentos de la población. Hacendados, peones, artesanos, vaqueros y vienen como de regreso a cumplir una etapa culminante de la hechura de la nación. Vienen desde Occidente, de Maracaibo, Coro y los Andes. Vienen desde el sur de las llanuras de Barinas y Apure, y del Orinoco, vienen desde el Oriente, de Margarita, Cumaná, Maturín y Barcelona, a congregarse en el centro, en el corazón de la Provincia de Caracas, en la sabana de Carabobo, como para una ceremonia de transmisión de mando. Una ceremonia que va a celebrarse, según el más antiguo rito del hombre, con fuego y con sangre y en la que Bolívar va a recibir, de hecho, de manos de los comandantes de las tropas de Fernando VII, los títulos de posesión del destino histórico de un país que ya era Venezuela.

Tal vez por ello mismo, por tener exacta conciencia de lo que aquel sangriento ritual significaba, Bolívar dio la peregrina orden de que todo el ejército se vistiera de gala para el combate, como para una parada. Los vestía de gala porque iban a comparecer ante la historia.

Tampoco nada terminó definitivamente allí. Bolívar sabía que no había que perder tiempo. Había que ir al Sur, hacia el Pacífico y, lo que era más importante, había que ir al futuro. Exactamente como ahora.

La acción incomparable de Bolívar tiene su culminación en un período de siete años, que ahora desfila por las conmemoraciones sesquicentenarias. Desde 1819 hasta 1826 se suceden, en serie fulgurante, los grandes hechos, desde la instalación del Congreso de Angostura, que es la ocasión de aquel mensaje, que penetra hasta los tuétanos de su mundo americano, hasta los hechos de armas decisivos que se llaman Boyacá, Carabobo, Pichincha, Junín y Ayacucho, la creación de Bolivia y la convocatoria del Congreso de Panamá que debía ser el escenario para la presencia mundial de las nuevas naciones.

Todo esto es y va a ser motivo de muchas y variadas conmemoraciones, en las que la tentación de glorificar sin contenido y mitificar va a ser casi incontenible, con grave daño de la figura misma de Bolívar y de su inmensa significación histórica. Orinocos, Magdalenas y hasta Amazonas de oratoria huera van a inundar su recuerdo hasta hacerlo casi irreconocible y, lo que es peor, casi insignificante.

¿Qué podría significar para el hombre común de nues-

tra América un mero mito sacralizado, una nueva devoción de calendario a la que festejar en los días patronales, un nuevo Quetzalcoatl, o un nuevo Manco Capac, lleno de insondable y gratuita capacidad de esperanza pasiva y promesa incumplida?

Hay que salvar a Bolívar de esa triste suerte porque es afortunadamente otra cosa. Hay que mirarlo en su extraordinaria y verdadera dimensión humana. Era un criollo del siglo XVIII hecho y condicionado a fondo por la circunstancia histórica local y universal de su tiempo. Era un pensador que tenía como base y como objeto, no las rígidas ideologías aprendidas, sino la observación continua de la condición hispanoamericana. Y era, sobre todo, un hacedor que toda aquella inmensa obra la realizó con los medios y con los muy limitados recursos que su hora y su situación le ofrecían. Ese es el que importa y el que hay que conocer y estudiar.

Se tiende a mirarlo como un ser mágico y fuera de toda realidad de cuya cabeza salían por inspiración eruptiva las ideas y los planes de acción, y cuyas batallas fueron concentrados y fulgurantes episodios de arrojo e improvisación.

La verdad es muy diferente. Aprender a ser Bolívar le tomó mucho tiempo y mucho esfuerzo. No lo aprendió solamente leyendo libros y visitando los grandes centros de civilización, sino a lomo de mula y a golpes de adversidad, estudiando geografía en veredas y sicología en campamentos, mirándole todos los días la áspera cara a las dificultades y teniendo la tenacidad de continuar.

En tiempos de Bolívar, y después de él, frente al hecho americano ha habido dos posiciones preponderantes. La de los que creen que no hay que luchar contra las realidades sino aceptarlas, utilizarlas y vivir con ellas. De esta clase fueron los caudillos, los gamonales y los secretarios de los espadones. Y los que han pretendido ignorar o flanquear la realidad social y económica en nombre de doctrinas o de proyectos intelectuales.

Bolívar no pertenece a ninguno de los dos bandos. Si se hubiera acomodado a los hechos para aprovecharlos y disfrutarlos sería un caudillo más. Pero no fue así. Estuvo

contra los caudillos, contra los hombres de presa, contra el simple mando, en nombre de principios y de metas que había que alcanzar. Nunca renunció a su ideal de organización republicana y democrática. Pero tampoco fue un ideólogo, uno de esos «buenos soñadores» que tan duramente calificó desde sus primeras experiencias. Quería que se avanzara hacia el progreso político pero sin perder de vista la realidad histórica de su América.

Desgraciadamente, como es tan abundante, tanto los dictatoriales como los ideólogos le suelen pedir prestado para no pagarle. Hay siempre alguna frase dicha en alguna circunstancia que puede servir para apoyar las posiciones políticas más antitéticas. A Bolívar hay que verlo y entenderlo en el conjunto de su lucha y de su obra. Y entonces no hay manera de equivocarse.

Habrà que ver todo el largo y continuado esfuerzo que hay detrás de cada combate y de cada proclamación. Nada le fue fácil, sino duro y batallador. El enseñó todo lo que se puede hacer en medio de las circunstancias más adversas y dio algunas de las más inolvidables lecciones de realismo y de buen juicio.

A ese Bolívar es al que hay que rescatar de manos de los bachilleres y de los retóricos para devolvérselo al pueblo que todavía lo necesita mucho. No como mito, sino como hombre de carne y hueso que se metió en la difícil empresa de hacer nación, aun más de hacer pueblo, en su América, que es la misma que en lo fundamental sigue planteada hoy.

El 6 de mayo de 1873 moría en Nueva York, anciano, lejos del escenario de sus hazañas y del drama de su acción heroica, el general José Antonio Páez. Tenía ochenta y tres años de riesgosa y combativa vida y conservaba en el plantaje y en el rostro los rasgos imperiosos y enérgicos del hombre habituado a la grandeza y a la intrepidez.

Hacía apenas dos años que había regresado a su refugio de desterrado en la gran ciudad americana, al abrigo de la casa de su hijo Ramón Páez. Todavía se reunía a recordar el pasado glorioso con amigos, viejos y nuevos, que lo veían como una prodigiosa leyenda viva.

Cayó enfermo de pulmonía por causa de un resfriado que atrapó durante un paseo a caballo por las frondas del Central Park. El viejo centauro mítico de la guerra de Independencia en los llanos galopaba por las cuidadas veredas del parque, acaso llevado por la imaginación a otros tiempos y otras cabalgatas, cuando semi-desnudo y con la lanza en la mano musculosa arremetía contra los batallones realistas en cargas suicidas.

Podía mirar hacia atrás su vida con asombro y con

orgullo. Era como un cuento increíble. El muchacho fugitivo que se convierte en peón ganadero en lo más salvaje y apartado de la llanura, el peón ineducado que se lanza a la lucha armada y se transforma en el más prestigioso jefe de la guerra llanera. La leyenda de sus hazañas corría de boca en boca y formaba parte de la poesía popular. Era el catire Páez, el «taita» de los llaneros, el general de veintiún años que, a la cabeza de sus montañas salvajes, se presenta a Bolívar para someterse a su dirección superior. El mismo hombre que en 1821 decide con su arrojo la independencia de Venezuela en la batalla de Carabobo. El General en Jefe de treinta y un años. Y, a la partida de Bolívar para la campañas del Sur, el jefe indiscutido de Venezuela.

Fue, sin duda, para bien o para mal, el hombre que decidió el destino nacional de Venezuela. Mientras sus compañeros de armas marchaban hasta el Perú a fundar a Bolivia, él se queda dentro de la vida venezolana, metido en ella y personalizándola hasta un grado en que es difícil saber si fue Páez por su voluntad quien determinó el rumbo del país en esos años decisivos, o la vocación nacional de Venezuela la que lo arrastró inevitablemente a su acción separatista.

Cuando en 1867, en los años finales, publica su *Autobiografía* se esfuerza constantemente en demostrar su adhesión, su lealtad y su admiración por Bolívar. En medio de todas las dificultades de la lucha política no perdió nunca de vista la superioridad extraordinaria de aquel hombre menudo, agitado, impulsivo y audaz, que tanta grandeza mostraba en sus actos y en sus pensamientos. En todo ese libro reitera sus razones para la acción que lo llevó a distanciarse de la política de Bolívar, pero al mismo tiempo parece crecer el sentimiento de asombro por aquella figura extraordinaria. Lo ratifica hasta la última hora cuando dice: «Finalmente el año de 1866 he enviado al arzobispo de Caracas, para que fuese colocada sobre la tumba del libertador, la espada que él me regaló el año 27. ¡La espada redentora de los humanos!, preciosa reliquia que he tenido en mi poder por más de cuarenta años.»

El recuento escrito de su vida cubre con detalles y regusto profundo los años de la guerra de Independencia, así como el inicio de la separada República venezolana. Habla de sus dos Presidencias y de las luchas políticas que llenaron esa época. Narra la ruptura con Monagas y su lucha armada para restablecer el orden jurídico de la constitución de 1830. Su derrota y su primer destierro, desde la prisión del castillo de San Antonio hasta la triunfal recepción que le tributa la ciudad de Nueva York en 1850.

Es entonces cuando escribe con desengaño y amargura: «Termino, pues, la historia de mi vida donde debió haber acabado mi carrera pública.»

Es discutible esta afirmación del Páez crepuscular y vencido. Volvió a la vida pública y a la acción en 1861, cuando Venezuela se desangraba en la terrible hecatombe de la Guerra Federal. Todo el país era un campo de lucha armada. Todos combatían contra todos en una ciega furia de ruina. No se veía salida posible a aquel caos que amenazaba con hacer desaparecer los últimos y débiles vestigios de trabajo y orden civilizado. Aquel hombre cargado de gloria y de prestigio, que había permanecido en el destierro más de diez años alejado de la política local, aparecía como el único capaz de realizar el milagro de lograr la pacificación por el imperio de su inmensa autoridad personal.

Fue ciertamente el último y acaso el mayor sacrificio que este hombre insigne hizo a su patria. Infructuoso, desesperado y amargo para volver, por otros diez años, al destierro, la pobreza y la execración de los más gratuitos enemigos.

Ese tiempo final es patético y doloroso. Pasa como un fantasma del más legendario pasado por la Argentina de Sarmiento, donde el Senado le da de alta como general del Ejército Argentino. Regresa octogenario a Nueva York a esperar sin esperanzas el fin de la dura vida batalladora. Como pocos hombres pudo escribir con asombrosa verdad: «Mi suerte estuvo siempre unida a los destinos de la patria.» Sin duda, en un grado extraordinario, habían contribuido a hacerse mutuamente.

El año 1817 apareció, casi simultáneamente en Londres y en Nueva York, un libro de 359 páginas bajo el título *Outline of the Revolution in Spanish America* que por todo señalamiento de autor indicaba: «Por un Sudamericano.» En el mismo año apareció la primera traducción francesa y en 1818 una alemana. Este «Bosquejo de la revolución en la América española» aparecía, mientras se libraba todavía con indecisa suerte la guerra por la independencia. Faltaban dos años para Boyacá, acababa de ganarse Chacabuco, había fracasado la expedición de Mina en México, habría que combatir cuatro años más para el triunfo de Carabobo y se estaba a siete años de la definitiva victoria de Ayacucho.

Ese «Bosquejo» contenía la más completa descripción de la América Latina, de sus luchas y de su situación de que podía disponer, para aquel momento, el mundo europeo. Hasta ese momento casi todo lo que había era noticias de gacetas interesadas. En el libro, en cambio, se recogía una vasta información geográfica, histó-

* *El Nacional* - Caracas: Domingo 4 de junio de 1967.

rica y social que no sólo presentaba un cuadro fidedigno del Nuevo Mundo, sino que también constituía un poderoso alegato en favor de la independencia.

¿Quién fue el modesto hombre que realizó tan extraordinaria obra y no quiso siquiera estampar su propio nombre en el encabezamiento de su libro?

Afortunadamente ha sido posible identificarlo plenamente y hoy sabemos, sin ninguna duda, la identidad de quien realizó tan importante contribución a la causa de la libertad hispanoamericana.

El autor no fue otro que Manuel Palacio Fajardo, un venezolano de los llanos de Barinas y que es uno de esos personajes opacados e injustamente olvidados a la hora de hacer el balance de reconocimiento de los creadores de la independencia.

Había nacido en Mijagual, un pueblo de Barinas hoy desaparecido, hacia el año 1787. Las llanuras barinesas habían sido ricas en ganados, en cultivos y, sobre todo, en hombres distinguidos, desde fines del período colonial. De allí había venido a Europa el famoso tabaco barinas, cuyo nombre todavía aparece en viejos tarros azules de Delft.

Había estudiado Derecho en Mérida y en Bogotá. Era el tiempo de la curiosidad por la Ilustración y del apostolado de Caldas y de Nariño.

En 1810 está en Barinas y colabora en la incorporación de la provincia al movimiento de independencia. En 1811, de apenas veinticuatro años, se incorpora al primer congreso constituyente venezolano como diputado por Mijagual. Se destaca pronto entre los prohombres de aquella asamblea y pronuncia uno de los discursos más ilustrados y convincentes sobre la necesidad de la emancipación.

Cuando viene el desastre de la primera república emigra a la Nueva Granada y en 1812 el Gobierno de Cartagena lo envía en misión diplomática para buscar ayuda ante Estados Unidos y Francia.

Habla con Madison y Monroe, sin ningún resultado positivo, y en 1812 sigue para Francia. Piensa, y no sin alguna razón, que Napoleón, entregado a una lucha de-

sesperada contra Inglaterra y España puede tener interés en dar un decisivo apoyo a la lucha por la libertad de la América Latina.

La evolución de la situación europea no permite que el proyecto cristalice. Es el tiempo de la campaña de Rusia y de la primera abdicación.

Perseguido por la policía de Luis XVIII, a pesar de la protección que le brinda el barón de Humboldt, se refugia en Londres. Allí se reúne con Bello y con los emigrados españoles y americanos. Entre ellos está el extraordinario Blanco White.

Es entonces cuando publica el «Bosquejo», que seguramente venía elaborando desde mucho tiempo antes.

Las noticias de la nueva campaña de Bolívar y de la toma de Angostura lo deciden a regresar a su tierra. En 1819 está en las riberas del Orinoco. Tiene treinta y dos años. Participa en el Congreso convocado por Bolívar, le nombran ministro de Hacienda y de Relaciones Interiores, colabora en el Correo del Orinoco. Bolívar le envía los borradores del gran discurso de Angostura para su examen y consejo.

El 8 de mayo de 1819 muere de una corta y violenta dolencia. El duelo y las lamentaciones de sus contemporáneos revelan muy a las claras la altísima consideración en que se le tenía y lo mucho que se esperaba de él.

A los ciento cincuenta años de la publicación del «Bosquejo» sería una flagrante injusticia no recordar a Manuel Palacio Fajardo.

Hace ciento cincuenta años la América del Sur estuvo reunida en un ejército. Soldados de las que hoy son Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile y Argentina combatieron en las crestas de los Andes peruanos al ejército español, comandado por el virrey del Perú y por quince generales. Después de una hábil campaña de movimientos habían topado en un alto y estrecho valle olvidado en la geografía de la Conquista. En Ayacucho, el 9 de diciembre de 1824, tras varias horas de un combate admirablemente concebido y dirigido, el ejército de Fernando VII queda derrotado y la independencia de la América hispana asegurada definitivamente. No hay victoria militar más importante y significativa en toda la existencia hispanoamericana. Puede decirse, sin exageración, que en la historia del mundo hispanoamericano hay dos fechas claves: una es, sin duda, el 12 de octubre de 1492, cuando surge para la visión global del hombre la realidad del Nuevo Mundo; la otra, ciertamente, debe ser ese 9 de diciembre de 1824, cuando con el triunfo de Ayacucho la América Latina se hace

final y definitivamente independiente y toma su destino en sus propias manos.

En Ayacucho terminan catorce años de guerra de liberación y tres siglos de régimen colonial. Los que habían sido virreinos y gobernaciones del imperio español de América se convierten, irreversiblemente, en un conjunto de repúblicas, fundadas en los más liberales principios políticos y comprometidas a no admitir ninguna forma de dominación extranjera.

Bolívar con sus tropas concibe y realiza esa campaña difícil y decisiva, a miles de leguas de su lugar de origen, pero el hombre que comanda la acción decisiva a la cabeza del ejército unido y que dirige la campaña hasta su gloriosa culminación es un joven general de veintinueve años de edad, que se llama Antonio José de Sucre, y a quien Bolívar designa con su poético sentido de la dimensión histórica Gran Mariscal de Ayacucho.

Sucre es una de las figuras más extraordinarias que ha producido el mundo americano. Nacido en 1795, en la vieja ciudad venezolana de Cumaná, al borde del mar Caribe, entra a luchar por la independencia siendo casi un niño, en el movimiento inicial de 1810, cuando apenas contaba quince años de edad. Desde entonces no va a tener otra preocupación que la de luchar por la independencia. En catorce años de guerra, con su extraordinaria dedicación, su inteligencia, sus conocimientos militares, su escrupulosa disciplina y su filial obediencia a Bolívar, llega a ocupar las más altas posiciones hasta que, asegurada la independencia de Venezuela y de Colombia, Bolívar, que lo conocía muy bien y calibraba sus extraordinarios méritos, lo designa, a los veintisiete años, para comandar el ejército expedicionario que se dirige hacia el sur para asegurar el triunfo final y definitivo de las armas republicanas en el Ecuador y el Perú.

Fue, ciertamente, un capitán de extraordinaria capacidad militar. Sus campañas son modelo de prudencia, tino y seguridad en la acción. Pero junto a esto era de un desprendimiento sobrehumano. Parecía estar exento de toda ambición. Al día siguiente de Ayacucho pide su retiro del ejército para consagrarse a su vida privada. Le

es, naturalmente, negado. Cuando luego se crea la República de Bolivia y se le designa para presidirla, se opone con todas sus fuerzas, reduce los privilegios y la duración de su mandato y se conduce en el ejercicio del poder con una moderación y un republicanismo ejemplares.

No ha habido militar más civilista que el mariscal de Ayacucho. Quería ver instaurada la República y reducido el ejército a su función de servidor de las instituciones. Hizo todo lo que le fue posible por apartarse de la escena pública. Hay un momento en que cree, después de su matrimonio con la marquesa de Solanda, que podrá vivir tranquilo y apartado en Quinto. Se engañaba. Cuando la situación se encrespa de nuevo, por el brote de las pasiones y el choque de los apetitos de poder, Bolívar le llama a Bogotá a concurrir el año de 1830 al esfuerzo desesperado y supremo para organizar la Gran Colombia. Allí va a cumplir su deber, sin uniforme, sin escolta, como un simple ciudadano más. Poco se logra en el Congreso para evitar el caos amenazante. A su regreso al Ecuador, una emboscada le aguarda en la montaña de Berruecos. Cae asesinado el 4 de junio de 1830.

Después de Ayacucho Sucre entró al Cuzco. En la clamorosa recepción que le ofrendaron le fue entregado, como trofeo insigne, el estandarte que Pizarro había llevado en la conquista del Perú. Era el símbolo supremo del fin de un tiempo y del comienzo de otro.

Hubo más en Ayacucho que una victoria militar extraordinaria. Hubo la excepcional afirmación de un nuevo concepto del derecho internacional. En comunicación para Bolívar le dice: «Cree digno de la generosidad americana conceder algunos honores a los rendidos que vencieron catorce años en el Perú y la estipulación fue ajustada sobre el campo de batalla.» Pocos años más tarde, amenazado por la guerra fratricida, Sucre triunfa en el combate de Tarquí y ofrece a los vencidos las mismas condiciones que había prometido antes del encuentro para evitar la lucha, diciendo: que había querido «mostrar que nuestra justicia era la misma antes que después de la victoria».

Es, ciertamente, Sucre el primer jefe militar que proclama en su triunfo que la victoria no da derechos, en abierto repudio a toda la tradición histórica del abominable derecho de conquista.

En la ocasión del sesquicentenario de Ayacucho, la América hispana puede mirar a su pasado con orgullo.

Si Shakespeare resucitara, de cada diez palabras de la lengua inglesa usadas hoy no entendería más de cinco, ha dicho recientemente el conocido lexicógrafo americano Stuart Berg Flexner. Desde la época del gran poeta muchísimas voces han desaparecido del uso, mientras han ingresado en él no menos de doscientas mil palabras nuevas. Shakespeare estaría en la imposibilidad de poder leer y comprender cualquier libro actual y se encontraría reducido a la sorpresiva condición de un ignorante. Flexner estima, además, que no menos de un tercio de estas nuevas palabras han aparecido en los últimos cincuenta años, lo cual nos hace pensar que el caso no sería distinto para el resucitado Víctor Hugo o para el resucitado Rubén Darío.

Esta imagen permite ilustrar de un modo impresionante el crecimiento del vocabulario en los últimos tiempos. Todos los días brotan nuevas palabras para designar nuevos conocimientos o nuevos hechos. En el mundo se publican más de cien mil revistas científicas en más de sesenta lenguas, y a cada momento en esas ciencias hay que forjar palabras nuevas. Se calcula que el vocabulario

creado por las necesidades y progresos tecnológicos de la navegación espacial, en la NASA, pasa de quince mil nuevas voces.

No es sólo la ciencia la que con su explosión creciente y continua introduce constantemente nuevas palabras, sino todos los otros aspectos de la actividad humana. Términos y conceptos como muestreo de opinión o «poll», arte cinético, música atonal, alunizaje, «robot», tercera generación de computadoras, energía nuclear, antibiótico, acrílico, rayos láser, «jet», código genético, cúpula geodésica, «hippie», sicodélico, alta fidelidad, quasar, «feed-back», impulso, electrónica, cyborg, cibernética, «cloning», acuicultura, ecología, biome, «bugging», etc., significan inmensos cambios que están ocurriendo sin interrupción y a un ritmo cada vez más acelerado en todos los aspectos del mundo que nos rodea.

La lengua no puede permanecer ajena a ese cambio. Siempre fue un instrumento sensible y viviente de creación cultural que se supo adaptar a las características de cada época. No sólo su vocabulario, sino su ritmo, su sintaxis y hasta su entonación cambiaron con las circunstancias. Hoy, bajo el impulso de las más cambiantes circunstancias que el hombre haya conocido, está sometida a un cambio infinitamente más acelerado.

Los vocabularios tendrán que expandirse a un ritmo de crecimiento casi de pesadilla. Centenares o millares de palabras nuevas van a surgir cada año de las nuevas condiciones del cambio acelerado. No habrá manera ni de reunir las todas ni de estar al día en su conocimiento. Así como en un tiempo hubo vocabularios de oficios, muy ricos y variados en designaciones, casi incomprensibles para quienes no estaban en el ambiente social de la tarea especializada de marineros, o labradores o carpinteros, hoy menos aún podría el no especialista entender las palabras del léxico del computador o de la ciencia bio-química.

Todos, en grado variable, estamos condenados a ser los iletrados de algo. O de mucho cada vez más voluminoso y variable. Terminará tal vez por haber distintos grados de comprensión y profundidad de los vocabula-

rios. Ya no será sólo el problema de poderse comunicar y entenderse los representantes de las dos culturas, la humanística y la científica, aquellos que entienden y tienen las palabras para hablar de Beethoven o de Heidegger y los que se mueven en el ámbito de la Segunda Ley de la Termodinámica o de la física cuántica. Y si ellos, entre sí, tienen dificultad para entenderse, ¿qué haremos los que no pertenecemos a ninguno de esos variados mundos cerrados y aparentemente incoherentes? ¿Qué haremos los hombres de la calle con nuestro escueto e inadecuado vocabulario, sino arrastrar los fantasmas de un pasado inactual?

¿Cómo se puede frente a esto tener ninguna preocupación de purismo o casticismo lingüístico? Vamos hacia una lengua cada vez más penetrada de términos recientemente recibidos de todas las procedencias, hacia una especie de vocabulario universal de lo nuevo. El diccionario será reemplazado por una memoria electrónica a la que se le alimentará continuamente el caudal de las nuevas voces que la nueva ciencia y la nueva experiencia humana irán creando en todas las latitudes, así hayan nacido en inglés, en ruso, en japonés o en alemán, o en alguna artificial combinación de raíces griegas.

Ante esta avalancha de los conocimientos y las voces nuevas que los designan, ya no sólo un Shakespeare o un Cervantes resucitados resultarían iletrados a medias, sino que en la más profunda y desoladora realidad todos estamos condenados a serlo perpetuamente. La civilización vierte sin cesar sobre nosotros más palabras que las que en nuestra limitada condición podemos conocer y comprender.

En pocos ámbitos lingüísticos hay mayor preocupación por la pureza de la lengua que en el inmenso espacio del castellano. Ha sido una herencia paralizante que entró en el mundo hispánico en el equipaje de Felipe V, el nieto de Luis XIV. El regalismo borbónico, tal como lo llevó a su delirante culminación el Rey Sol, implicaba una centralización total de la vida social. El rey era el modelo y la suprema autoridad en todo, desde el traje y la etiqueta hasta el gusto artístico y el lenguaje. Se creía que todo había llegado a su final perfección en Versalles, en piedra y gente, y que ya no quedaba más que mantener aquello incólume e inalterable para la admiración y la imitación de todas las sucesivas generaciones. Había un modelo para la comedia y otro para la música, y había uno muy rígido para la lengua. Ya no podía permitirse que el pueblo hiciera la lengua, como la había hecho por milenios, sino la refinada minoría de los cortesanos.

Esta desviación, que halló su forma suprema en la creación de la Academia francesa, entró a España con la casa de Borbón. Por ese duro codicilo de la herencia

borbónica recibió el español la superstición de la pureza académica y se pretendió legislar, someter y ordenar el crecimiento de aquella lengua maravillosa que el pueblo peninsular había sacado, por espontánea y continua creación expresiva, de lo que guardó del latín y de las perdidas lenguas primitivas.

Mientras otras lenguas entraban llenas de libertad creadora en el gran proceso de transformación social y cultural del mundo a partir del siglo XVIII, el español quedó sometido a la dura férula de la gramática y del diccionario académico. Mientras el inglés absorbía e incorporaba voces de todas las proveniencias y se extendía adoptando y adaptándose por todo el planeta, los escritores de lengua española vivían en el temor y la inseguridad de una nueva inquisición. Toda palabra nueva era sospechosa, el galicismo o el anglicismo eran un pecado. Mientras el diccionario de la Academia de Madrid no llegaba a sesenta mil voces, el inglés sumaba los más extensos repertorios de palabras de cuatrocientas y seiscientas mil voces. La lengua viva del pueblo, la lengua de la técnica y del progreso, las posibilidades todas de creación expresiva quedaban condenadas a la ilegitimidad o a la persecución.

Nada es más dinámico que las lenguas, y las ha creado y las sigue creando la incontenible necesidad de conocer y comunicar. Los galicismos, los anglicismos, los germanismos, los neologismos de toda laya ni son ni pueden ser pecados. Pecado es condenar a los hispano-parlantes a la pobreza lingüística en nombre de unas normas arbitrarias que amenazan con convertir el castellano en una lengua atrasada e inadecuada para expresar los adelantos del mundo moderno.

En los últimos treinta o cuarenta años se han creado millares y millares de voces nuevas que aparecen todos los días en los libros y periódicos de lengua inglesa, y que el francés y el italiano comienzan a adoptar por mero instinto de sobrevivencia. El solo desarrollo de la técnica espacial ha generado en la N. A. S. A. la formación de más de quince mil voces nuevas. El uso de las computadoras ha creado otro torrente de palabras. ¿Cómo va-

mos a traducir, por fin, en español palabras tan imprescindibles como «hard-ware» y «soft-ware» en relación con todo el desarrollo moderno de la cibernética? ¿Qué vamos a hacer para abrir el castellano a los requerimientos de la sociedad global de hoy, mientras el ideal tradicional, terca y peligrosamente sostenido, parece ser el de seguir apegados a la gramática anacrónica, o al diccionario expurgado, o al horror risible por el *que* galicado?

En un mundo que experimenta la violenta transformación sin precedentes del actual, pretender encadenar y limitar la lengua toca en los lindes de la paranoia. La lengua es el más dinámico y poderoso instrumento de la cultura y su creación y crecimiento no puede estar sometido a ninguna regla rígida.

Nadie duda de que debemos evitar el caos y la confusión babilónica y que hay que mantener una unidad fundamental, sin la cual toda posibilidad de verdadera comunicación desaparecería, pero este propósito útil no debe ir más allá de mantener y propagar un vocabulario culto y general. Entre dos palabras escoger la más precisa y comprensible y la de mayor extensión de uso y menos local. Todo lo demás no sólo sobra, sino que es contra-productivo y anacrónico.

Aprender la lengua hablándola y para hablarla en el complejo e interdependiente mundo de hoy, en los buenos escritores, en el vocabulario en expansión continua de la ciencia y la técnica con una ambición de comprensión universal y no de preservación maniática de un estéril y esterilizante coto cerrado.

Aprender la lengua en la vida y para la vida de hoy y no en las supersticiosas reglas de una gramática que nunca ha estado viva y que nunca ha sido guía ni del pueblo ni de los que han llevado las lenguas a su mayor magnificencia y capacidad expresiva.

Se ha reunido en Caracas el Congreso de las Academias de la Lengua correspondientes de la Española. Filólogos, gramáticos, escritores de todos los países de lengua castellana se han congregado, auspiciosa y preocupadamente, en torno al solar nativo de Andrés Bello para hablar de nuestra lengua y su destino.

Mucho han cambiado las cosas desde los días en que Bello escribía su monumental gramática para uso de los americanos. Acababa entonces de asegurarse la independencia política de las antiguas colonias españolas y don Andrés temía, con la imagen de la caída del imperio romano en la memoria culta, que pudiera venir un tiempo de aislamiento y desvinculación entre las antiguas partes del imperio hispánico que repitiera el proceso de la corrupción y fragmentación del latín. Mucho había que hacer, pensaba él, para impedir que ese instrumento providencial de comunicación se desarticulara y destruyera y que en su lugar surgieran dialectos y hablas locales incommunicables. Su propósito desvelado era conservar aquel patrimonio contra la irrupción amenazante del aislamiento y el localismo inculto.

Las cosas han cambiado mucho. Ya nadie teme hoy, razonablemente, que vayamos en camino de crear lenguas locales o nacionales en la América hispana. No vamos hacia un lenguaje chileno, argentino, mexicano o venezolano particular que pudiera repetir la fragmentación e incomunicación de la Rumania, de la que surgieron las lenguas europeas modernas. Los libros, la radio, el cine, la televisión, la prensa y el creciente contacto entre todos nuestros pueblos tienden a asegurar la unidad fundamental de la lengua.

Tampoco podría ser el propósito de hoy el de los eruditos cortesanos afrancesados de Felipe V, en el siglo XVIII, cuando intentaron trasplantar a la corte de Madrid los ideales y las instituciones de centralización cultural de su abuelo Luis XIV. Se creía entonces que había un habla superior y paradigmática de la gente culta y cortesana que debía conservarse y tomarse como modelo, un habla que había alcanzado su perfección última y que debía ser fijada y mantenida con todo rigor, sin admitir ninguna alteración que pudiera amenazar su pureza inalterable.

Hoy ya nadie cree que las lenguas puedan quedar fijadas y hasta congeladas en un estado de final perfección. La lengua es la más directa expresión de las realidades históricas y de la vida de los pueblos, y ni esa vida ni esa realidad se detienen. La lengua que podía parecer totalmente eficaz para expresar el mundo y los valores del tiempo de Felipe V, resultaría terriblemente pobre e insegura para traducir la inmensidad creciente de los cambios de este mundo tecnológico, donde está ocurriendo la explosión más extraordinaria de comunicación y conocimientos que el hombre haya conocido nunca.

La tarea fundamental de las corporaciones doctas dedicadas al estudio de la lengua ya no puede ser la de conservar un modelo y un vocabulario definitivos, sino la de ayudar a que el cambio y enriquecimiento de la lengua se haga de manera inteligente y eficaz. Los lexicógrafos de lengua inglesa han calculado que desde la época de Shakespeare se han introducido en su lengua más de

doscientos mil vocablos nuevos, que expresan cosas y acciones que el autor de *Hamlet* no conoció y no hubiera podido nombrar con su vocabulario. El vocabulario nuevo creado por la sola actividad de la exploración del espacio, que comprende nombres de nuevos instrumentos, metales, mecanismos y reacciones, alcanza en inglés a más de quinientos mil voces.

No podríamos, sin grave riesgo de aislamiento y de atraso cultural, mirar esa avalancha de nuevas palabras que surge todos los días de los nuevos progresos científicos y tecnológicos como una intromisión indeseable, como una invasión bárbara que viene a perturbar el sereno orden de una lengua del pasado. El español es hoy una lengua de más de doscientos millones de seres humanos, que por medio de la universalidad de las comunicaciones de masas están en contacto continuo con todo el universo. ¿Qué haríamos frente a la nueva biología, a la nueva genética, a la nueva física, a la realidad del mundo de la información computerizada con el vocabulario de Cervantes?

El valor de una lengua se mide por su capacidad de comunicación. La expresión local que no entienden sino en mi barrio nativo no tiene prácticamente valor de comunicación, en cambio la forma de expresarme, que puede ser entendida por doscientos millones de seres humanos, es el más precioso instrumento de comunicación de que puedo disponer. No sólo para asegurar la homogeneidad interna de ese vasto segmento humano que forman los dos centenares de millones de hispanófonos, a quienes una lengua común ofrece un extraordinario privilegio histórico, sino para integrar útil y activamente esa comunidad lingüística al proceso creador de una civilización mundial, de la que no podemos aislarnos ni retrasarnos sin muy grave riesgo para nuestro futuro.

Esto significa, en cierto modo, regresar al ideal de Andrés Bello, que enseñaba a desconfiar del purismo supersticioso y que pensaba que el único modelo válido del idioma era el de la gente educada. El español de la gente educada, sin particularismos innecesarios, es el que puede

hoy permitirnos la plena incorporación al mundo moderno. Admitiendo e incorporando todo lo que venga a enriquecerlo y a mantenerlo vivo y eficaz en esta cambiante víspera del siglo XXI.

Esta tiene que ser la difícil y exigente tarea de las academias hoy, si no quieren que la historia las arrastre.

La guerra de independencia de la América hispana fue, entre muchas otras cosas decisivas, una toma de conciencia. Los criollos que habían alzado las armas para poner fin a una situación colonial vieja de tres siglos sentían que estaban cumpliendo un imperativo del destino histórico. Una sociedad se había formado en esos largos, lentos y contrastados siglos, que sentía desde hacía mucho tiempo la necesidad de afirmar su propia identidad, su individualidad propia y su diferencia con España y con Europa. Sabían que eran o estaban llamados a ser un Nuevo Mundo que tenía que terminar de definirse y constituirse.

En todos los documentos de esa época, antes, durante y después de las batallas, se repite como un *leit-motiv* la idea de pertenecer y representar una nueva colectividad humana, en situación distinta y con caminos propios. Nunca habían podido ser españoles, ni tampoco indios. A lo sumo, como dijo Bolívar, «un género intermedio». Buscaban un nombre que los distinguiera por encima de los nombres impuestos por la retórica de la Corona. Eran americanos, eran un nuevo hecho histórico y se sentían llamados a crear un orden y un destino verdaderamente

propios que tal vez podría llamarse con un nombre no usado, lleno de sentido de reparación justiciera: Colombia.

Esa conciencia venía formándose y manifestándose desde los primeros tiempos de la invención del hecho americano. El nuevo escenario geográfico tan desmesurado y sobrecogedor, el encuentro rápido, total y directo con otras culturas, el aislamiento, la mezcla de valores, determinaron que lo que ocurriera no fuera un mecánico trasplante de cultura, sino un injerto que daba nacimiento a una nueva variedad. Un libro como el que el Inca Garcilaso escribe en magnífico castellano del siglo XVII no pertenece por ningún punto que se le mire a la literatura española. No sólo por el tema, sino por el tono, por la visión, por el «tempo» y por la impureza. Era una gran muestra temprana del más vasto proceso de mestizaje cultural que el mundo moderno haya conocido.

Mucho se ha discutido no ya si existe una literatura hispanoamericana, lo que resultaría más que ocioso, sino desde cuándo existe. Hoy, ciertamente, sabemos que se puede rastrear e identificar su existencia desde el mismo siglo XVI.

Ciertos rasgos, que no son de los escritores españoles contemporáneos, aparecen desde el principio aun en aquellos autores que más voluntariamente parecen asimilarse y confundirse dentro de la gran corriente de la literatura española. Pedro Ruiz de Alarcón pertenece por entero a lo mejor del Siglo de Oro de las letras castellanas. Sin embargo, hay en las comedias suyas una sobriedad y medida de tono, un refinamiento de la sensibilidad que lo distinguen de sus grandes contemporáneos de Madrid. Toda esa diferencia se aclara y se explica cuando sabemos que Ruiz de Alarcón era mexicano.

Cuando el mundo hispanoamericano se lanza a la resuelta y desesperada conquista de su independencia política, busca afirmarse en todo lo que de propio y particular ofrece su pasado. Desde la romántica resurrección del pasado indígena hasta la apasionada identificación con la naturaleza.

Peró ese esfuerzo hubiera quedado incompleto si una literatura propia y genuina no hubiera logrado expresar

la presencia del nuevo hecho histórico. El Nuevo Mundo tenía que hacerse presente en la voz de sus escritores. No sólo había que rescatar el pasado histórico, sino que había que proyectar junto con la república del futuro la literatura propia que iba a manifestarla ante el mundo.

Esto es lo que siente de manera imperativa Andrés Bello. Desde su distancia de Londres se percata con angustia de que toda aquella lucha que ensangrienta ciudades y campos por años y años quedará muda y sin espíritu si una literatura nacional no acompaña la aparición y el crecimiento de las nuevas naciones.

Pedro Henríquez Ureña, en su tenaz búsqueda de lo hispano-americano, fue el primero en advertirlo. En la primera de sus grandes silvas neoclásicas, que publica en la *Biblioteca Americana* en 1823, con el título de «Alocución a la poesía», Bello proclama con toda solemnidad el requerimiento histórico de que una literatura propia afirme a la América hispana. «En 1823, antes de las jornadas de Junín y de Ayacucho, inconclusa todavía la independencia política, Andrés Bello proclamaba la independencia espiritual», declaraba Henríquez Ureña en un ensayo de 1926.

Lo que Bello había hecho era invitar a los poetas del mundo americano a la empresa virgiliana de crear una nueva literatura para un nuevo mundo. Se dirige, no en vano estaba formado en el neo-clasicismo, no a los poetas, sino a la poesía para pedirle que abandone la vieja Europa y venga a la América: «a otro cielo, a otro mundo, a otra gente».

Estaba allí la formulación fundamental. «Otro cielo, otro mundo, otra gente» necesitaban ahora, que se rompía el vínculo de la dependencia colonial, afirmarse y expresarse por medio de una literatura propia. Es lo que la literatura hispano-americana ha hecho desde entonces. Ser cada vez más literatura de «otra gente».

Se cumplen ahora ciento cincuenta años de esta proclamación, por la que el Nuevo Mundo no sólo tomaba conciencia de serlo, sino que afirmaba la decisión de alcanzarlo en toda su dimensión, en el hecho y en el espíritu.

Un día de 1771, que todavía no conocemos, nació en Caracas Simón Rodríguez. Se cumplen ahora dos siglos de esa milagrosa aparición que sigue hoy tan envuelta en el misterio como lo estuvo en toda su larga, andariega y trabajada vida. Nació llamándose Simón Carreño Rodríguez, pero más tarde, por pleitos de familia, rehusó el notable apellido Carreño, que había distinguido a letrados y músicos, y más tarde aún, en su andanza europea, se hacía llamar Samuel Robinson. Nombre simbólico de profeta y de solitario.

Tres etapas llenan esa vida. La de Caracas, que llega hasta sus veintiséis años en 1797. La de Europa, que dura otros veintiséis años y termina con su tardía vuelta a América por Cartagena en 1823. Y la final, la de la cordillera andina y las poblaciones del Pacífico, que dura hasta su muerte, en 1854, a los ochenta y tres años, en una remota aldea de los Andes peruanos.

En las tres etapas hay tres encuentros decisivos con Simón Bolívar. El primero con el niño que le llevan a la escuela que ha abierto en Caracas. El joven preceptor Rodríguez ya era para entonces un apasionado y no muy

clandestino lector de Rousseau y ve de inmediato en el niño vivaz, huérfano y rico la estampa misma de *Emilio* para ensayar todas las posibilidades de aquella enseñanza en la naturaleza y para la vida que había predicado tan seductoramente el ginebrino.

El segundo encuentro es en París, con el joven Bolívar, que llega primero en vísperas de casarse y en 1802, en temprana y desesperada viudez. En las dos ocasiones Rodríguez fue su compañero y su confidente. El joven ardiente y voluntarioso y el Rodríguez que empezaba a madurar, combinaban sus opuestos caracteres y debatían sobre las nuevas ideas y los nuevos tiempos. Después de que Bolívar regresa en 1806 para darse a su destino y a su empresa titánica, Rodríguez queda perdido en la Europa de la restauración borbónica, de la Santa Alianza y de las revueltas románticas.

El tercero y final encuentro tiene lugar después de la inesperada vuelta de Rodríguez en 1823. Bolívar le escribe a Santander con las más calurosas recomendaciones para aquel hombre extraordinario que acaba de llegar a Bogotá. Le dice que es «el Sócrates de Caracas» y lo llama «sabio, filósofo consumado y patriota sin igual». «Yo amo a ese hombre con locura», añade. «Fue mi maestro: mi compañero de viajes y es un genio, un portento de gracia y de talento para el que lo sabe descubrir y apreciar.» Más tarde se reúne con el Libertador en Lima, por los días de Ayacucho, y marcha con él al Alto Perú. Bolívar lo confía al Mariscal Sucre para que haga en Chiquisaca, como ya lo había intentado en Bogotá, un reiteado y más amplio ensayo de sus nuevos métodos educacionales. Ambos ensayos estaban destinados a fracasar por la incompreensión de las gentes, por la novedad increíble de las concepciones y por la resistencia de los prejuicios. Cuando Bolívar muere ya no le queda a Simón Rodríguez sino una larga y agónica sobrevivencia en la miseria y el olvido durante veinticuatro años.

Toda esa vida, mal conocida y difícil, está unida por la continuidad maravillosa de un solo propósito. Su idea muy simple era que la llave de todo progreso humano estaba en la educación y que la obra de la Independencia americana

no estaría completa hasta que una escuela nueva liberara a las generaciones futuras del peso de un pasado agobiante y las preparara para una vida de progreso y libertad.

Esas ideas tan avanzadas, que nadie podía ni quería oír, con la excepción de Bolívar, las expresó en ensayos, en memorias y en libros. Tan sólo alcanzó a publicar una mínima parte de todo lo que escribió y particularmente un libro que debía ser lectura obligada de todos los hispanoamericanos: *Sociedades Americanas en 1828*.

Lo que sostenía parece hoy de una increíble anticipación y clarividencia. Dice simplemente que «para hacer Repúblicas es menester gente nueva...» «Pensemos en tener Pan, Justicia, Enseñanza, Moderación. En esto han de pensar los americanos, no en pelear unos con otros.» «Una revolución política pide una revolución económica.» Su plan consiste en colonizar los países «con sus propios habitantes. Y para tener colonos decentes instruirlos en la niñez».

Su ansia es «formar pueblo». Para ello es necesario luchar contra la tradición negativa, educar para el futuro y «declarar la nación en noviciado». Lo que no significa otra cosa que romper, por medio de la educación, una continuidad histórica negativa y crear un pueblo de nueva mentalidad para la producción y para la libertad. Es decir, luchar con la educación contra la historia, que es lo mismo que luchar por el mañana contra el ayer.

Nadie en su tiempo tuvo semejante visión en América. Habían de pasar décadas y hasta un siglo antes de que se planteara en términos parecidos el gran problema actual de la educación para el desarrollo.

Los largos años finales son oscuros y miserables. Vive de artesanías y de enseñanza en rutinarias escuelas. Vive entre la «gente de ruana y mostrador» y ya parece uno más entre ellos. A veces un naturalista europeo llega a una aldea del altiplano y en la solitaria y fría noche encuentra que el pulpero indígena de la sola pulpería abierta se enfrasca con él a hablar en francés de Rousseau, de Saint-Simon, de la Revolución, para terminar descubrien-

do con asombro que es don Simón Rodríguez, el antiguo y legendario maestro de Bolívar.

Así termina y se apaga entre los indios de la aldea de San Nicolás de Amotape en 1854. Fuera de lo poco que logró publicar en vida, todo el resto de lo que escribió se convirtió en humo y pavesas en el gran incendio que devoró a Guayaquil a fines del siglo XIX.

Nadie lo oyó en su tiempo. Pero lo que tenía que decir sobre educación y tradición, sobre enseñanza y vida, tiene ahora más valor y significación que nunca. No ha terminado el tiempo de Simón Rodríguez en nuestra América.

Los treinta años que vienen van a ser, con mucho, los más importantes y decisivos en la historia de la América Latina. Para advertirlo no hay que ser muy zahorí, porque no se trata sino de sacar una consecuencia simple y directa de un fenómeno mundial. En lo que va de aquí al comienzo del siglo XXI la situación política, social y económica de todo el planeta va a experimentar los más grandes y decisivos cambios de toda la historia. Es posible que el mundo haya de cambiar en estas tres décadas venideras tanto como cambió de la época de Bismarck hasta nuestros días y más quizás de lo que lo hizo desde la época de Napoleón hasta la Primera Guerra Mundial. Y todo ello en el breve espacio de la vida de una generación. Los hombres que van a realizar y a presenciar esa inmensa transformación radical ya están entre nosotros.

El mundo ha entrado en el tiempo de las grandes concentraciones de poder supra-nacionales. Ya no es tiempo para Prusias o para Inglaterra, sino para Europas, como unidad de medida de poder. La economía se globaliza, los recursos del planeta son unos, la capacidad tecnológica lo es igualmente, y quienes logren el mayor comando de

lo uno y lo otro tendrán en sus manos la llave del poder. Sólo que ningún país aislado lo podrá hacer.

Cuando el auge, tan transitorio, de la geopolítica después de 1918, se puso de moda lanzar apotegmas definitivos de las situaciones de poder. Se decía entonces: quien domina la Tierra Central domina la Isla Mundial, quien domina la Isla Mundial domina el mundo. La Tierra Central era la que iba de la Rusia Occidental a la Europa Oriental, y la Isla Mundial era la masa continental euroasiática. Se estaba en la época de la estrategia de tierra y de agua, no se pensaba todavía en las inmensas consecuencias del dominio del océano global del aire y, por lo demás, se dejaba fuera del cálculo simplemente a los Estados Unidos y al Japón.

Hoy, acaso con menos riesgo de desmentido histórico, se podría decir que quien domina la ciencia, la tecnología y las comunicaciones domina el mundo. Ya el poder no es cuestión de materias primas o de población. Países ricos en materias primas y abundantes de población están entre los que menos cuentan en la escena política. El Japón, que carece de casi todas las materias primas fundamentales y que no tiene sino la octava parte de la población de China o la sexta de la de la India, es, sin embargo, una de las más grandes potencias económicas y políticas gracias simplemente a su capacidad de organización productiva y a su avance tecnológico.

Son varias las grandes concentraciones de poder posibles en el horizonte inmediato del planeta. La que constituyen los Estados Unidos por una parte y la U. R. S. S., por la otra, son realidades del presente. Pero ahora también surgen otras combinaciones. La que ya constituye la Comunidad Europea, que representa una impresionante suma de poder económico y de avance científico. La del Japón. La que pueden constituir a base de recursos financieros crecientes y desmesurados los países petroleros musulmanes. Una posible futura cooperación de los países anglosajones: Estados Unidos, Canadá, Sudáfrica, Australia y Nueva Zelanda, con la no descartable participación de la Gran Bretaña. Y la que en el borde pacífico de Asia puede constituirse en torno a la capacidad japonesa.

La América Latina, dentro de ese mundo que ya es más que un esbozo de lo posible, constituye una de las mayores reservas de espacio geográfico y de recursos naturales. Agua, tierra, minerales escasos, energía, todos los climas, todas las potencialidades para la agricultura y para la industria y una población que en esos mismos años pasará de los trescientos millones actuales a más de seiscientos, con una misma cultura, una misma formación histórica y casi una misma lengua. Pero con todo eso, sin embargo, es visible que no ha sabido hasta ahora o no ha podido aprovechar esas posibilidades de poder y sumar todas sus potencialidades. Dividida, atezada por el atraso, perturbada por la inestabilidad política, parece debatirse sin rumbo, sin clara conciencia ni de sus posibilidades, que son grandes, ni de sus riesgos que también lo son. Su problema podría en una forma extrema reducirse al mal aprovechamiento de sus hombres y de sus recursos materiales. Parece importarnos más la teoría política que la realidad productiva, la emoción social que el progreso económico, la palabra revolución que la palabra creación.

Quien observe la América Latina de nuestros días con ojos libres y desapasionados no puede dejar de advertir esa desproporción entre el propósito y el resultado, entre los objetivos ideológicos y las posibilidades reales, entre los requerimientos primordiales del mundo que está surgiendo a nuestro alrededor o sobre nosotros y la forma en que estamos preparándonos para enfrentarlo y aprovecharlo inteligentemente. En la era del poder tecnológico pareceríamos estar dañinamente poseídos de una anacrónica mentalidad de guerra santa.

El panorama es de inestabilidad, de contradicción, de excesos teóricos y de flacas realidades. La más variada gama de regímenes parece ensayarse en estas tierras. Los resultados positivos no son muy distintos.

Sometida a las presiones y gravitaciones, casi mecánicas, de los grandes centros de poder que emergen en la actualidad, la América Latina no ha sido capaz de poner en marcha un verdadero proceso de cooperación para la ciencia, la tecnología y el desarrollo económico. Parecie-

ra importar más la política que el pan y las palabras que el poder.

La futura y definitiva división de la humanidad podría terminar por ser la que va a separar y distinguir el mundo organizado del desorganizado, el mundo creador del mundo del atraso, el de la ciencia y la capacidad productiva del de los hombres y los recursos baldíos.

No se trata de ninguna fatalidad geográfica irreversible, sino de una fundamental decisión que hay que tomar a tiempo. Ayer mejor que hoy, y hoy mucho mejor que mañana.

Desde hace cierto tiempo, en periódicos y libros de lengua inglesa, especialmente de los Estados Unidos, se ha empezado a designar con el nombre de sub-continente a la América del Sur. No hay nombre neutral ni gratuito, las palabras están cargadas de sentido y de destino y llamar a la parte meridional del continente americano sub-continente implica, en simple lógica, que es una parte más o menos individualizada de una masa continental mayor. La preposición *sub*, desde cuando el latín era una lengua viva, significaba debajo o en situación de inferioridad y dependencia, es decir, de subordinación con respecto a algo mayor o superior.

Esta palabra es relativamente nueva. La acuñaron los ingleses del siglo XIX para designar ciertas partes, geográfica o políticamente caracterizadas, de una masa continental mayor dentro de la nomenclatura del imperio. Por los tiempos de Disraeli sirvió para designar el África del Sur, por oposición a la mayor extensión del continente negro. Más tarde se ha aplicado a la India, dentro de Asia. En ambos casos, designa una porción menor de un conti-

nente que, como lo dice el *Diccionario de Oxford*, «tenga cierta independencia geográfica o política».

Habría que preguntarse en qué sentido puede ser la América del Sur un sub-continente. No corresponde a la idea de porción integrada a una masa continental mayor. Desde el punto de vista de la extensión no es la América del Norte mucho mayor y sería totalmente absurdo que se llamara continente a la parte norte y se reservara el tratamiento de sub-continente a la parte sur. A menos que se pretendiera dividir el continente americano en dos grandes sub-continentes, el septentrional y el meridional, con lo que desaparecería la noción misma de que existe un continente americano. ¿De quién sería sub-continente el Norte y de quién lo sería el Sur?

En la vieja geografía que se estudiaba en mis tiempos de escolar no había sino cinco continentes: Europa, Asia, Africa, América y Oceanía. Ahora, por Dios sabe qué motivaciones de geopolítica, se suelen contar siete, que en orden de tamaño serían: Asia, Africa, Norteamérica, Sudamérica, Antártida, Europa y Australia.

Esta noción pugna con las realidades geográficas y culturales. Culturalmente, al Sur de los Estados Unidos, en el vasto espacio de la llamada América Latina, están dos tercios de la tierra americana.

Desde el punto de vista de la geografía es América la masa continental más definida. Aislada por dos inmensos océanos del resto de las tierras, pudo concebírsela cuando el interés político así lo aconsejaba, como un todo integrado al que se llamó en conferencias internacionales, después de la Segunda Guerra Mundial, el Hemisferio Occidental. Ninguna otra masa continental, con excepción de la Antártida que es un desierto de hielo y de Australia que tiene como extensión menos de la mitad de la América del Sur, está tan físicamente individualizada. Todo el continente americano se puede recorrer por tierra de extremidad polar a extremidad polar y no es posible venir por tierra hasta él de ninguna otra masa continental. Desde un punto de vista meramente geográfico Europa, Asia y Africa forman en realidad una sola masa continental totalmente conectada por tierra, hasta el pun-

to de que se ha podido decir de Europa que no es sino un cabo de Asia y que los antiguos ejércitos turcos iban de Viena hasta el Norte de Africa sin pasar por otro mar que la estrecha lengua de agua del Bósforo. Esa inmensa masa unida es lo que precisamente se ha llamado por esa razón la Isla Mundial.

Por otra parte, si se fuera a discutir con rigor histórico a cuál de las dos porciones, Norte y Sur, le corresponde el nombre de América habría que caer sin remedio en que por irrefutables títulos le corresponde a la América del Sur.

La primera vez que el nombre de América apareció en un mapa fue en el que elaboró en 1507 en Francia Martín Waldseemuller, siguiendo las descripciones que Américo Vespucci había hecho en 1500 en su famosa carta a Lorenzo de Pier de Médicis. Lo que Vespucci conoció del nuevo continente fue precisamente la costa que va desde el Cabo de San Agustín en el Brasil hasta el Golfo de Venezuela, y es sobre esa descripción que el cartógrafo Waldseemuller traza el perfil del Nuevo Mundo en su mapa y coloca por primera vez el nombre de América sobre un pedazo de territorio que hoy corresponde al Brasil y Venezuela. Las primeras colonizaciones inglesas no vinieron a hacerse en el Norte, sino ochenta a cien años más tarde cuando en 1584 Raleigh funda infructuosamente Virginia o cuando en 1607 se funda definitivamente Jamestown.

Sería por lo menos una injusticia histórica que lo que hasta bien entrado el siglo XVIII fue fundamentalmente América pase ahora a ser el sub-continente de una América cuya masa principal debe hallarse en otra parte.

La América del Sur no es un sub-continente, ni tampoco es un continente. El continente es el Nuevo Mundo entero al que bautizó el cartógrafo de 1507 con el predestinado nombre de América. Lo sensato es dejarnos de «peligrosas novedades», como hubieran dicho nuestros abuelos y volver a la llana y simple nomenclatura que divide el continente en tres porciones: América del Norte, América Central y América del Sur. Ya no es tiempo para que nos bauticen de nuevo.

Se va a cumplir un centenario del nacimiento de José Enrique Rodó. Ya casi nadie lo lee. Sin embargo, a comienzos de este siglo no hubo escritor hispanoamericano con más prestigio e influencia que el uruguayo tímido, misógino y orgulloso. Había algo de encantamiento y fascinación en ese culto. No era tanto lo que había dicho, sino cómo lo decía. Había llevado a una perfección formal extraordinaria su frase. Con él la gente de nuestra América parecía confirmar una vieja predilección por el lenguaje artístico. Podían haber repetido y en cierto modo lo habían hecho ante la historia, la frase del personaje de Shakespeare: «Dadme el decir bellas palabras y tomad para vosotros todo lo demás.»

Rodó perteneció cabalmente a la larga y contrastada familia de los pensadores y maestros de juventudes, que llenaron el escenario intelectual de la América Latina por todo un siglo desde Bello y Sarmiento hasta Vasconcelos, quien fue en rigor el último que revistió esa dignidad mítica y casi pontifical. Fueron hombres de distintas opiniones y actitudes que divulgaron, con variable retardo, las ideas dominantes en la Europa de su tiempo. Fueron

sucesivamente racionalistas, románticos, positivistas, cientifistas y renanianos. Fueron desde el culto de la libertad al culto de la ciencia, desde la glorificación de la experiencia de los Estados Unidos hasta la hostilidad contra ellos, desde el espiritualismo hasta el escepticismo. En general fueron más hombres de emociones que de rigor de ideas. Se limitaban a proclamar las excelencias de algún principio o de algún ejemplo que consideraban digno de ser seguido o imitado. Pero todos se caracterizaron por el refinado don de la expresión. Eran eso que se llamó con una palabra hoy justamente olvidada: estilistas. Lo que en el fondo no era otra cosa que ser retóricos.

Eran retóricos y hombres de ideas generales en un mundo que requería, más que otra cosa, comprensión, conocimiento y sentido del hacer posible. A pocos de ellos sobrevivieron sus ideas. Los que han quedado lo lograron por obras de testimonio o de creación. Como Sarmiento en *Facundo* o Vasconcelos en los rezumantes tomos de su autobiografía.

Rodó apareció joven, en el comienzo mismo de este siglo. Venían a él varias vertientes. Una histórica, la de la derrota de España por los Estados Unidos en la guerra de Cuba. Ese acontecimiento produjo un inmenso trauma en el mundo hispánico. Fue el punto de partida de aquella introspección angustiada sobre el propio ser que realizaron sin tregua los españoles de la generación del 98. En aquella corta y decisiva guerra con «los salchicheros de Chicago», ¿qué era lo que había vencido y qué era lo que había quedado derrotado? Se regresó a las raíces, al Quijote, a los místicos, en busca de razones y de vías para salir de la confusión. Muy pocos supieron darse cuenta de que lo que había ocurrido era el evidente resultado del choque entre una poderosa nación industrial y un viejo país mal preparado y anacrónico.

La otra vertiente fue la del modernismo. Una renovación, con mucha influencia francesa, de la poesía y del lenguaje de la literatura hispanoamericana.

En 1900, Rodó, que no tiene treinta años, publica *Ariel*. Era una afirmación altanera, hermosa y casi irracional de la supremacía del espíritu sobre la materia, y del

triumfo final de la belleza y el bien sobre el utilitarismo y la fuerza. No pudo llegar en un momento más oportuno. Se convirtió en el breviario de la juventud hispanoamericana. Llegó a ser como un texto sacro. Hablaba de una resurrección de cierto espíritu griego, que posiblemente nunca tuvo realidad histórica, y de un amor de la humanidad inspirado en la caridad cristiana. Al hablar a sus discípulos el maestro Próspero, que no era sino el trujamán de Rodó, no recordaba que Grecia tuvo también una economía, y una fuerza militar, y una política del mar y un orden social riguroso, que fueron las bases sobre las que pudo desempeñar su papel histórico. Ni tampoco advertía que en la historia no ha habido nunca resurrección y mucho menos la de un mito remoto.

En el mejor sentido fue oratoria sagrada y como tal creó un clima emocional de comunión mística con cierto soñado destino espiritual para la América hispana. No tenía asidero posible en la realidad. Cuando Rodó muere a los cuarenta y seis años, en 1917, ya su estrella comenzaba a descender. La Primera Guerra Mundial se encargó de revelar hechos y realidades que nada tenían que ver con el discurso de *Ariel* y que en mucho lo contradecían. El nuevo mito era otro: la Revolución.

Alguna vez, sin embargo, pareció acercarse a una mejor comprensión del ser hispano-americano. Fue cuando hizo el elogio de Bolívar. Sin embargo, el tono de oración sagrada le impide comprender la gran lección de realismo y tarea práctica del hombre de las campañas sin recursos y del discurso de Angostura.

Parecía haber escogido para él y para nosotros el mundo de las bellas palabras, sin darse cuenta de que sería suicida renunciar o ignorar en favor de otros el mundo de las realidades.

Las doctrinas siempre están amenazadas de una especie de peligrosa y reptante arteriosclerosis. En manos de los seguidores elementales y simplistas tienden a la rigidez que las separa de la realidad. Así pasó con aquellos doctores de la Edad Media cuya teología terminaba en una cabeza de aguja y en el número de ángeles que podían caber sobre ella.

Hoy pasa con los últimos doctrinarios rígidos que quedan en nuestro mundo, que son los marxistas elementales. Del vasto conjunto todavía no enteramente esclarecido y frecuentemente contradictorio, de todo lo que escribió y pensó Marx a lo largo de su vida, no conocen sino las más superficiales generalizaciones, y a ellas se aferran para aplicarlas con un celo conmovedor de catecúmeno asombrado que cree que toda la verdad y todo lo que hay que saber le ha sido revelado en alguna fórmula escueta de desarmante sencillez.

En una de esas increíbles simplificaciones deterministas se llega a decir que a los países atrasados, y en particular a los hispanoamericanos, no les corresponde hacer arte moderno, ni ponerse al día en el pensamiento por-

que una especie de fatalidad histórica y de retraso congénito no les permite, sin grave contradicción, hacer nada que se parezca a lo actual en los países desarrollados.

Si esta doctrina se lleva a todas sus consecuencias evidentes, no significaría otra cosa sino que los países atrasados no pueden ni crecer, ni desarrollarse, ni ponerse al día, sino permanecer en una especie de mundo de segunda mano, en un respetuoso e insalvable retraso con respecto a los países adelantados, sin esperanza alguna de ganar tiempo.

Con esta teoría no hubiera podido haber independencia americana sencillamente porque el retraso histórico nos hubiera impuesto abstenernos de leer a Rousseau o a Montesquieu, que eran demasiado adelantados para nosotros entonces, y conformarnos con las doctrinas políticas de los Comuneros de Castilla, que era lo más que nos podía permitir la fatalidad insalvable del retraso histórico.

Ha habido en la América Latina, a lo largo de su existencia, un retraso cierto ante la hora del mundo occidental. Pero ese atraso constituyó más bien un desafío y un estímulo para avanzar y alcanzar la plena hora de la contemporaneidad occidental. El diario de viajes de un criollo como Miranda, asomado a la Europa de las Luces, está lleno de anotaciones sobre novedades y adelantos que podían ser incorporados a su mundo indiano. No pensaron ellos, afortunadamente, que no podían intentar fundar repúblicas porque el atraso ineluctable del reloj de la historia americana los condenaba, a lo sumo, a alguna forma tímida de monarquía constitucional o de dominio con representación.

Ha sido igual el caso en la literatura y el arte. Los criollos trataron siempre de estar al día en las novedades. Rubén Darío va a Francia en un viaje de descubrimiento del que surge el primer gran momento universal de la literatura hispanoamericana. Con la teoría del reloj atrasado no ha debido ir más cerca del neo-clasicismo o acaso del primer romanticismo.

Si esta teoría se aplicara a las artes plásticas, nuestros pintores deberían estar limitados al estilo académico de

los premiados en los viejos salones oficiales de París. No sería todavía, en rigor, hora para que la América Latina se asomara siquiera al impresionismo. Habría que esperar todavía a que el reloj del atraso invencible sonara su vieja campana. A esto lleva el rigor determinista.

Lo curioso es que muchos de los que sostienen esta extraña tesis lo hacen en nombre de alguna forma de marxismo. Al hacerlo incurren en una flagrante contradicción, porque si en Hispanoamérica no estamos todavía en tiempo siquiera de comenzar con el impresionismo en plástica, es evidente, para no ser incongruentes, que tampoco estaríamos en hora de predicar el marxismo, sino a lo sumo alguna doctrina política del siglo XVII, algo que no vaya más allá de Hobbes. Y nuestro modelo de revolución debíamos tomarlo de las revueltas campesinas de la época de Lutero, o a lo sumo de Cromwell.

En materia filosófica tampoco podríamos estar más acá de Hume y de los primeros atisbos positivistas de Comte. No estaríamos maduros para *El Capital* y mucho menos para Marcuse.

En uno de sus olvidados libros Anatole France imagina, irónicamente, la escena de un grupo de intelectuales de la Alejandría de la decadencia, que comentan con horror el destino del mundo amenazado por la creciente invasión de los pueblos bárbaros del Norte. Alguno de los contertulios dice aproximadamente: «¿Cuándo y cómo esos germanos primitivos podrán entender los refinamientos a que hemos llevado la música y la filosofía?» Afortunadamente para ellos, los bárbaros no tenían ninguna creencia en la fatalidad del reloj atrasado y haciendo todo lo que podían llegaron a dar a Bach, a Mozart y a Beethoven por un lado, y a Leibniz, Kant y Hegel por el otro.

Como lo sabe la física moderna, el tiempo es una noción relativa y subjetiva. No hay ningún reloj maestro en el universo. Somos los hombres los que vivimos y en buena parte creamos el tiempo. Sin que ninguna fatalidad metafísica nos obligue a permanecer, bajo pecado de orgullo, en un respetuoso e infranqueable retraso de años o generaciones con respecto a ninguna hora relativa

de este pequeño planeta que está más poblado de disparates que de hombres.

Sería bueno recordar lo que Goethe, un hijo de bárbaros que no creía en relojes fatales, dijo auspiciosamente: «Gris es toda teoría, pero verde y dorado es el árbol de la vida.»

México ha levantado el más extraordinario monumento a su pasado indígena. Desde hace pocos años se ha completado, entre la arboleda frondosa y alta del bosque de Chapultepec, la obra gigantesca y admirable del Museo Nacional de Antropología.

En un área de 125 mil metros cuadrados, que bordea el Paseo de la Reforma, se alza la vasta y simple construcción de piedra nítida que se extiende en torno a un inmenso patio interior. El espacio abierto está dominado por un elevado techo aéreo sostenido sobre una columna de piedra labrada que remata en una fuente circular de donde llueve sobre el pavimento desnudo. Al fondo hay un espejo de agua. La impresión dominante es de simplicidad y grandeza.

El Museo ha sido concebido como un testimonio directo y viviente de la historia cultural anterior a la conquista española. Es la afirmación de uno de los dos grandes polos en torno de los cuales se teje el fecundo proceso del rico mestizaje cultural de México. Allí están los dioses que representaban a los hombres y los testimonios sobrecogedores del desarrollo y el carácter de aque-

llas civilizaciones que tuvieron por largos siglos como escenario el vasto mundo mesoamericano.

Es como una gran lección de cosas. Ruskin y Proust comparaban a la catedral de Amiens con una Biblia de piedra. En el Museo Mexicano está en piedra el Popol Vuh, el Libro de Chilam Balam y todo lo que Sahagún recogió en palabras que iban a morir.

El Museo está hecho para enseñar y hacer comprensible aquel remoto y difícil pasado. Comienza por una Sala de Introducción a la Antropología donde en ejemplos gráficos, diagramas, películas y cintas grabadas se explica el contenido y los fines de esta ciencia de los orígenes del hombre.

Luego siguen, en vasta serie cronológica, las culturas sucesivas. Cada inmenso monolito o cada vasija están colocados con fino sentido dramático para hacer su presencia más poderosa y completa. Desde el macizo Tlaloc de la lluvia, que es una cuadrada mole de piedra que nos recibe en el jardín exterior, hasta las pequeñas bailarinas de barro policromo de la región de Veracruz. Desde el tiempo preclásico primitivo hasta el llamado postclásico tardío, contemporáneo de la llegada de Cortés. Los horizontes arqueológicos se suceden en una serie de más de tres mil años, desde la época coetánea de los sumerios hasta la de los Reyes Católicos.

El desfile de las grandes civilizaciones comienza con la de Teotihuacán. Está allí el testimonio de los constructores de pirámides de la meseta. En las vastas salas iluminadas están las maquetas de la ciudad y la presencia en piedra del tema obsesionante de Quetzalcoatl, la Serpiente Emplumada, que con su doble don de vuelo y muerte era como la señora de la vida. Sobre la entrada, para evocar las sombras que labraron aquellas maravillas de piedra y barro, están inscritos los versos del Códice Matritense: «Cuando aún era de noche, / cuando aún no había día, / cuando aún no había luz, / se reunieron, / se convocaron los dioses, / allá en Teotihuacán.»

El mayor espacio está destinado a los mexicas o aztecas, fundadores de Tenochtitlán, en una enorme galería que cierra al fondo el gran patio del museo. Todo lo esen-

cial está allí, desde los inmensos monumentos conocidos como la rueda del Calendario, hasta las poderosas estatuas monolíticas, como la de la Coatlicue, madre de los dioses y de los hombres, cubierta de un espeso tejido de serpientes, cuyo rostro, ojos y boca están formados por la oposición de dos cabezas de serpiente de cascabel. Desde otro espacio, con una cara de mirar sereno que emerge del pico abierto de un águila, habla en su mudez el llamado «Caballero-Aguila», hombre final de un mundo que tenía a su espalda a Coatlicue y a su frente la tropa olorosa a pólvora y a sudor de caballos de los conquistadores.

En todo el Museo habla la piedra viviente, desde las formas más pesadas y rígidas hasta las más graciosas y ligeras. Desde las salas de Oaxaca y el Golfo hasta las de los Mayas. Y en todas ellas se reitera el oscuro mensaje de la Serpiente Emplumada. Una de las más gráciles y tardías es una estela alta, de tres metros, fina y curvada como una palmera bajo el viento, que es una representación huasteca de Quetzalcoatl, como señor del viento. Todo lo trágico y amenazante está lejos de esa figura estilizada que se prolonga en una larga mitra y que parece inerte y serena frente a la tempestad de la historia que iba a venir.

No se exagera si se dice que no hay acaso en el mundo un museo mejor concebido y más eficaz y hermoso que éste. Es un museo que enseña, que recuerda y que habla en los términos más sencillos e inolvidables. Y que le entrega a cada mexicano que entra el testamento de un pasado grandioso que lo obliga en el presente.

En México, entre otros hombres interesantes, encontré a Vianna Moog, el escritor y sociólogo brasileño. Es un gigante pausado, rubio y canoso, que delata su ascendencia holandesa y que habla en un claro español lleno de resonancias dulces de su portugués americano. Es hombre comedido y hasta un poco tímido.

Carlos Pellicer, con su imponente cabeza rapada de quelonio del terciario, nos había invitado a almorzar en su casa de Tepoztlan, en Morelos. Bajamos de la meseta de Anahuac, en un día del aire más transparente, dando vueltas por aquellas inacabables lomas y filas de bosques y tierras leonadas o azules, hasta las calles empedradas y terrosas de Tepoztlan. Carlos nos tenía un almuerzo mexicano y un espectáculo inolvidable. Desde la terraza voladiza, a la sombra de un gran ciruelo de indias, donde estaba la mesa, se presentaba el más extraordinario paisaje. Cerrando el estrecho valle montuoso, se alzaba un enorme farallón de piedra lavada en formas cónicas, como los tubos apretados de un órgano de cíclopes, que terminaba muy arriba, en el azul del cielo. En una de las crestas asomaba la perfecta forma de una

pirámide indígena. Entre otros estaban presentes León de Greiff y Demetrio Aguilera Malta.

Se habló de letras, de política, de recuerdos. Con el recuerdo del Curazao del Pellicer del año 20 pasamos muchos recuerdos: «Pásame el puente de Curazao...» Y hablamos, claro está, del presente y del destino de los pueblos hispanoamericanos. Al pie de la inmensa muralla de rocas coronada por su pirámide heráldica, con algún trago de viejo mezcal o de vino de Francia.

¿Qué ha frenado a la América Latina en el camino hacia el desarrollo? Vianna Moog repetía con convincente y serena reiteración las tesis de su libro *Bandeirantes y Pioneros*.

El Brasil, y el resto de Hispano América, habían iniciado su colonización cien años antes que los Estados Unidos. Moog rechazaba las viejas tesis racistas de la superioridad de los anglosajones que tanto eco tuvieron en nuestros positivistas de fines del siglo pasado. Pero no desechaba las barreras naturales del clima y la geografía. Recordaba el estruendoso fracaso de Ford en su empresa por desarrollar el Amazonas. Recordaba la desastrada suerte de la pequeña emigración norteamericana que se fue a colonizar al Brasil a raíz del fin de la Guerra de Secesión en el Norte.

Además del clima y de la geografía la diferencia fundamental estaba en el punto de partida. Los Estados Unidos los hicieron los pioneros, gentes imbuidas de un espíritu religioso práctico, que venían con sus familias a trabajar y establecerse en las soledades del Nuevo Continente, avanzando por los inmensos espacios que van desde la costa atlántica hasta el Missisipi. En cambio, el Brasil fue la hechura de los bandeirantes, aquellos hombres que, provistos de una carta del rey, alzaban una bandera y se metían con un puñado de aventureros, sin mujeres, ni propósito de establecerse, en la inmensidad selvática a hacer esclavos y a buscar oro. No era una empresa de trabajo, sino de guerra y depredación. Buscaban regresar pronto a la costa, o a Portugal, con mucha riqueza. El trabajo era para los esclavos. No iban a crear un centro de vida civilizada y laboriosa, sino a saquear

los espacios desconocidos. El caso es similar en toda la América Hispana. Los que vinieron no fueron colonizadores, sino conquistadores. La Conquista del continente del Norte fue el resultado de una lenta y continua ola de colonización; la escasa y aislada colonización del Sur fue el resultado de una conquista militar, rápida y depredatoria. El bandeirante o el conquistador crearon los paradigmas morales y los mitos nacionales de los nuevos países. No conocimos una colonización de pioneros.

Esta herencia ha creado una mentalidad colectiva que actúa como un freno al desarrollo. No basta incorporar métodos y prácticas de otros países si se olvida este aspecto decisivo. Estas observaciones vuelven a tener actualidad en nuestros días; después de más de una década de esfuerzos mundiales para impulsar los países subdesarrollados el balance es poco halagüeño. Gunnar Myrdal, en su libro reciente sobre la pobreza del mundo, concluye que no basta con importar prácticas y fórmulas de países desarrollados. En Asia y en Africa se tropieza con otros obstáculos, con las limitaciones y los frenos de las tradiciones de tribu y de las actitudes religiosas. Hay un problema de mentalidad.

Con Vianna Moog pensábamos que para la América Latina una parte del problema del desarrollo tiene que ver con la herencia y con los mitos de los bandeirantes y los conquistadores. En el escenario increíble de la hondonada de Tepoztlan, donde es fácil visualizar el gran drama de la historia de los pueblos hispanoamericanos.

No es nueva ni joven la América Hispana. En efecto, en muchos sentidos es una vieja sociedad, con antiguas y establecidas tradiciones que es la heredera de añejas culturas. Sin embargo, se sigue hablando de las hispanoamericanas como de jóvenes naciones. Tal vez tiene que ver con esto la poderosa imagen del Nuevo Mundo, que el florentino Vespucci puso para siempre sobre el espacio de las tierras recién descubiertas por los europeos.

Ya en su tiempo, Bolívar observaba que éramos «viejos en los usos de la sociedad civil». Antes de la llegada de los españoles había en América centenarias culturas desarrolladas. Algunas como las de los mayas, eran tan viejas que ya estaban en la decadencia. En Tenochtitlán y el Cuzco había llegado a su florecimiento una civilización que causó asombro a los conquistadores. Arquitectura, artes, danzas, técnicas, y una organización del Estado más eficaz, en muchos aspectos, que las guerreras e inestables monarquías europeas.

Lo que vino de afuera también era viejo. Vino en los conquistadores la Castilla del final de la Edad Media, con una lengua y una religión formadas en más de quince si-

glos de historia. Con una estructura social y una concepción del mundo que venía de las más viejas fuentes del Mediterráneo. La ciudad, la casa, la familia, la ley que trajeron, venían de Mesopotamia, de Egipto, de Creta, de Grecia, de Roma, de los germanos y de los sarracenos. Todo lo más vetusto de Occidente llegó con ellos. Lo primero que hacían era aplicar una institución romana: establecer un cabildo, y dar un nombre del sanctoral católico a las nuevas tierras y las fundaciones.

Los negros, arrancados de la costa occidental africana, traían la herencia de algunas de las más viejas culturas del hombre. Eran culturalmente tan viejos como los frescos de las grutas de Tassili, o como el cráneo humano de tres millones de años que se ha descubierto recientemente en Kenia. Negros, indios y blancos eran representantes de muy viejas civilizaciones.

Lo nuevo, sin duda, fue el encuentro en la tierra americana. Pero ese encuentro mismo no fue sino un acomodamiento y mestizaje de las viejas culturas. Y ya no es tan reciente. Dentro de pocos años se va a celebrar el medio milenario del descubrimiento de América. La palabra descubrimiento pone todo el hecho en una perspectiva europea. Sería más justo decir que se van a cumplir quinientos años del encuentro de las tres civilizaciones, provenientes de los tres grandes núcleos raciales, caucoides, mongoloides y negroides, en el continente americano.

Ese rico proceso de encuentro y mezcla, que determina la originalidad de lo hispanoamericano, se ha estado realizando por casi cinco siglos. Es ya una vieja situación a la que le cuadra mal el calificativo de nueva o de inmadura.

Culturalmente Hispano-América es más vieja que los Estados Unidos, el Canadá, Australia o África del Sur. Sus Estados nacionales se constituyeron definitivamente en el comienzo del siglo XIX antes de que Bélgica, Alemania o Italia llegaran a la integración nacional. Las ciudades y jurisdicciones políticas de la América Latina son las más antiguas del continente. Santo Domingo, La Habana, Panamá, México, Lima, Quito, Buenos Aires o

Caracas son del siglo xvi. En 1528 a la isla de Cubagua, en la costa de Venezuela, en donde se alzaba una ciudad con su convento, su iglesia y su palacio de Gobierno, llegaban libros de Bocaccio y de Erasmo y se celebraban elecciones municipales. Faltaba un siglo para que se fundara Nueva York en 1626, y más de doscientos años para que comenzara Chicago en la ribera del lago Michigan.

Los visitantes que llegaron a la América Hispana hasta el siglo xix no nos han transmitido la impresión de haber conocido una sociedad primitiva, inmadura o sin raíces. En general hablan con sorpresa del aspecto monumental de las ciudades y del refinamiento social de las gentes. Es la imagen que nos queda de México y de Lima a fines del siglo xviii en la prosa confidencial de los visitantes extranjeros. Hablan de las ceremonias, de los palacios y los templos, de la etiqueta, de la compleja arquitectura social no menos complicada y curiosa que la del barroco de las fachadas y los altares. Hallaban contertulios cultos y gente al día de lo que pasaba en Europa. Humboldt no oculta su asombro del interés por las novedades políticas y culturales del Viejo Mundo que halló en las graciosas ciudades americanas.

En distintas formas era el mismo asombro que el viajero francés Paul Marcoy sintió una noche de 1850 y tantos, en una remota aldea de los Andes peruanos. Entró al único miserable ventorrillo abierto. Junto a la humosa cocina, donde una chola se atareaba, estaba en cucullas, envuelto en su manta raída, un hombre que parecía un viejo mestizo de la sierra. Mientras calentaban algo de comer se puso a hablar del camino y las durezas del trayecto. Al rato estaban hablando en francés de las doctrinas de Saint-Simon, del significado de la Revolución y de los problemas de la educación en la América Latina. El inesperado contertulio era Simón Rodríguez, maestro de Bolívar, visionario del Nuevo Mundo y acaso el hombre más penetrante y original de la América de su tiempo.

Don Simón creía que teníamos que inventar, no imitar. Una de las formas de la imitación y de la repetición

pasiva de lo recibido consiste en seguir hablando de la joven América Latina. Es una manera de excusarnos, de eludir la realidad y de no enfrentarnos con ella. No somos tan jóvenes los hispanoamericanos como para seguirnos engañando con ese pretexto.

En estos últimos tiempos ha tenido extraordinario éxito un programa de televisión en Inglaterra y en los Estados Unidos. Se presenta bajo el simple y llano título de «Civilización», y está hecho por medio de la intervención directa y personal de un expositor o conferencista que es el profesor inglés Kenneth Clark, recientemente ennoblecido por la reina con el título de Lord Clark.

El programa consiste en una exposición oral, acompañada de documentación gráfica, sobre los grandes monumentos, los rasgos creadores y los mayores personajes de la civilización occidental. Ha tenido extraordinaria acogida, lo cual revela que hay un deseo profundo de conocimiento en el hombre y que la televisión puede ser un instrumento adecuado de divulgación cultural, y su texto escrito se ha convertido en un libro de gran circulación en los países de lengua inglesa, bajo el mismo nombre de «Civilización». Clark, como la mayoría de los anglosajones, no improvisa sus palabras, sino que las lee o las memoriza.

He leído este libro, que pretende ser un retrato de la

civilización occidental desde sus orígenes medievales hasta nuestros días y que destaca lo esencial de lo que como civilización ha creado el hombre occidental.

Sin embargo, comienza con una declaración enfática que a mí me parece por lo menos peregrina y, en todo caso, digna de no dejarla pasar inadvertida. Dice allí el crítico Clark, que ha sido profesor universitario y director del Museo Nacional de Arte de Londres:

Hay algunas omisiones en este libro. Algunas de las más graves y ofensivas me fueron impuestas por el título. Si yo hubiera estado hablando de historia del arte no me hubiera sido posible dejar fuera a España, pero cuando se me pregunta ¿qué ha hecho España para ampliar la mente humana y para empujar al hombre unos cuantos pasos hacia arriba?, la respuesta es menos clara: ¿«Don Quijote», los grandes santos, los jesuitas en América del Sur? Por lo demás ha seguido, simple y llanamente, siendo España y desde el momento en que este programa no puede tratar de países aisladamente, no encontré manera de poderme ocupar de este país sólo.

Habría que preguntarse qué entiende el señor Clark por «civilización» y él mismo se encarga de decírnoslo más adelante en una de las primeras charlas de su libro. Dice:

¿Qué es la civilización, o en qué consiste la civilización? Yo no puedo definirla en términos abstractos. Sin embargo, pienso que la podemos reconocer cuando la vemos, como la estoy viendo yo ahora. Ruskin decía: «Las grandes naciones escriben su autobiografía en tres manuscritos: el libro de sus hechos, el libro de sus palabras y el libro de su arte. Ninguno de estos libros puede ser entendido si no leemos los otros dos, pero de los tres el único importante es el último, el libro del arte.»

Si esto es lo que el señor Clark entiende por «civilización», es absolutamente imposible escribir la historia de la civilización occidental, dejando pura y llanamente fuera a España y al mundo hispánico.

Podríamos, frente a esto, adoptar una actitud de indignación piadosa, de ira, de dignidad ofendida, y decir que somos en este momento cerca de doscientos cincuenta millones de hombres herederos de la cultura hispánica y que ni el señor Clark ni nadie tiene el derecho de infe-

rirnos tan gratuita injuria. Pero no es esta la forma en que habría que plantear esto; habría que hacerlo del modo más objetivo, y es lo que me propongo tratar de hacer aquí brevemente, precisamente en un programa que pretende tratar de la civilización.

La de Clark no es una posición malhumorada, no se trata de un enemigo del mundo hispánico o de uno que lo odia. Se trata, a lo sumo, de alguien que en gran parte ignora al mundo hispánico o que tiene prejuicios contra él, y esto es muy explicable porque en el siglo XVI ocurrió en Europa el gran cisma luterano. Generalmente, cuando hablamos de la Reforma y del cisma de Occidente, pensamos que fue una guerra de religión que duró cierto tiempo y se resolvió. Es mucho más que eso, es infinitamente más que eso, fue una gran ruptura de la civilización occidental. La civilización occidental se partió literalmente en dos mitades: los países de la Reforma y los países que no hicieron la Reforma y que representaron lo que más tarde se llamó la Contrarreforma. Eso no se limitó solamente a la esfera religiosa, fue una pugna sobre principios y disciplinas religiosas, fue una actitud frente a la vida, fue una concepción del hombre, fue una posición política, fue todo un complejo de acciones que tenían que ver con el poder político, económico y el militar. Entonces se separó y se creó un mundo del norte de Europa, que fue luterano reformista religioso y en el que se crearon las condiciones para la creación del moderno capitalismo y de la revolución industrial, y otro mundo diferente, del sur de Europa, que fue el del catolicismo, el de la autoridad papal, que tuvo un desarrollo distinto, porque estuvo presidido por una mentalidad distinta.

Carece de sentido hacer una dicotomía y decir: la civilización es la que queda de la raya de la Reforma hacia el Norte, y lo que hay de esa raya hacia el Sur dejó de ser civilización. Con semejante corte habría que dejar afuera a Grecia, todo el Mediterráneo, por lo menos a media Francia y a toda Italia, y, sin duda, a España y Portugal. Yo no sé si la historia europea puede resistir semejante gigantesca y traumática mutilación.

Pero, ¿es posible pensar que la historia de Occidente se puede escribir con prescindencia del mundo hispánico?, ¿que no hay presencia fundamental del mundo hispánico en ninguno de los tres libros de que habla Ruskin, es decir, ni en el libro de los hechos, ni en el de las palabras, ni en el de las artes? Yo no lo creo y, aún más, pienso que es absolutamente absurdo sostener lo contrario, a menos que se esté engeguado por el prejuicio de la Reforma, por la herencia del cisma luterano que cerró todo el norte de Europa a la comprensión y la inteligencia del Sur.

Para empezar, en la hechura de la civilización occidental hay un hecho que ocurre muy temprano y que es muy importante. Cuando Europa cae en la barbarie de la primera Edad Media, después de la disolución del Imperio Romano, la primera luz de civilización regresó a través del mundo árabe. Los árabes salvaron la herencia griega, todo lo que pudieron recoger de ella en la debilitada Bizancio, y la trajeron en su invasión hacia el Oeste y por el puente de los árabes volvió el pensamiento griego a Europa: Euclides, las matemáticas, Platón, la historia, la poesía. El arco maestro de ese puente fue España. En ningún otro país se hizo un contacto más grande, más importante y más completo entre el mundo islámico y el cristiano que en el ámbito de la España medieval. Durante setecientos años convivieron los musulmanes y los cristianos, cortándose la cabeza a ratos y trabajando juntos otros, y de eso quedó no solamente una floración de monumentos que son de los más extraordinarios del genio humano, como la Mezquita de Córdoba, sino que quedó una impronta. Futuros Papas y abades fueron a Córdoba a estudiar. Córdoba fue durante dos siglos o más la capital cultural del mundo europeo. Allí iban los ingleses, los alemanes, los franceses, los lombardos, a recibir la enseñanza de la sabiduría de los griegos, y en Toledo se fundó en pleno siglo XI la famosa escuela de traductores, que fue el centro más activo de conservación y difusión de la cultura que conoció la Edad Media.

Todo eso se hizo en tierra española, y ese puente tendido entre el mundo de los griegos a través del Islam

hacia Europa lo realizó España. Yo me pregunto: ¿se puede escribir la historia de Europa ignorando a este fundamental hecho que tan directamente influye, del que surgen y nacen una serie de consecuencias de primer orden, que van a influir la literatura, el pensamiento, la filosofía? ¿Se podría escribir la historia de Europa sin Aristóteles y Platón, que en gran parte penetraron por medio de los musulmanes españoles, o sin Averroes o sin todo lo que significó para la creación de la lírica la poesía que se forjó en esa región de frontera entre musulmanes y cristianos en España? Y para la arquitectura, ¿no se manchó, no se impregnó, no se permeabilizó de creación arquitectónica y artística mudéjar, irradiada desde Córdoba y las grandes capitales del Califato la arquitectura del norte de Italia y buena parte de la del resto de Europa? Sin embargo, aparentemente es posible borrar esto de la historia de la civilización y seguir pensando que no le debe nada la civilización europea.

Pero hay otro episodio que nadie puede ignorar. En su estilo pomposo decían los viejos cronistas una frase que es difícilmente exagerada: «Después de la encarnación de Jesucristo, el hecho más importante de la historia es el descubrimiento del Nuevo Mundo.» Y claro que lo es.

No ha habido acontecimiento singular más importante en la historia de la civilización occidental que el descubrimiento de América. No el descubrimiento azariento, no el hecho de que unas galeras llegaran un día a un territorio nuevo y entraran en contacto con él, sino eso que hay que llamar con su verdadero nombre, «la empresa de Indias», como la llamaban ellos o como la llamaron luego con más justicia, la creación del Nuevo Mundo, porque allí se completó a Europa y se creó una influencia de regreso sobre el Viejo Continente que modificó todo el panorama. Cambió la economía, las artes, el pensamiento, surgieron en tierras del Nuevo Mundo algunos de los más extraordinarios monumentos que el hombre había conocido, como la fabulosa catedral de México, como las maravillas de arquitectura y de pintura que surgieron del gran proceso del mestizaje americano.

Se crearon las Leyes de Indias. Yo me pregunto si el

señor Clark cree que las Leyes de Indias no tienen un papel en la historia de la civilización occidental; yo me pregunto si se puede creer que, por ejemplo, el pensamiento de Francisco de Vitoria no significa nada. España fue el único poder imperial en el mundo que sintió un grave problema de conciencia. Reunió a sus teólogos y a sus juristas para decidir una cuestión fundamental que no preocupaba a ningún rey de Europa: si tenían derecho o no a ocupar territorios que pertenecían a los indios, con qué justa causa podían hacerlo, y este fue motivo de grandes debates y de esa legislación que creó la primera norma y la primera preocupación para algo que sigue siendo conflictivo en nuestro mundo de hoy. ¿Qué llamamos nosotros el gran problema del Tercer Mundo, sino la pugna de los países desarrollados del Norte con los países de menos desarrollo de las razas de colores de Asia, de Africa y de los indios americanos? Ese problema que llamamos hoy del Tercer Mundo, que era el contacto de una civilización adelantada con una civilización atrasada, no se hizo nunca con ningún pudor, sino con la desnuda fuerza de las armas. El único Estado que se perturbó mental y espiritualmente al hacerlo fue España. Francisco de Vitoria creó el derecho internacional al formular normas por las cuales expresaba que esos indios remotos eran sujetos de un derecho natural y divino sobre el cual el Rey de España no tenía autoridad ninguna, ni podía entrar por la mera fuerza. Si eso no es un aporte a la civilización europea, si eso no es la raíz misma de toda posible civilización traducida en normas de vida justa para los pueblos, ¿qué es?, me pregunto yo.

Y si la creación de todo un mundo nuevo en América no forma parte del proceso de la civilización occidental ni influye en él, ni trajo el oro, ni trajo la papa, ni trajo las buenas costumbres, ni trajo el desarrollo económico, ¿qué significa entonces la historia de la civilización?, me pregunto yo, sino una contemplación ociosa de diletante en alguna sala de museo poco frecuentada por la gente.

Pero es que hay mucho más. España, más tarde, cuando estalla el cisma luterano, se hace la cabeza y el centro de un vasto movimiento que se llama la Contrarreforma.

La Contrarreforma no es solamente la lucha que encabeza Ignacio de Loyola con la Compañía de Jesús contra el cisma luterano. Este es sólo un aspecto. Es además todo un estado de ánimo espiritual que se traduce en una arquitectura y en un arte que es el barroco.

La creación del barroco es uno de los grandes aportes que hace el mundo de la Contrarreforma, dirigido por España, a esa situación. Y dentro de ese mundo del barroco, España crea una inmensa literatura. Crea en primer lugar un teatro, que es uno de los más valiosos del mundo. Posiblemente la civilización occidental no ha creado sino cuatro grandes personajes literarios, que son: Hamlet, Fausto, Don Quijote y Don Juan. Dos son españoles, Don Juan y Don Quijote. Don Juan es una creación de ese extraordinario teatro del Siglo de Oro español que influyó en toda Europa, en el nacimiento y en la formación del teatro francés clásico, y Don Juan ha sido un personaje universal. El señor Clark debe recordar que uno de los grandes poemas del gran poeta romántico inglés Byron se llama precisamente «Don Juan», y no se llama con otro nombre sino con el nombre español que le puso Tirso de Molina a la creación extraordinaria de ese personaje que no se ha agotado nunca. Y en cuanto al Quijote de Cervantes, es una de las creaciones literarias más extraordinarias del mundo, es una de las penetraciones más profundas de la contradicción del ser humano, es uno de los grandes libros, si se va a hablar de pensamiento, donde eso que hoy llamaríamos el pensamiento existencial o existencia está dicho y concebido y puesto a andar antes de la letra.

Además de esto, existe todo el arte español que viene posteriormente a ese momento. Existe, por ejemplo, para no hablar de más nadie, Velázquez. No lo nombra casi Clark. Es curioso. La primera vez que nombra a América es para decir que Jefferson, presidente de los Estados Unidos, construyó un palacio neoclásico en Virginia. Todo lo que pasó en los tres siglos anteriores no le interesa. Tampoco se detiene en Velázquez, ni siquiera en *Las Meninas*, que es una de las obras más prodigiosas de la pintura. El filósofo francés Michel Foucault ha creado

toda una interpretación filosófica de lo que es la situación del hombre al través de lo que expresa Velázquez en *Las Meninas*, porque es un cuadro que se sale del cuadro y que mete al espectador dentro de él, en que lo que se está pintando no está en el cuadro, sino fuera del cuadro, y en que lo que parece el tema es la anécdota que no forma parte del tema que no alcanzamos a ver sino en un reflejo de espejo que está en el fondo. Esto, sencillamente, no parece formar parte de la civilización occidental, a pesar de que expresa, de un modo extraordinario, en el gran libro ese del arte que consideraba fundamental Ruskin y que invoca el señor Clark, la hechura del arte español.

Hay más. El gran movimiento de renovación de las artes europeas que ocurre en la segunda mitad del siglo XIX es el impresionismo. El impresionismo fue el punto de partida de todo el inmenso cambio que ha sacudido la plástica del mundo occidental, abandonando unas normas y unos patrones de arte para buscar, adaptar y proclamar otros. Ese mundo del impresionismo tiene su raíz en España. La raíz fundamental del impresionismo está en Goya, en su maravillosa manera de pintar, en sus hallazgos técnicos y en la manera cómo expresó los valores, usó los volúmenes y entendió la composición. Los grandes creadores del impresionismo francés, como Manet, no hacían otra cosa que estudiar a Goya e imitarlo. No se podría escribir la historia extraordinaria del impresionismo sin hablar de Goya.

Esto bastaría para que nosotros tuviéramos, a vuelo de pájaro, una idea de la inmensa mutilación que significa sacar del mundo hispánico la creación del Nuevo Mundo, todos estos inmensos aportes que van desde la alta Edad Media hasta nuestros días y ponerlos del lado afuera, porque no es tampoco un accidente que a la hora de pasar revista a la última etapa del gran arte de Europa no se pueda escribir sin los nombres de algunos españoles capitales. Yo me pregunto, ¿cómo podríamos hablar de lo que está pasando en nuestros días en las artes —y que debe conocer muy bien el señor Clark a pesar de que era director de un museo muy conservador, como

la Galería Nacional de Londres— sin nombrar a Picasso con su culto totémico del toro, tan hispánico, que ha sido la influencia central de toda la evolución del arte europeo de todos estos últimos tiempos? ¿Cómo se podría hacer sin hablar del cubismo que junto a Picasso y otros creó otro español llamado Juan Gris? ¿Cómo se podría hablar del surrealismo que tiene penetrado hasta el tuétano una gran parte de la evolución del arte de nuestros tiempos, sin nombrar a otro español que se llama Dalí y cómo se podría hablar del arte abstracto, de toda esa creación de objetos del arte no representativo, sin nombrar a Juan Miró? Picasso, Gris, Miró, Dalí, son cuatro nombres hispánicos. Picasso no es un español accidental que se formó en la escuela de París, sino un español fundamental que influyó y determinó el rumbo del arte que se estaba haciendo en Francia y en el mundo, gracias a sus raíces hispánicas y a su manera hispánica de entender el mundo.

A mí me parece que ésta es una mutilación inadmisible, que es una injuria gratuita, que es una ofensa inocente basada en una suma de viejos prejuicios de superioridad complaciente, que le permite a un profesor inglés hacer un programa de televisión de gran prestigio en el mundo y un libro de gran éxito de librería, en el que simple y llanamente dice: «Este libro trata de la civilización y podemos escribirlo sin necesidad de nombrar al mundo hispánico», es decir, los doscientos cincuenta millones de hombres que constituimos, de un modo o de otro, con nuestras peculiaridades y nuestras variantes y nuestras antinomias, eso que se llama el mundo hispánico. El mundo de esta gran lengua de cultura que es el castellano, según el señor Clark, puede quedar fuera de una rigurosa historia donde, sin embargo, cabe la casa del presidente Jefferson en Virginia.

Este es el tipo de cosas contra las cuales hay que reaccionar no iracundamente, sino objetivamente, porque si no iremos siendo colocados en una especie de degradación o de de grado intelectual o moral, pueblos que han contribuido tanto como el que más, no por el camino de la creación científica, que es una vía o un aspecto de

la civilización, sino por los tres grandes libros de la civilización de que hablaba John Ruskin, inglés más abierto y comprensivo que el señor Clark. En el libro de los hechos, en el libro de las palabras y en el libro de las artes del mundo occidental, no se puede escribir ni una página sin tener que nombrar al mundo hispánico.

Menos de treinta años nos separan de la fecha mágica y alucinante del año 2000. Un lapso tan breve como el que ha corrido desde la Segunda Guerra Mundial, desde el escenario histórico de Hitler, Stalin y Mussolini. Podemos decir casi literalmente que es mañana.

Europa aguardó con pavor y angustiosas premoniciones la llegada del año 1000. Se pensaba que iba a ocurrir en esa hora el fin del mundo, por lo menos del mundo que los hombres de Occidente conocían y vivían. Buscaban en los libros proféticos y en los presagios oscuros el anuncio del fin inminente. Ahora la situación es la contraria. Lo que esperamos es el nacimiento de un nuevo tiempo y le hemos asignado una fecha: el año 2000. Todas las utopías, todos los sueños de bienestar, todas las liberaciones reprimidas, todas las posibilidades esperadas, han sido remitidas a esa hora.

Sin embargo, nunca nada ha nacido de repente, sino que ha empezado a nacer en un lento proceso que se inicia mucho antes de que los testigos nos demos cuenta del hecho. Así, no es exagerado admitir que el año 2000 ya está aquí, no sólo porque es ahora cuando podemos

decidir su contenido y su sentido, sino porque muchos de sus rasgos y factores están ya presentes y activos en medio de nosotros.

No hay duda de que, literalmente, mañana es hoy, no sólo porque ya existen en el presente muchos de los elementos que van a configurar ese porvenir, sino además porque el futuro no es algo que se espera, sino algo que se puede escoger y construir. Por lo menos en buena parte.

De una manera curiosamente insensata los hombres han tenido siempre la tenaz obsesión de conocer el futuro. Lo han tratado de anticipar en las tripas de los pollos, en el azar de los naipes, en los oscuros mensajes de los oráculos o en las líneas de la mano. Afortunadamente no lo han logrado nunca, porque conocer de antemano el futuro significaría, la más de las veces, no poderlo alcanzar. Si alguien le hubiera profetizado al Rockefeller pobre de la juventud que iba a ser el hombre más rico del mundo lo más probable es que se hubiera entregado al ocio y a la pasiva espera del fabuloso mañana y que no hubiera podido poner en juego todo el esfuerzo y la habilidad necesarios para hacerlo realidad.

Pero en nuestro tiempo la preocupación por el futuro ha cambiado de signo. Ya no se trata de averiguar cuál y cómo va a ser ese futuro, sino la manera de escoger y alcanzar metas realizables que nos eviten males y nos aseguren bienes previsibles.

Podemos percibir la presencia del mañana en el hoy al detectar las tendencias que se ponen de manifiesto, de manera más o menos visible, en el seno de la vida social presente.

Muchas de las fuerzas que pueden configurar ese mañana las conocemos. Sabemos que las posibilidades del desarrollo tecnológico parecen ilimitadas. Hemos logrado ir a la luna y mañana podríamos colonizar algún planeta, reconstruir organismos vivientes, hacer potable el agua del mar, irrigar los desiertos, cambiar los climas, prolongar la vida tal vez por siglos, construir tipos humanos por medio de la ingeniería genética o reproducir un ser a varios ejemplares por medio del «cloning». Todo

esto es factible y nos halaga. Pero también advertimos con temor cómo la población crece ilimitadamente, cómo el centenar de millones de hombres que poblaban la tierra en tiempos de Cristo llegaron a quinientos millones en tiempos de Carlos V y a mil millones en el año de 1900. Y desde entonces a hoy hemos entrado en un crecimiento exponencial que tiene mucho de pesadilla. Somos ya más de tres mil millones de seres humanos, el año 2000 podemos ser el doble y dentro de un siglo treinta o cuarenta mil millones, para cuyo número no puede haber ni alimentos, ni recursos, ni prácticamente espacio físico donde estacionar.

Sabemos también que estamos consumiendo, por la doble presión del crecimiento de la población y de la elevación continua del nivel de vida, en el camino costoso hacia la sociedad industrial, crecientes cantidades de recursos renovables y no renovables. Cada día necesitamos más petróleo, más hierro, más granos, más agua, más fibras y, desgraciadamente, las cantidades existentes y estimadas en el planeta son limitadas y finitas. Al paso que vamos podemos acabar con los recursos no renovables y buena parte de los renovables antes de dos siglos. El remate final de esta civilización, que tanto progreso nos ha traído, podría ser el más pavoroso Apocalipsis que haya podido imaginar el más lúgubre de los profetas.

Al ritmo creciente de nuestra capacidad de consumir y destruir recursos y de romper irremediablemente el equilibrio ecológico, que hizo posible nuestra vida en el medio terrestre, podríamos en dos o tres siglos más, a lo sumo, convertir el planeta que habitamos en un globo muerto y estéril que arrastraría por la soledad oscura del espacio las borrosas huellas de una civilización extinguida fatalmente por su propio e incontenible impulso de crecimiento.

Acaso el mayor fruto del viaje a la luna haya sido la inolvidable lección moral de la frágil singularidad de nuestro planeta azul en la inmensidad sin vida y el ejemplo de lo que podría llegar a ser la tierra por obra de nuestra torpe destrucción.

Podríamos llegar a desnaturalizar la estrecha y vulne-

nable capa de la biosfera que nos envuelve y que ha hecho posible el cada vez más sorprendente milagro de la vida. La vida no habría sido entonces sino un fugaz episodio sin memoria en la cuenta de millares de millones de años de un universo que no necesita al hombre. Todo el arte, toda la ciencia, toda la tecnología, el *Fedón*, la *Gioconda*, el *Discurso del Método*, el *Genera Plantarum*, *Hamlet*, el cerebro electrónico, habrían existido en vano para disolverse sin destino en el polvo cósmico bajo el que duermen los planetas muertos.

Más hombres cada día llegan a adquirir conciencia de ese inmenso riesgo cierto y creciente. Desde la tribuna de las Naciones Unidas, el secretario general, U Thant, llegó a decir *urbi et orbe* que acaso no le quedaban al género humano sino unos cortos diez años para frenar y enderezar los destructivos desequilibrios entre recursos y necesidades, entre población creciente y posibilidades de sustentación y de vida civilizada y que en algún momento próximo e inesperado podríamos alcanzar, sin darnos cuenta, el punto del regreso imposible.

Pero, sin embargo, es todavía poco lo que se hace. El conjunto de los Estados, que gasta más de doscientos mil millones de dólares al año en armamentos, no se decide a invertir siquiera la décima parte de esa suma en hallar soluciones para el control de la población, la conservación indefinida de los recursos, la preservación del medio natural y el equilibrio estable entre habitantes y recursos dentro de la tierra.

Apenas uno que otro país encara con alguna preocupación el vasto problema de la contaminación y la deterioración ambiental, del que cada día más son trágicos trofeos los ríos y los lagos muertos, los cielos contaminados, la fauna y la vegetación extinguidas.

Los más seguimos marchando hacia el abismo con una alegre ignorancia que casi parece una maldición bíblica.

La vastedad del problema no permite ignorarlo, pero tampoco permite resolverlo parcial o aisladamente. Si todos los Estados, los desarrollados y los subdesarrollados, los de economía industrial y los que viven de cultivos y exportaciones tradicionales no llegan a definir en

escala global unos fines y una estrategia, la fatídica posibilidad seguirá en pie y llegará a ser incontenible.

De nada serviría que un solo Estado o algún grupo de Estados tome medidas firmes y eficaces dentro de su propio territorio. No hay salvación individual en la anunciada catástrofe ecológica del planeta. Lo mismo sufrirán y perecerán de sus nefastas consecuencias las grandes potencias que los más apartados pueblos mantenidos anacrónicamente en primitivas condiciones de vida.

Todo esto plantea inaplazablemente la necesidad de escoger desde hoy el futuro deseable y posible y sumar todos los esfuerzos necesarios para alcanzarlo. Se trata simplemente de decidir hoy el futuro que vamos a construir, de equilibrio fecundo, de justicia y bienestar, de verdadero progreso científico y artístico y de estímulo al desarrollo físico, moral e intelectual del hombre. No de un aspecto del hombre o de una parte de la humanidad.

Escoger y realizar inteligentemente ese futuro presupone decisiones extraordinariamente difíciles y costosas. Habrá que renunciar a muchas cosas, habrá que revisar viejos conceptos, habrá que admitir nuevos valores y aprender a pensar en términos colectivos y globales.

Se requerirá otra educación distinta de la que el pasado guerrero y la tradición chauvinista nos han creado, será menester diseñar una ciudad del mañana que no sea la megalópolis que nos amenaza con un Nueva York, un Tokio, un Shanghai o un México de treinta o cincuenta millones de habitantes, que no serán sino horribles humanos encasillados entre desproporcionadas y grises gargantas de cemento y acero. Será imprescindible rescatar y preservar la libertad y la individualidad, sin la que cada hombre ya no será un ser, sino una muestra cada vez más despersonalizada, se requerirá alguna forma de regreso a la naturaleza y a las condiciones vitales de la condición humana. Entre la computadora y el bosque habrá que asegurar un espacio para que cada ser humano pueda ser humano. Habrá que resolver el problema de las rígidas y desacopladas estructuras nacio-

nales y la presencia de la guerra y del predominio para entrar en una globalización justa de la economía, la educación y la política.

Habrá que sustituir la noción destructora del máximo beneficio económico y el mayor poder nacional por la realidad de una economía mundial dirigida a un equilibrio sano de necesidades y recursos que alcance a todos los hombres y una organización mundial de cooperación suficientemente fuerte y eficaz para erradicar la guerra, el predominio de unas naciones sobre otras y la distancia entre la pobreza y la abundancia.

Todo esto puede sonar a utopía y todavía ayer pudo ser simplemente utopía, pero las circunstancias mundiales de hoy lo convierten en política pragmática. Es esto o la desaparición.

No se trata de imaginar cándidamente un orden ideal, sino de diseñar a la luz del desequilibrio entre recursos y necesidades un equilibrio práctico que asegure la supervivencia y el bienestar del hombre.

Estamos literalmente ante la posibilidad de varios futuros alternativos. Desde el más catastrófico que anuncian y fijan las simples extrapolaciones de las tendencias mundiales actuales a base del crecimiento continuo de la población y de la destrucción creciente de los recursos naturales, hasta el que diseñan los arquitectos del futuro a base de un permanente equilibrio sano entre población y espacio, necesidades y recursos.

Está en nuestras manos todavía escoger ese futuro y dar todos los pasos necesarios para asegurarlo y convertirlo en realidad. Hacia la posibilidad de que lleguemos todos los hombres a comprender el riesgo inmenso que nos amenaza trabajan ya muchas organizaciones científicas. Prestigiosos centros de investigación se ocupan de esa nueva disciplina que ha recibido los nombres de Futurología o Prospectiva. Organismos internacionales de carácter oficial o privado trazan las perspectivas del proceso hacia el futuro y esbozan los correctivos necesarios para asegurar la permanencia de la civilización y de la vida. Las necesidades mismas de la realidad histórica obligan cada vez más a los Estados a pensar en términos

globales. Ningún plan nacional puede hacer prescindencia de las tendencias mundiales. Se piensa, se actúa y se produce cada vez más en términos universales. No sólo en el recinto de las conferencias internacionales que tratan de regular las condiciones del intercambio económico o cultural entre Estados y en regiones supranacionales cada vez más vastas, sino también de aquellas cuestiones que hasta ayer se consideraban propias y privativas de cada Estado como el crecimiento económico, la segregación racial, la estructura social o la educación técnica, que hoy tienden a convertirse cada vez más en cuestiones a debatir y decidir en foros mundiales. La salud, la alimentación, la educación, el desarrollo, son hoy tanto o más parte de las preocupaciones internacionales como antes pudieron serlo la guerra y la paz.

De un modo creciente surgen realidades que exceden las fronteras nacionales y que van, incluso, por encima de las barreras ideológicas. Ya no queda en el planeta ninguna moneda genuinamente nacional. Todas están ligadas en una estrecha red de interdependencia que hace cada vez más claro el requerimiento de un sistema monetario global, con una sola unidad de cuentas manejada y canalizada por un verdadero Banco Mundial que centralice y equilibre todas las acreencias y deudas entre naciones. Ya pasó para siempre el tiempo del oro, como está pasando el de la libra esterlina y el del dólar, prestigiosos vestigios insostenibles de la época de las economías nacionales.

Mucho significa y revela el surgimiento en los últimos años del vasto y amenazante fenómeno de las empresas multinacionales. Más allá de sus apariencias o de sus realidades buenas o malas, son la evidente revelación de que hay una economía mundial que cada día más exige e impone mecanismos a su escala. El tiempo de la gran empresa nacional exportadora de manufacturas y capitales ha terminado. Comienza la época de la coordinación global que tiende a dominar campos industriales y ramas de producción o de mercado y que actúa con trabajo, dirección, capital y participación de muchos países. Van a llegar a ser, literalmente, empresas sin patria y sin depen-

dencia directa de ninguna situación particular nacional. Actúan en Suiza como suizos y con suizos, en Francia como franceses y con franceses, en Estados Unidos como norteamericanos y con norteamericanos. Han comenzado a aparecer las empresas trans-ideológicas. Ya son una realidad en la Unión Soviética y en la Europa del Este, y mañana lo serán en China. Firmas capitalistas de occidente se asocian con empresas estatales del mundo socialista para combinar capacidades, técnicas y recursos. No pasará mucho tiempo antes de que en las directivas de esos grandes consorcios se sienten representantes de las grandes empresas capitalistas de Occidente con delegados rusos y chinos a decidir estrategias de mercados y producción de completas ramas industriales. Hacia allí caminan, sin duda, las industrias de la electrónica, la computación o la aeronáutica.

El caso no puede ser distinto en los países no desarrollados. La creación de la OPEP es la mejor prueba de que la hora de pensar en términos mundiales ha llegado también para los productores de materias primas.

Quienes se aventuran a dibujar ese futuro creen que pronto va a llegar la ocasión de declarar extra-nacionales a algunas ciudades, para que sirvan de asiento a estos comandos de decisiones mundiales. Berlín podría, tal vez, llegar a ser la primera de esas ciudades globales. Acaso también Taipei.

El problema de la educación o el de la conservación de los recursos naturales desbordan las fronteras de todo país. Habrá que concebir una educación para todos los hombres, de acuerdo con los objetivos de un futuro deseable para todos. Un estudio preliminar, como el que bajo el título de *Aprender a ser* publicó en 1972 la Unesco, plantea de manera indudable la dimensión mundial del problema de la educación.

Esa nueva y tal vez última frontera de desarrollo abierto al hombre que es el mar tendrá que plantearse en términos de planificación y participación internacional. Sería inadmisibles que alguna gran potencia o algún grupo de grandes potencias pretendiera reservarse el derecho de explotar los inmensos recursos del agua y del subsuelo

del mar, como sería igualmente insensato que se abandonara la posibilidad de su aprovechamiento racional a una desatada competencia de despojo y piratería sin responsabilidad y sin previsión, como hasta ahora se ha hecho con la pesca de altura. Una de las primeras grandes empresas de verdadera cooperación internacional debe ser el aprovechamiento de los recursos del mar para todos los pueblos.

Tampoco podrá por más tiempo ser la tecnología y el conocimiento científico propiedad de un Estado privilegiado. Todos los pueblos deberán tener derecho efectivo a su conocimiento y a su beneficio. Junto a los grandes centros de coordinación económica mundial del futuro tendrán que aparecer los centros básicos de la ciencia y la tecnología abiertos a la participación de todos los sabios de la tierra y con la posibilidad de su utilización por todas las colectividades humanas.

Las grandes dificultades del mañana deseable surgen al considerar la necesidad de sobrepasar las limitaciones de la nación-Estado. El Estado nacional ha sido el agente fundamental de la política y del crecimiento por lo menos desde el Renacimiento. Se ha sido poderoso frente a otros y en gran parte a expensas de los otros. Una provincia ha dominado una nación y ha contribuido a hacerla, una nación ha dominado un continente. La historia de Europa desde el siglo XVII es la trágica e irracional pugna por el predominio de unas naciones frente a otras. Las treguas fueron equilibrios transitorios de poder. Todo el proceso de la expansión colonial es la translación del fenómeno del predominio. El mundo era algo para ser conquistado y dominado. Las dos grandes hecatombes mundiales de 1914 y 1939 revelaron a fondo esa pavorosa condición.

El equilibrio del terror nuclear de los años 50 y 60 sirvió, entre otras cosas, para poner de manifiesto el punto de interdependencia a que había llegado la humanidad.

Hoy, cuando el monstruo de la escasez renovada y de la disminución constante de los recursos aparece en toda su desmesurada potencialidad destructiva, los hombres

comienzan a percatarse de que no hay salida por medio de la guerra o del predominio de unos Estados sobre otros. Las desesperadas acciones de predominio nacional no servirán sino para acelerar el proceso destructivo y la fatalidad de su sino. Los bosques que se destruyen en el Congo se pierden para la humanidad, la contaminación del mar y de los lagos afecta a todos los seres vivientes, el petróleo escaso lo es para todos, desde el que envía un cohete a la luna hasta el que enciende una lámpara en una choza solitaria. Estamos frente al hecho de la solidaridad indestructible del hombre para la sobrevivencia o para la extinción.

El duro camino que trata de recorrer la Europa occidental hacia la integración económica es el mismo que todos los Estados tendrán que recorrer para poder encarar con resultados positivos las grandes amenazas de la población, de la escasez, de la desigualdad y de la disminución irreparable de los recursos naturales.

Tal vez dentro de treinta años no habrá todavía un Gobierno Mundial, con su parlamento ecuménico, su legislación global y su ejecutivo colegiado, pero se deberá estar cerca de esa difícil posibilidad. Nunca como hoy el legado del pasado, con toda su carga de prejuicios, de odios y de anacrónicas instituciones ha estado tan en contradicción con los claros requerimientos de un futuro que hay que decidir ya.

No significa esto que se haya de perder el valor de lo nacional. Las naciones conservarán su identidad, su lengua, sus tradiciones, su espíritu telúrico, como las conservaron las provincias de los viejos reinos europeos o de los grandes imperios asiáticos, pero no se podrá decidir más la política mundial por el solo motivo de los intereses privativos de una nación o de un grupo de naciones.

Ya no es sólo la inadmisibles perpetuación de la tregua armada en que vivimos todos, del fardo inmenso de los gastos con fines militares, de la pugna económica o cultural que de manera no menos destructiva se lleva por motivos de prestigio o predominio, sino la necesidad de reconocer la existencia de una mortal solidaridad de todo

el destino de los hombres. No tenemos todavía una política para servir esa necesidad, tan nueva en tantos aspectos, y no es ésta una de las menores carencias de nuestro tiempo.

Ante semejantes realidades la América Latina tiene que despertar. En el mundo que viene, que ya está aquí de manera irreversible, no hay posibilidad para una acción nacional aislada. La América Latina tendría que considerar sus circunstancias y sus posibilidades como un todo, más allá de fronteras y de lealtades ideológicas. En la hora en que China, la Unión Soviética y los Estados Unidos reconocen la necesidad de la cooperación abierta en todos los campos, y en que la Europa de las centurias querellas de predominio se siente obligada a unirse por encima de odios históricos y de barreras lingüísticas y religiosas, la América Latina, dividida en imposibles ambiciones y prejuicios nacionales, sería un extraordinario caso de anacronismo suicida.

Todo esto lo pensamos desde Venezuela. Venezuela está en el mundo y no puede ni debe sustraerse a las grandes realidades inminentes en escala universal. Desde su más remoto pasado ha sido tierra abierta a lo universal. Nuestra independencia no fue un episodio aislado y localista, sino una inteligente incorporación de una provincia apartada de un viejo imperio a una hora nueva de la historia universal. Los venezolanos de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX pudieron hacer todo lo que de extraordinario hicieron porque estaban al día en lo que había venido pasando en Francia, en Inglaterra, en las colonias inglesas del Norte de América. Conocieron y supieron incorporarse a tiempo a una coyuntura del mundo.

Dentro de ese vago concepto de lo que llaman el Tercer Mundo o los países en desarrollo, Venezuela tiene una situación peculiar que la pone dramáticamente en presencia de los grandes cambios y de los escenarios centrales de la historia por hacer. Está asomada al Caribe, en la encrucijada mayor de las rutas oceánicas y aéreas que van del Norte al Sur de América y de Occidente a Oriente. Cierra por el Sur el mar de islas y tensiones que por el Norte baña a los Estados Unidos y

por el Oeste toca a la América Central y a Panamá. Dos fórmulas contrarias del drama histórico de la absorción por una potencia mayor representan ante ella su teatro catártico: Cuba y Puerto Rico.

Está abierta hoy más que nunca a las novedades y los cambios que vienen de Europa y del resto del mundo. Estamos no sólo al tanto, sino que participamos en la creación de las más nuevas circunstancias estéticas y políticas.

Ha entrado, desde hace años y ahora con más responsabilidad de decisión, en algunos aspectos neurálgicos de la política internacional. Está entre los primeros actores en el gran drama de la crisis de energía frente a los Estados Unidos, el Japón y la Europa occidental. El petróleo, el acero, el aluminio, la electricidad y mañana la petroquímica colocan de hecho al país como interlocutor mundial en algunas de las cuestiones fundamentales que condicionan el futuro.

Todo esto nos obliga a pensar y actuar en términos globales. La política venezolana de energía y recursos forma parte inseparable de las definiciones por venir en la política mundial.

El saberlo entender así la llevará a desempeñar un extraordinario papel, en la medida en que su propio crecimiento sea concebido como parte integrante de una posibilidad universal. La fundación de la OPEP, el pacto subregional andino, las futuras integraciones que en lo económico y lo político se puedan realizar a escala ecuménica le pueden deparar un lugar de primer plano en la creación de ese futuro mejor ofrecido a los hombres, siempre que entienda ese futuro y su verdadero interés.

No faltan quienes creen que los países retrasados en el desarrollo, aquellos que no han hecho todavía grandes inversiones de crecimiento en tecnologías superadas y en formas económicas y sociales que han de transformarse, pueden hallarse en mejor posición para adaptarse provechosamente a los cambios del siglo XXI. Podrían evitarse, entre otros, los males de la urbanización caótica, de las metrópolis monstruosas, de la técnica destructiva de la naturaleza, comenzando por una etapa más adelan-

tada y equilibrada del proceso del desarrollo. Un desarrollo que habría ganado de la costosa experiencia de los países industriales la posibilidad de ser más a la medida del hombre y de la posibilidad real de sus recursos.

Las tendencias de crecimiento que se observan a escala universal en la sociedad contemporánea abren diversas posibilidades de futuro. Algunas son visibles. No va a haber gran potencia universal dominante, ni siquiera bipolarización de poder que domine el escenario histórico. Los Estados Unidos y la Unión Soviética, en términos relativos, perderán poder mundial. Formas crecientes de organización se extenderán a gran parte de la vida económica y educacional.

Dentro de ese marco de parámetros, riesgos y posibilidades cada país deberá trazar su propia ruta y condicionar su situación. No hay, y cada día habrá menos, posibilidad de crecimiento aislado y de salvación individual. Cada vez más, por la fuerza de las circunstancias, el mundo ha de ser un mundo solidario. Lo que importa es que no lo sea solamente en la consecuencia de los hechos para desembocar en una catástrofe general, sino en la conciencia y en la conducta para detener, encauzar y convertir en provecho y permanencia los factores más activos y dinámicos del presente.

Los contemporáneos de Rousseau y aun los de Darwin y de Marx tenían una mentalidad optimista que les hacía mirar al futuro con esperanza. Creían en el progreso que conduciría a la humanidad cada vez más hacia mayor bienestar y felicidad. Nosotros, en cambio, somos los herederos de Freud y los testigos de las dos guerras mundiales y de la más aterradora época de violencia instintiva que haya conocido la historia. No tenemos muchos motivos para ser optimistas. Hemos llegado a considerar como una posibilidad real el fin del hombre y de la vida misma por obra de un cataclismo nuclear provocado por la estupidez humana.

No podemos ignorar que el hombre está movido en un grado aterrador por impulsos irracionales. Que la violencia y el instinto de agresión están tan vivos bajo su piel como pudieron estarlo en la era del Paleolítico.

Pero tampoco podemos admitir, sin una grave distorsión de la realidad, que esta extraña y desconcertante criatura es también un ente de razón y que gracias a su inteligencia y sensibilidad ha hecho las más extraordinarias creaciones y descubrimientos desde la ciencia hasta las artes, y desde la filosofía hasta la moral y las matemáticas.

Por muchas partes pertenecemos al género de los animales predatorios, arrastrados por los peores instintos de agresión, pero por alguna otra, tal vez tenue pero cierta, pertenecemos a la especie de la que han nacido Jesús, Buda, Confucio, Sócrates, Marco Aurelio, Leonardo, Cervantes, Tolstói, Gandhi, Einstein. Hoy mismo, en torno nuestro, quizá no en las situaciones más visibles y conocidas, existen millares y millares de individualidades que consagran todo su esfuerzo, sin regateo, a los fines más altruistas y generosos.

Cierto, como decía Whitehead, que «es lo propio del futuro ser peligroso» y más que nunca está lleno de riesgos el mañana en el que ya hemos entrado. Por ello es hoy mismo cuando debemos tomar las decisiones que pueden cambiar en bien nuestro destino.

El combate por la sobrevivencia no lo podemos ganar sino entre todos y para todos. No es contra un enemigo externo, contra una invasión de demonios o de espíritus malignos, como en las primitivas epopeyas, sino contra los impulsos irracionales y destructivos que están en nosotros. Desde Freud para acá hemos empezado a conocer con horror el poder de los mecanismos irracionales e inconscientes que determinan en gran parte la conducta humana. No hacerlo, o por lo menos no intentarlo con el más extraordinario esfuerzo, sería sucumbir a una oscura e invencible vocación suicida. Tal vez no estemos y no hayamos de estar nunca maduros para oír el mandato de «Amaos los unos a los otros», pero podríamos, al menos, estar en capacidad de entender que la destrucción de los otros es el comienzo incontenible de nuestra propia destrucción.

Sería grotesco admitir que la especie humana, en el ápice de sus mayores conocimientos y poderes, estuviera condenada, por una especie de oráculo genético, al suici-

dio en masa, ni más ni menos que los «lemmings», esos menudos roedores de las tierras escandinavas, que en ciertas épocas parten en masa en una larga y tenaz migración hasta dar, por una aterradora fascinación, en el mar, donde perecen.

En el alba de nuestra civilización los antiguos persas crearon un mito extraordinariamente fecundo y significativo. El del combate continuo del bien con el mal, personificados en Ormuz y Ahriman. Al final, creían ellos, habría de vencer definitivamente Ormuz.

Nosotros también necesitamos creerlo y empezar desde ahora la lucha por la victoria del bien y de la razón. Su estrategia es la decisión sobre el mañana que consideramos deseable y su táctica es el diario esfuerzo de todos para construirlo. El futuro depende del resultado de esa lucha de Ormuz con Ahriman dentro de nosotros.